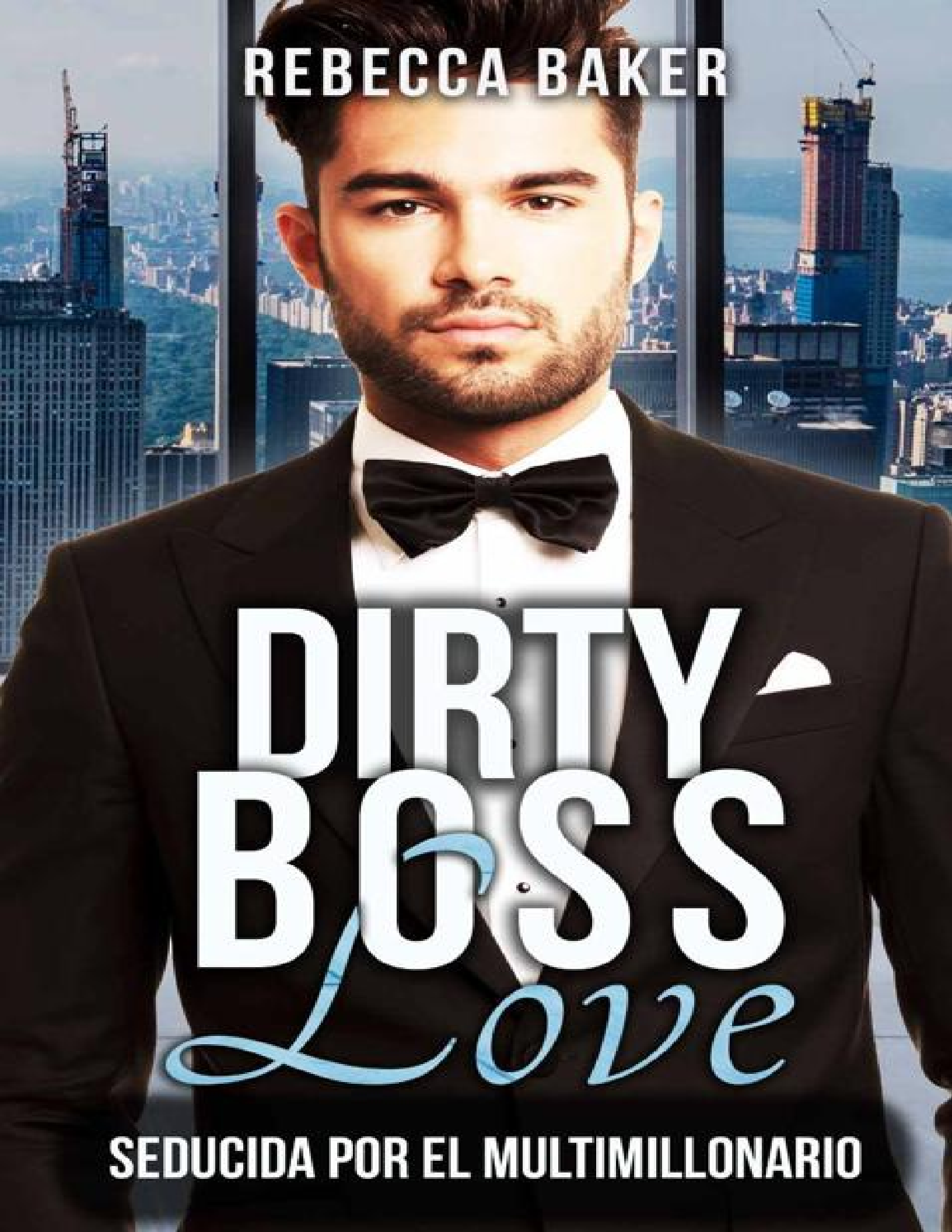


The background of the cover is a photograph of a man with dark hair and a light beard, wearing a black tuxedo with a white shirt and a black bow tie. He is looking directly at the camera with a neutral expression. Behind him is a large window or glass wall that reflects a city skyline, including several tall skyscrapers and a body of water in the distance. The overall color palette is dominated by the blues and greys of the cityscape and the black and white of the man's attire.

REBECCA BAKER

DIRTY BOSS *Love*

SEDUCIDA POR EL MULTIMILLONARIO

Dirty Boss Love

Seducida por el multimillonario

Rebecca Baker

Copyright 2024
Rebecca Baker
Todos los derechos reservados

Índice

[Capítulo 1 ~Jessica~](#)
[Capítulo 2 ~Robert~](#)
[Capítulo 3 ~Jessica~](#)
[Capítulo 4 ~Robert~](#)
[Capítulo 5 ~Jessica~](#)
[Capítulo 6 ~Jessica~](#)
[Capítulo 7 ~Robert~](#)
[Capítulo 8 ~Jessica~](#)
[Capítulo 9 ~Robert~](#)
[Capítulo 10 ~Jessica~](#)
[Capítulo 11 ~Robert~](#)
[Capítulo 12 ~Robert~](#)
[Capítulo 13 ~Jessica~](#)
[Capítulo 14 ~Jessica~](#)
[Capítulo 15 ~Robert~](#)
[Capítulo 16 ~Jessica~](#)
[Capítulo 17 ~Robert~](#)
[Capítulo 18 ~Jessica~](#)
[Capítulo 19 ~Robert~](#)
[Capítulo 20 ~Jessica~](#)
[Capítulo 21 ~Robert~](#)
[Capítulo 22 ~Jessica~](#)
[Capítulo 23 ~Robert~](#)
[Capítulo 24 ~Jessica~](#)
[Capítulo 25 ~Jessica~](#)
[Capítulo 26 ~Robert~](#)
[Capítulo 27 ~Robert~](#)
[Capítulo 28 ~Jessica~](#)
[Capítulo 29 ~Robert~](#)
[Capítulo 30 ~Jessica~](#)
[Capítulo 31 ~Jessica~](#)
[Capítulo 32 ~Robert~](#)
[Capítulo 33 ~Jessica~](#)
[Capítulo 34 ~Robert~](#)
[Capítulo 35 ~Robert~](#)
[Capítulo 36 ~Jessica~](#)
[Capítulo 37 ~Robert~](#)
[Capítulo 38 ~Jessica~](#)
[Capítulo 39 ~Jessica~](#)

[Capítulo 40 ~Robert~](#)

[Capítulo 41 ~Jessica~](#)

[Capítulo 42 ~Robert~](#)

[Capítulo 43 ~Robert~](#)

[Capítulo 44 ~Jessica~](#)

[Capítulo 45 ~Robert~](#)

[Capítulo 46 ~Jessica~](#)

[Capítulo 47 ~Robert~](#)

[Epílogo ~Jessica & Robert~](#)

[Últílogo](#)

Capítulo 1 ~Jessica~

Jueves por la mañana.

"¡Maldita sea! ¡Qué tarde!", jadeo. Miro somnolienta mi teléfono móvil, que me muestra las 8:27. No puede ser verdad. El despertador no ha sonado. De nuevo. Tengo que darme prisa para llegar a tiempo al trabajo. Molesta, vuelvo a dejar caer la cabeza en la almohada para reunir las fuerzas necesarias para levantarme.

Oigo murmullos y risitas en la habitación de al lado. Al parecer, mi compañera de piso Amy ha vuelto a tener visita. Desde que está con ese tal Jason, no hemos hecho casi nada juntas. Sí, Amy se merece ser feliz, y yo también me alegro por ella, pero el hecho de que Jason sea un machista egocéntrico no me lo pone nada fácil.

Respiro hondo otra vez, me fuerzo a salir de las sábanas y voy arrastrando los pies hasta el baño, donde me quito la camiseta y las braguitas. Me meto en la ducha, todavía un poco tambaleante. El agua caliente que me salpica la cabeza y la espalda me despierta poco a poco.

Tengo que estar en el hotel en una hora. Puede que sea poco tiempo, ya que tengo que atravesar medio Chicago en coche y luego caminar otras cinco manzanas. Maldiciendo la ubicación de nuestro piso, cierro el grifo y atravieso el vapor para coger una toalla limpia del pequeño armario que hay bajo el lavabo.

Mi padre nos regaló el armario cuando nos mudamos. Lo construyó él mismo en el pequeño taller que montó en el garage de la casa. En ese entonces sí que tenía talento para estas cosas. Por desgracia, no ha vuelto a poner un pie en el taller desde que le operaron hace un año. Mi madre y yo le hemos dicho muchas veces que le vendría bien volver a coger la madera, pero no quiere ni oír hablar de ello. Se limita a sentarse frente al televisor y a quejarse de que ya no es tan ágil como antes, pero con ese comportamiento no mejora nada.

Perdida en mis pensamientos, me envuelvo en la gran toalla blanca, me miro en el espejo del baño lleno de vapor y cojo el secador. Lo enciendo. Hace un largo ruido antes de ponerse en marcha. Contemplar mi larga melena negra bailando en la corriente de aire caliente me tranquiliza un poco.

Hace sólo unas semanas que trabajo en el hotel. Tuve mucha suerte, porque el puesto de recepcionista quedó disponible poco después de que enviara mi solicitud. En realidad, el hotel no buscaba a nadie, pero me daba igual. Necesitaba un trabajo desesperadamente y había enviado solicitudes a todos los hoteles de Chicago e incluso de Milwaukee por pura desesperación. Cuando recibí en el buzón la invitación a la entrevista de uno de los mejores hoteles de la ciudad, el Langham, casi me desmayo de alegría.

Aún recuerdo a Amy llegando a casa media hora después que yo y encontrándome todavía congelada como una estatua de sal, mirando atónita la carta en el salón. Debió de ser una visión muy extraña.

Conseguí el trabajo inmediatamente. Alguien dimitió sin previo aviso y buscaban urgentemente un sustituto. Dos días después, ya estaba detrás del mostrador de recepción y me peleaba con el sistema de reservas, lo que no empañó mi euforia.

Sin embargo, mi jefe resultó ser todo un marimandón, esto sí nubló un poco mi felicidad. Se llama Harold Philips y es tan estirado como su nombre indica.

Ya le oigo refunfuñar al pensar que llego tarde a mi turno. *Jessica, Jessica, Jessica. ¿De verdad tengo que recordarte otra vez que la puntualidad es la prioridad número uno aquí en el Langham? Sabes que si llegas tarde, no sólo la vida te castigará, sino que no recibirás propina.* Este hábito condescendiente de repetir el nombre de uno tres veces como un abuelo decepcionado me hace estremecer de asco. Hoy no quiero pasar por eso, así que apago el secador, me apresuro a ir a mi habitación y me visto.

Menos de dos minutos después, estoy en la cocina, completamente vestida, comiendo una tostada. Llevo el bolso colgado del pomo de la puerta y no dejo de mirar el relojito del microondas. Tengo exactamente seis minutos hasta que tenga que salir para poder coger el metro sin tener que correr.

En ese momento, la puerta del dormitorio de Amy se abre y una montaña despeinada de pelo rubio entra a tropicónes en el salón. Todo me parece divertidísimo. Me río tanto que casi me atraganto con la tostada.

"Buenos días", consigo decir cuando recupero la compostura. Amy siempre consigue animarme, aunque no sea su intención. Se aparta el pelo de la cara con una mano y parpadea.

"Bueno", bosteza. Su mirada recorre la cocina en busca de algo. "¿Café?", pregunta, y sé perfectamente que no quiere ofrecirme café, sino saber si lo he preparado.

"Lo siento, llego tarde", respondo.

Amy refunfuña algo ininteligible y pasa a mi lado arrastrando los pies para poner agua. Mientras prepara el café en polvo y el filtro, Jason sale del dormitorio. Sólo lleva calzoncillos y no parece importarle que yo también esté allí.

"Buenos días, Jason", le digo, más para recordarle que no está solo, pero se limita a guiñarme un ojo y a flexionar los músculos. Por un momento casi me alegro de tener que irme enseguida, así no tengo que aguantar el estúpido comportamiento machista de Jason. Mientras me meto el último trozo de tostada en la boca, con escrupuloso cuidado de no mancharme la blusa blanca con las migas, Jason entra en el baño. Amy se gira hacia mí y me mira con los ojos muy abiertos.

"¿Qué?", pregunta con la boca llena.

Amy sonrío ampliamente. Sinceramente, no sé qué ve en él. Claro que es guapo, pero el hecho de que mi mejor amiga se deje engañar tanto por los músculos y un sentido inflado del autoestima nunca deja de sorprenderme. Pero tal vez sólo estoy celosa. Ha pasado mucho tiempo desde mi última relación y se rompió muy rápido. Y no puedo recordar la última vez que tuve sexo realmente bueno.

"Esto con Jason es tan satisfactorio, si sabes a lo que me refiero". El comentario lascivo de Amy me saca de mis pensamientos.

"Me alegro por ti", digo, sorprendiéndome de lo sincera que sueno.

Amy sigue sonriéndome. "Y yo la primera. No me puedo creer que tenga un, quiero decir, ¿has visto alguna vez su six pack?"

Sí, todas las mañanas desde hace dos semanas, pienso, pero consigo reprimir el comentario. En lugar de eso, asiento con la cabeza y miro el reloj, enfáticamente sobresaltada. "¡Oh, tengo que irme!", digo apresuradamente y me dirijo hacia la puerta. Si tengo que seguir hablando con Amy sobre Jason y su six pack, saltaré por la ventana.

"¿Jess?"

Me doy la vuelta una vez más. La sonrisa amorosa ha desaparecido de la cara de Amy, y me mira con ojos muy abiertos y preocupados.

"¿Sí?", pregunto, un poco desconcertada.

"Volvamos a hacer algo alguna vez. Vamos a un bar o a bailar, algo agradable. Tengo la sensación de que ya no haces nada más que dormir y trabajar".

"Sabes que es lo único que puedo hacer en este momento. Todas las facturas médicas que mis padres no pueden pagar", intento explicarme, pero Amy me frena en seco.

"Sí, ya sé todo eso. Te invito a una copa, ¿vale? Vamos, te hará bien salir para variar".

Básicamente Amy tiene razón, realmente podría desconectar un poco. Solíamos salir todo el tiempo y convertir la noche en día. Parece que fue hace siglos. Como mis padres han estado acumulando deuda tras deuda después de la operación de papá, siento que sólo estoy trabajando para poder aliviarlos a ambos al menos un poco.

"De acuerdo", digo, y la sonrisa vuelve a la cara de Amy. "Pero sólo nosotros dos, ¿vale? Sin Jason", me apresuro a decir, abriéndome paso hacia atrás a través de la puerta.

Amy me mira atónita. "¿Hablas en serio?", pregunta. "¿Qué tienes contra él? Joder, Jessica, ¿estás celosa?".

"No, gilipollices. Es que", intento explicarme, pero Amy no me deja articular palabra.

"Realmente esperaba más de ti. Llevas meses dándome la lata con que necesito un novio otra vez. Por fin encuentro uno, soy feliz, y entonces llegas tú y, y". A Amy le tiembla el labio inferior y se le llenan los ojos de lágrimas.

"Supéralo, ¡no me refería a eso en absoluto!", le grito. "De verdad que ahora no tengo tiempo para esto. Tengo que irme", digo y cierro la puerta tras de mí.

Cuando la puerta se cierra de golpe, me doy cuenta de lo que acabo de decir. Amy es tan dulce y me invita, y yo pongo condiciones. *Gran trabajo, Jessica*, pienso mientras bajo las escaleras a toda prisa. De verdad que tengo que solucionar esto más tarde.

Acabo de llegar abajo y ya tengo la mano en el pomo de la puerta, cuando recuerdo que no me he llevado la tarjeta-llave. Mierda. No puedo presentarme en el trabajo sin ella. Doy media vuelta y subo corriendo las escaleras de mi piso. ¿Qué me pasa hoy?

Mientras subo agitada, saco la llave del bolso y, por supuesto, se me cae enseguida. Grito tan fuerte que se abren algunas puertas y los vecinos sacan la cabeza al pasillo.

Unos segundos más tarde, entro corriendo en el piso, busco frenéticamente la tarjeta y me quedo helada. Jason está sentado en el sofá, aún con el torso desnudo, y Amy está sentada encima de él. Asustada, mira a su alrededor.

Con la cabeza dándome vueltas, me apresuro a entrar en mi dormitorio. Ahí está la tarjeta-llave, en mi mesilla de noche. Claro, ¿dónde si no? Molesta, cojo la tarjeta de plástico rojo y dorado y me la meto en el bolso. Vámonos.

Sin mediar palabra, paso en frente de Amy y Jason, que se besan casi sin freno. "Lo principal es que no manchéis el sofá", grito y cierro la puerta de un portazo. Amy puede ser una auténtica zorra a veces.

De camino a la planta baja, bajo tramos de escaleras a la vez. Si llego tarde, el día se arruinará.

Capítulo 2 ~Robert~

"Señor, ¿hay algo más que pueda hacer por usted? ¿Desea un pequeño tentempié o tal vez algo de beber?".

"No. Gracias", respondo sin apartar los ojos de la ventana. Debajo de nosotros, la capital china, Pekín, se convierte en un mar de luces parpadeantes.

Francis pronuncia un silencioso: "muy bien" y se escabulle. En momentos así, tengo la impresión de que se considera más un mayordomo que un ayudante.

El zumbido de los motores de mi jet privado se reduce a un silbido apenas perceptible gracias al aislamiento acústico que mejoré hace unas semanas. Parece como si flotáramos por la noche sin hacer ruido.

La transformación ha costado mucho tiempo y dinero, pero no había más remedio. Debido al próximo proyecto de construcción en Pekín y a los negocios en curso en Estados Unidos, tendré que pasar mucho tiempo en el avión en un futuro próximo, y no me venía mal que no hubiera un ruido ensordecedor constante.

Me siento satisfecho, disfruto de la paz y pienso en la reunión de ayer. En Pekín, derribaron un antiguo centro comercial y el solar estuvo a la venta por poco tiempo: una oportunidad que llevaba esperando. Como el solar es muy céntrico, decenas de empresarios de todo el mundo se abalanzaron inmediatamente sobre él y presentaron proyectos de construcción megalómanos al Ayuntamiento de Pekín y a la autoridad local de la construcción, pero al final gané la puja.

Mi plan de construir un hotel lujoso pero no demasiado ostentoso, que combinara la arquitectura moderna occidental con la tradicional china y además encajaba perfectamente en el paisaje urbano, convenció por completo a los responsables. Pensar en las caras de decepción de mis competidores, que se gastaron una pequeña fortuna sólo en sus diseños, todavía me hace sonreír.

Mis hoteles en Estados Unidos son bastante respetables, pero el "Beijing Grand Diamond Hotel", como se llama provisionalmente, será el más grande que poseo. Ahora hay que construirlo. Siento un ligero cosquilleo al pensarlo.

Mientras tanto, la ciudad ha desaparecido de mi campo de visión. Según la trayectoria de vuelo, el mar amarillo debería extenderse ahora bajo nosotros. Aparto los ojos de la ventanilla y vuelvo a pensar en la próxima reunión en Nueva York, lo que hace que mi estado de ánimo vuelva a decaer un poco.

En los últimos días, he recibido varias quejas de comportamiento abusivo contra el gerente del Central Park Diamond Hotel de la Quinta Avenida, del que también soy propietario. El mismo problema ya ocurrió una vez, después de la fiesta de Navidad del hotel el año pasado. Me enfrenté a él y se mostró muy arrepentido y juró que no volvería a ocurrir. Después de muchos ruegos y promesas arrogantes por su parte, le di una segunda oportunidad. Pero la desperdició.

Pensar que había pagado a este idiota sueldos astronómicos durante casi dos años, me sube la rabia que siempre siento cuando la gente no aprende de sus errores. ¿Qué creía que iba a pasar? ¿Que podría seguir así eternamente y seguir agarrando la pasta gorda gracias a su puesto de directivo? Me gustaría arrancarle esa sonrisa de arrogancia de la cara, pero tendré que desquitarme con un saco de boxeo.

Mientras pienso en las palabras adecuadas para el despido que se avecina, mi teléfono móvil

vibra. El nombre "Percy" aparece en la pantalla. Sonrío. Percy y yo fuimos juntos a la universidad y seguimos siendo buenos amigos. Pulso "responder llamada" y enciendo el altavoz.

"Bueno, perro viejo, ¿cómo estás?", le digo.

"Robby, pequeño cabrón. ¿Es verdad lo que estoy leyendo aquí? ¿Pekín? ¿Los Estados Unidos ya no son lo suficientemente buenos para ti o qué?".

"¿Cómo es que lo sabes? ¿Cómo lo haces?". En realidad, no quiero saberlo. Percy tiene contactos en abundancia en todo el mundo. Los hombres de negocios más importantes y no pocos políticos están en deuda con él o simplemente les cae bien. Conseguir información es lo más fácil del mundo para él.

"No importa. Enhorabuena por el trato. Va a ser una auténtica belleza. Me gustan especialmente esas columnas oscuras de la entrada".

"¿Tienes los diseños a mano?", pregunto asombrado.

"Claro. Pero eso es secundario por ahora. Más importante es la pregunta: ¿tuvisteis una fiesta decente?". Cuando Percy dice "decente", suele querer decir exactamente lo contrario. "He oído muchas cosas sobre las chicas de Pekín. ¿Y?".

De hecho, después de las negociaciones, hubo una gran fiesta en uno de los mejores clubes de Pekín, y las mujeres de allí eran realmente la hostia. Al pensar en todas las faldas cortas y los pechos turgentes que parecían literalmente estallar de los escuetos tops, mi polla empieza a agitarse en mis pantalones.

Realmente me divertí mucho en esa fiesta. Las chicas no sólo tenían un aspecto impresionante, sino que también sabían moverse. Pasé casi una hora en la pista de baile y dejé que me animaran. A las zorras de allí les molestaba mucho menos que les dieran palmadas en el culo que a las chicas del Oeste. Disfruté del ambiente cargado de sexualidad de esta multitud juerguista y sabía perfectamente que no tardaría mucho en salir del club con una de estas chicas. Pero, ¿quién iba a ser la afortunada?

"¿Conoces a esas mujeres que son tan jodidamente guapas que nadie se atreve a acercarse a ellas?", le pregunto a Percy.

"Joder, sí", responde.

"Mientras dejaba vagar mi mirada escrutadora por el club, la veo de pie junto a la barra con cara de aburrimiento. Una belleza absolutamente impecable, casi aterradora, y nadie se atrevía siquiera a mirarla durante más de unos segundos. Aún no tenía ni idea de su buena suerte, pero estaba seguro de que esa chica estaría tumbada debajo de mí más tarde, suplicando clemencia.

Concentré toda mi atención en ella y me abrí paso entre la multitud que bailaba. Estaba a pocos metros de ella cuando se fijó en mí. Me sostuvo la mirada un momento y luego miró a un lado casi burlonamente. Conocía muy bien esa mirada. Quería parecer distante, no ponérmelo demasiado fácil, pero su fachada se desmoronaba. Cuando me puse justo delante de ella, me miró con aire desafiante. *¿Y ahora qué? ¿Qué vas a hacer ahora?*

La arrastré conmigo a la pista de baile. Al principio aceptó mi invitación vacilante, pero luego se relajó visiblemente. Pronto bailamos muy juntos y exploré sus curvas con las manos. Me habría encantado desnudarla allí mismo, en la pista de baile, y hacérselo pasar realmente mal, pero fui capaz de contenerme. Con un gesto inequívoco, le indiqué que me siguiera. Sin mirarla, salí de la discoteca. Sabía que la tenía en el anzuelo. Me seguiría.

Y, efectivamente, cuando subí a la limusina que me esperaba a la salida del club, ella entró en el coche justo después de mí.

Conocía a este tipo de mujer. Los hombres inseguros se sentían intimidados por sus miradas

burlonas y preferían no tocarlas. Pero con esa actitud condescendiente sólo intentan encubrir lo inseguras que son. Una vez que ves a través de su juego y rompes sus endebles defensas, se convierten en las zorras más dispuestas imaginables en un abrir y cerrar de ojos.

Todavía en la limusina que nos llevó al hotel, me sacó la polla de los pantalones con un hábil movimiento y empezó a chupármela. Estaba realmente interesada, jugueteando hábilmente con su lengua y....".

"Espera un momento. ¿Sólo una?", Percy interrumpió lo que yo estaba diciendo. "¿Todavía estás limpio? ¿Veinte millones de habitantes y te llevas *una*? Estoy decepcionado, tío".

"¿Qué puedo decir? No me va el sexo en grupo. ¿Cómo se supone que te vas a divertir cuando te sientes como si estuvieras en el puto Times Square?".

Percy se ríe. "Vale, de acuerdo. Nada de grandes eventos para ti. Pero dos, tres, ¿o quizá cuatro? Eso es manejable para un tipo grande como tú, ¿verdad? Vamos".

Por un momento me imagino a la chica de anoche recibiendo la compañía de otras dos tías buenas. Es cierto que hubiera podido con más, y eso que la he llevado a todas las posturas imaginables en casi todos los muebles de mi suite. Con unas cuantas compañeras más la noche podría haber sido mucho más excitante. No me desagrada la idea, y la polla también se me está poniendo dura. Quizá Percy tenga razón. Puedes intentarlo.

"Déjame contarte algo. La semana pasada estuve en las Bahamas. Playas blancas, cielos azules, y las damas", Percy chasquea la lengua. "No te estás imaginando cosas. Bellezas caribeñas y mocosas cachondas de Estados Unidos y Europa, todas constantemente bebiendo y bailando como si no hubiera un mañana porque solo pueden permitirse una semana en un Airbnb. ¿Cómo crees que reaccionaron ante mi cabaña? Había al menos una persona desnuda en mi chalet de la playa a todas horas del día y de la noche. Había días en los que no veía el sol durante horas, pero no era por el tiempo". Percy ríe sucio. "Sólo obstáculos redondos, tetas regordetas y piernas largas por todas partes. Dime que no suena como el paraíso".

"De acuerdo. Ahórrame los detalles", digo riendo. "¿Tienes algún consejo para mí?".

"En realidad tengo algo. Dime, ¿Cuánto hace que no nos vemos, Robert?". Sospecho cosas malas. Ese tono de voz suele sugerir que ha tramado algo y está deseando como un niño pequeño contármelo y ver mi reacción.

"No lo sé", respondo con sinceridad. "¿Medio año?".

"¡Un puto semestre!", retumba mi teléfono y hago una mueca involuntaria. "Eso es demasiado tiempo, tío. Te diré una cosa. ¿Qué tal si vienes a Chicago este sábado? Allí hay una partida de póquer en uno de los mejores hoteles de la ciudad. Estoy invitado, por supuesto, y puedo conseguir un asiento para ti también. Estafaremos a todos los idiotas nuevos ricos y luego nos divertiremos de verdad. Y la noche no termina hasta que te hayas enrollado con al menos tres chicas. ¿Trato hecho?".

"No lo sé, tío. Ahora mismo estoy de camino a Nueva York, tengo una reunión importante allí mañana al mediodía. Todo se está volviendo demasiado estresante para mí", respondo pensativo.

"No me vaciles. Te sacas de encima tu pequeña reunión, haces que Francis te lave la ropa y te prepare unos bocadillos mientras tanto, y luego metes el culo en tu máquina insonorizada y te vienes a Chicago. Hace mucho viento aquí, las chicas necesitan calor corporal. ¿Quieres que se congelen? ¿Es eso lo que quieres?", se burla Percy.

"¡Está bien!", le digo. No puedo decirle que no a Percy. Y un poco de tiempo libre después de todo el estrés sin duda me vendrá bien. Los hoteles pueden arreglárselas dos días sin mí, y lo de Pekín también tiene que pasar antes por unos cuantos obstáculos burocráticos.

"¡Genial! Yo me encargo de tu sitio en la mesa y de una habitación de lujo para ti, y tú sólo te traes a ti mismo y a tu polla. Te enviaré un mensaje con las fechas exactas", dice Percy y cuelga.

Poco después, mi móvil vuelve a vibrar. Percy escribe que el partido tendrá lugar el sábado a las siete de la tarde en el salón del Hotel Langham. En realidad, todos los asientos ya estaban ocupados, pero a petición de Percy supuestamente han desinvitado al dueño de alguna tienda online. La influencia de Percy unida a su audacia siempre depara sorpresas. Sonriendo, dejo el teléfono a un lado y pulso un pequeño botón junto a mi asiento.

Unos segundos después, Francis entra corriendo por la puerta de la cabina. "¿Ha llamado, señor? ¿En qué puedo ayudarle?", pregunta.

"Sí. Asegúrese de que el avión esté listo para salir lo antes posible después de la reunión en Nueva York. Volaremos a Chicago".

Capítulo 3 ~Jessica~

Cuando subo a toda prisa las escaleras de la estación de Argyle, el tren de la línea roja ya está entrando a toda velocidad. Paso a empujones junto a una pareja de ancianos y casi choco con un tipo enorme y gordo que de repente se detiene para dar un mordisco a un perrito caliente. Lo esquivo justo a tiempo, llego a lo alto de las escaleras y salto en el último segundo por la puerta del vagón más cercano, que ya empieza a cerrarse.

Lo he conseguido, pienso, y me apoyo en las rodillas, jadeante, para recuperar el aliento. Afortunadamente, los demás pasajeros no me prestan atención; después de todo, probablemente ocurre cientos de veces al día que alguien se precipita al vagón en el último momento y primero tiene que recuperar el aliento.

Cuando ya no siento que me arden los pulmones, miro a mi alrededor en busca de un asiento libre. Mierda, todo está ocupado. Agotada, me apoyo en uno de los cristales que separan la zona de la puerta de los asientos y saco el móvil.

Considero brevemente la posibilidad de llamar a Amy para aclarar el asunto de antes, pero no me apetece airear mi vida privada aquí, delante de todo el mundo en el abarrotado metro. Además, es probable que Jason y ella sigan follando. Pensarlo me pone enferma.

Mientras el tren avanza hacia el sur por Uptown, abro mi aplicación de noticias. Aburrida, me desplazo por las últimas noticias de política, deportes y tonterías de famosos hasta que mi mirada se detiene en un artículo de negocios.

“Un imperio hotelero planea expandirse en China”, dice el titular. La foto de portada muestra a un hombre bien vestido, de complexión ancha y pelo castaño oscuro perfectamente peinado. En realidad, este tipo de historias no me interesan, pero por alguna razón no puedo evitar abrir el artículo.

Robert Hawk, que es aparentemente el nombre del tipo de la foto, es propietario de varios prestigiosos hoteles de lujo en casi todas las metrópolis de Estados Unidos. Según el artículo, ahora planea construir por primera vez un hotel fuera de Estados Unidos: en Pekín. Sigo desplazándome y hojeo algunos párrafos hasta que por fin aparece otra foto. Esta le muestra con una camisa blanca y un casco de construcción en la cabeza en un terreno baldío. Mientras señala algo, rodeado de obreros de la construcción, las mangas remangadas dejan ver sus musculosos antebrazos.

Bastante sexy ya, pienso, y miro a izquierda y derecha una vez para asegurarme de que nadie puede ver mi pantalla. Sin más dilación, cierro la aplicación de noticias y busco su nombre en Internet. Enseguida me aparecen numerosas fotos, sobre todo portadas de diversas revistas de negocios. En todas lleva un traje diferente, perfectamente ajustado, y sonrío confiado y decidido a la cámara.

Eso sería algo, pienso. *Éxito, sonrisa dulce, bien vestido*.

Mientras sigo recorriendo soñadoramente los resultados de la búsqueda, se oye un crujido en los altavoces del metro y el anuncio automático anuncia que estamos llegando a la estación de Lake.

Mierda. Debería haberme bajado en la última parada. Vuelvo a meter apresuradamente el smartphone en el bolso y compruebo una vez más mi peinado en el cristal de la ventanilla, mientras el tren se detiene silbando.

En cuanto se abren las puertas, salgo a toda prisa, me abro paso entre la gente y subo las escaleras hasta la calle. Desde aquí puedo ver el enorme edificio negro del Hotel Langham que se eleva entre los demás rascacielos.

Mientras cruzo apresuradamente el puente sobre el río Chicago, me pregunto si este Robert Hawk también posee uno o dos hoteles aquí en Chicago. ¿Tal vez sea dueño del Langham? Se me ocurre que nunca he pensado en quién paga exactamente mi sueldo.

No será así, pienso. ¿Qué tan probable es eso? Y aunque lo fuera, alguien como él ni siquiera se fijaría en mí.

"¡Hola, Jess! Ahí estás". Verónica está detrás del mostrador de recepción y me saluda aliviada. "Empezaba a pensar que no ibas a venir".

"¡Lo siento! Olvidé mi tarjeta y tuve que volver", respondo mientras cruzo el vestíbulo casi desierto y rodeo el gran mostrador de recepción. Un vistazo a la pantalla del ordenador me indica que mi turno empieza en menos de un minuto.

"Entonces podré irme al descanso a tiempo", dice Verónica alegremente y se da la vuelta con un elegante movimiento que hace volar por los aires su larga melena rubia.

"¿Puedes guardarme esto bajo llave?", le pregunto pasándole el bolso. "No he pasado por la sala de descanso".

"Claro, no hay problema", dice Verónica, cogiendo el bolso. Me guiña un ojo conspiradoramente y desaparece por una puerta detrás de la recepción que pone "sólo personal".

Estoy muy agradecida de tener una colega como Verónica. Es muy simpática y siempre se muestra comprensiva cuando no hago algo bien a la primera o cometo un pequeño error. Descubrí muy pronto que esto no es algo natural. Una vez, al registrar la salida de un huésped, me equivoqué con el número de la habitación. Kyle, el conserje jefe, se dio cuenta, y me echó la bronca de tal manera que pensé que me despedirían en cualquier momento.

De todos modos, no soporto a Kyle. Trata a todos los que trabajan a sus órdenes como ciudadanos de segunda clase, y cuando el director del hotel, el Sr. Philips, está presente, por arte de magia pasa de matón a adulator. "Sí, Sr. Philips. No, Sr. Philips. Muy bien, Sr. Philips. Me pondré a ello, Sr. Philips". Absolutamente hilarante.

Por eso mi humor vuelve a caer en picado cuando veo que la puerta de la zona de personal se abre de nuevo y Kyle entra pavoneándose en el vestíbulo directo hacia mí.

"Hola, Jessica", me dice. "¿Decidimos presentarnos después de todo?".

"Empecé a tiempo", replico.

"Y a juzgar por tu peinado, has batido un nuevo récord mundial de velocidad de camino hacia aquí. Realmente extraordinario", se burla.

Me ruborizo, literalmente. Vuelvo a mirarme el pelo al entrar. No estaba perfecto, pero tampoco estaba tan mal. Sin embargo, el Langham no esperaba menos que la perfección absoluta de sus empleados, así que prefiero mantener la boca cerrada y mirar mis zapatos avergonzada.

"Bueno, no importa. No he venido por eso. El señor Philips quiere verte. ¡Ahora mismo!", prosigue cuando no me muevo de inmediato.

"¿Qué quiere de mí? ¿Ha dicho algo?".

Con una mezcla de despiste y desinterés en la mirada, Kyle me mira y se encoge de hombros.

Gracias por nada, gilipollas, pienso. Me pregunto qué querrá el señor Philips de mí. ¿Me va a despedir ahora? Desde el principio he tenido la sensación de que nunca podré satisfacer las exigencias de aquí. ¿Qué se supone que debo hacer ahora? ¿De verdad tengo que volver a buscar

un nuevo trabajo? Me estoy acalorando y tengo ganas de llorar.

Contrólate, Jessica, me amonesto a mí misma. ¿Quién dice que te van a despedir? Sí, has cometido algunos pequeños errores, pero por lo demás lo estás haciendo bastante bien. Me obligo a calmarme y me dirijo a los ascensores.

El despacho del Sr. Philips está en la planta 25, que es exclusivamente para la dirección del hotel. Los huéspedes no tienen acceso a esta planta, el ascensor sólo se detiene allí si se acerca la tarjeta llave correspondiente al escáner situado junto al "25" dorado.

Las puertas pulidas del ascensor se deslizan silenciosamente hacia un lado y yo salgo del ascensor un poco insegura. Justo delante de mí hay un escritorio blanco muy grande, detrás del cual está sentada la secretaria de dirección, mascando chicle y mirando fijamente su pantalla.

"¿Sí?", pregunta, relamiéndose los labios sin mirarme.

"Jessica Collins. El Sr. Philips quiere verme".

Hace un gesto con la cabeza hacia la izquierda, lo que supongo que significa que su despacho está en esa dirección.

Efectivamente, encuentro una puerta doble al final del pasillo, junto a la cual cuelga un pequeño cartel en el que se lee "*H. Philips, Director*". Llamo con cuidado y abro la puerta con nerviosismo. El corazón se me acelera y rezo para que no me despidan ahora.

"¡Jessica! Aquí estás. Tengo buenas noticias", me saluda el señor Philips. Nunca le había visto de tan buen humor.

Me quita un gran peso de encima. *Así que no hay despido*, pienso aliviada.

"¿Sabes algo de póquer?", me pregunta el señor Philips.

"Bueno, en realidad, no", admito.

"Bueno, en realidad no hace falta. Verás, nuestra casa ha sido elegida como sede de un evento muy especial. Algunos de los hombres de negocios más importantes del mundo se reúnen una vez al año para jugar al póquer, y siempre esta partida tiene lugar en los hoteles más exquisitos. Este año somos nosotros, el Langham Chicago, los anfitriones de esta reunión. ¿No es fantástico?". El Sr. Philips rebosa de emoción.

"Sí, realmente lo es. Enhorabuena", le digo. Sin duda es una gran publicidad para el hotel, y los empresarios seguro que dejarán algo de dinero aquí. Al menos así me explico la euforia del Sr. Philips. Sin embargo, sigo sin entender muy bien qué tiene que ver todo esto conmigo.

"Gracias. Seguro que ahora se pregunta por qué le cuento esto". Me mira escrutadoramente y su expresión se vuelve notablemente más seria. Parpadeo avergonzada y espero ansiosa a que continúe.

"En realidad, la reunión iba a tener lugar en otro hotel de Chicago. Sin embargo, ese tiene, bueno, un pequeño problema de imagen, por lo que hubo que cambiar el plan con poca antelación. No te aburriré con los detalles, lo importante para ti es que he tenido que hacer un pequeño cambio en tu agenda. Te necesito aquí el sábado por la tarde, en el Club Lounge. Allí servirás bebidas a los jugadores".

"Pero", respondo irritada, "yo trabajo en la recepción de diez a seis el sábado. Entonces, ¿me hará el turno otra persona?".

El señor Philips parece divertido. "¿Cómo te lo imaginas? ¿Se supone que tengo que invocar a una nueva recepcionista de la nada? No, tú haces tu turno como siempre y vienes a la sala después. Seguro que puedes arreglártelas".

"Sí, sí, vale", le digo. Prefiero no llevarle la contraria. Me alegro de que no me haya puesto en

la calle.

"Muy bien. Y sé buena chica y cómprate un vestido bonito para esa noche. La ropa de trabajo habitual es demasiado formal para la ocasión. Por cierto, también puede ser un poco más revelador. Me traes la factura, ¿vale? Eso es todo". Mr Philips me da la espalda y mira por la ventana.

Me quedo paralizada, atónita ante tal atrevimiento. *¿Un poco más revelador? ¿Se supone que ahora tengo que hacer de chica de compañía, sólo para que un puñado de capullos ricos se gasten más dinero en copas?*

"Como he dicho, eso es todo", dice el señor Philips, ligeramente molesto, cuando se da cuenta de que sigo de pie en medio de su despacho. "Si tienes algún problema con eso, estoy seguro de que podrás encontrar otro hotel más a tu gusto. Si no, nos vemos en el salón el sábado a las seis y media. Ahora chop, chop a trabajar. No te pago para que te quedes en mi despacho como una planta de interior sobrevalorada".

Eso me afectó. Sabe muy bien que no puedo permitirme perder este trabajo, así que asiento con la cabeza y salgo corriendo de su despacho con la cabeza gacha y los hombros caídos.

"¡Actitud, Jessica!", me grita.

Menudo gilipollas.

Mientras espero el ascensor, recuerdo que quería salir con Amy el sábado por la noche. Suponiendo que nos hayamos reconciliado para entonces. Supongo que también puedo olvidarme de eso.

El ascensor hace un suave *ding-dong* y las puertas se abren. Con lágrimas en los ojos, entro y pulso "0". Este día no puede ser peor.

Capítulo 4 ~Robert~

Jueves por la noche.

Hotel Central Park Diamond, Nueva York.

Con un fuerte golpe, la puerta de mi despacho se cierra. Después de que Jeffrey, el director al que acabo de despedir, lleve casi diez minutos llorándose a gritos y otros diez regañándose salvajemente, por fin sale enfadado y cierra la puerta con tal fuerza que uno de mis cuadros se resbala de su soporte y cae estrepitosamente al suelo.

Enarcando las cejas, me levanto y camino tranquilamente alrededor de mi escritorio para recoger el cuadro. A través de la puerta cerrada aún puedo oír a Jeffrey refunfuñando suavemente. El marco tiene algunos arañazos, pero por lo demás está intacto. Lo cuelgo en su sitio con mucho cuidado y abro la puerta para asegurarme de que Jeffrey no haya dejado rastro de devastación en mi despacho.

Francis está sentado detrás de su escritorio, congelado por la sorpresa, pero no hay ni rastro de Jeffrey. Parece que se ha dado cuenta de que el vandalismo ciego tampoco le devolverá el trabajo y se ha largado.

"¿Estás bien?", le pregunto.

Francis asiente lentamente. Sin embargo, la sorpresa sigue reflejada en su rostro.

"Vete a casa, Francis. Tómate mañana libre", le digo. No es la primera vez que veo así a mi ayudante. No sirve para nada en este estado.

"Pero, Chicago", balbucea.

"Aplace su salida hasta el sábado por la mañana", le digo secamente.

"Muy bien. Francis coge el auricular del teléfono y marca el número del piloto con dedos temblorosos. *Qué débil*, pienso. *Se pone tan nervioso con tanto griterío*. Pongo los ojos en blanco y paso junto a él, por los pasillos de la planta de dirección. Quizás aplazar la salida no haya sido una idea tan estúpida. Además, me vendría bien un pequeño descanso para reponerme del jet lag.

Decido coger la ropa de deporte de mi suite y gastar la energía que me queda en hacer un poco de ejercicio en el gimnasio del hotel.

El gimnasio del Hotel Central Park Diamond está bien equipado. Los aparatos están al día y se revisan a diario, como espero en todos mis hoteles.

Sin embargo, como ya es relativamente tarde, apenas hay actividad. La mayoría de los huéspedes del hotel estarán cenando a esa hora o de camino por las abarrotadas calles neoyorquinas para explorar la vida nocturna local y hacer fotos de la iluminada Times Square para aburrir a sus parientes en casa. A mí me parece bien, me gusta tener paz y tranquilidad cuando entreno.

Aparte de mí, sólo hay otra persona en la sala: una rubia atlética que está sentada muy concentrada en la máquina de remo y le está dando caña.

Me dirijo a las cintas de correr y empiezo mi rutina habitual. Mientras empujo la cinta hasta el límite, la rubia se levanta de la máquina de remo, se seca las gotas de sudor de la frente y pasa junto a mí hacia los vestuarios.

Es una pena, pienso, y me fijo en ella. Sólo lleva un sujetador deportivo y unos pantalones de yoga ceñidos, en los que su culo apretado se contonea de un lado a otro. *Debe de ser divertido darle unos buenos azotes a ese culito*, pienso, y salto de la cinta, que se para en seco poco después.

Cojo la toalla y me dirijo a los vestuarios. Hoy me apetece más dar unas vueltas rápidas alrededor de la piscina que hacer ejercicios de fuerza, así que me doy una ducha rápida y me quito el sudor del cuerpo.

Mientras el agua fría me cae por la espalda, me imagino a la rubia de pie en la ducha, enjabonándose las tetas. Menuda tía. Mi polla ya se está preparando de nuevo. Con jet lag o sin él, no me vendría mal un buen polvo. Pero antes me pongo el bañador y me dirijo a la piscina.

Mientras doy unas cuantas vueltas rápidas, siento cómo el agua me refresca los músculos y me quita el cansancio de la cabeza. Hago una pequeña pausa, me apoyo en el borde de la piscina y dejo vagar mi mirada por el gimnasio desierto. Sólo se oye el chapoteo del agua y el suave zumbido del sistema de ventilación. Entonces oigo una puerta que se abre y se cierra en el otro extremo de la sala, seguida de pasos arrastrados sobre el suelo de parqué pulido.

La rubia sale de entre el equipamiento deportivo, envuelta en una gran toalla blanca. Me ignora, rodea la piscina y se dirige a la sauna. Me doy la vuelta en el agua y la miro. Incluso con la toalla parece estar increíblemente buena.

Justo antes de entrar en la sauna, se detiene y me mira. Luego deja caer la toalla al suelo y desaparece por la puerta, de modo que sólo puedo ver su torneado trasero desnudo durante una fracción de segundo. No podría haberme hecho una invitación más clara.

Salgo del agua y me dirijo hacia la sauna, recogiendo su toalla del suelo.

Cuando abro la puerta de madera de la sauna, está sentada con los ojos cerrados, respirando el humo caliente. Sus pechos desnudos suben y bajan.

"Has perdido algo ahí", le digo y le tiendo la toalla.

Abre los ojos y me mira sin decir nada.

Dejo la toalla en uno de los bancos y me acerco a ella.

"Aquí está prohibido el bañador", me dice señalándome la entrepierna.

"Ayúdame con esto", le digo y me pongo justo delante de ella.

Sin dudarle, me agarra de la cintura y me baja los calzoncillos. Mi polla tiesa salta ante ella.

"Mejor", dice, poniendo una mano en mi six pack y deslizándola lentamente hacia abajo. Coge la polla entre las manos y me mira inocente.

Le agarro la nuca y la empujo lentamente hacia delante. Sus labios se abren y mi polla desaparece poco a poco en su boca.

Capítulo 5 ~Jessica~

Completamente agotada y exhausta, tropiezo con la puerta principal y me dejo caer en el sofá. ¡Menudo día! Primero la pelea con Amy, luego casi llego tarde, y después mi jefe me dice que tengo que hacer un turno extra el sábado por la noche. Por no hablar de sus comentarios pretenciosos.

Hay una botella de vino tinto y dos copas en la mesa de café. Es evidente que Amy y Jason han pasado una velada agradable. Sin más preámbulos, cojo la botella y bebo un buen sorbo. El vino está muy seco, pero no sabe nada mal. Poco después, me invade un agradable calor. Bebo otro sorbo y pienso en la mejor manera de aclarar las cosas con Amy.

En ese momento se abre la puerta del piso y Amy se planta delante de mí, cargada con varias bolsas de la compra.

"Hola", me dice secamente, metiendo las bolsas por la puerta, que cierra torpemente con el pie.

"Hola, ¿dónde has estado?", le pregunto, intentando sonar lo más conciliadora posible.

Amy parece haberse dado cuenta, porque su respuesta suena mucho menos áspera que su saludo de hace un momento: "en la tienda del señor Stephens. Me apetecía volver a tener algo de fruta y verdura fresca en casa".

"Ah, vale", respondo. El señor Stephens lleva una pequeña tienda a dos manzanas de nuestro piso. Guardamos silencio, mientras Amy pesca plátanos, naranjas, brócoli y pimientos de las bolsas de papel marrón y los guarda en el armario de las provisiones.

Finalmente, es ella quien interrumpe el incómodo silencio. "Me pareció una mierda lo que hiciste esta mañana", dice.

"Lo sé, no ha estado bien. Lo siento. Es que tenía prisa y no quería empezar una larga discusión", digo.

"De todas formas no pensaba invitar a Jason, ¿sabes?", me interrumpe.

"¿No?". La verdad es que me sorprende un poco. Por otra parte, me siento bastante estúpida. Claro, desde que están juntos, están constantemente pegados el uno al otro, pero Amy sigue siendo mi mejor amiga. Y de ninguna manera traería a un chico a una noche de chicas. No importa lo bueno que piense que está o lo feliz que la haga.

"Por supuesto que no. No soy estúpida. Pero el hecho de que lo enfatizaras tanto me impactó. Sentí que no querías que fuera feliz o algo así".

"Eso es mentira. Me alegro mucho por ti y no te envidio en absoluto que seas feliz. ¿Me perdonas?".

"Claro, vaya pregunta. Y siento haberte contestado tan mal. Y también siento que tuviéramos sexo en el sofá tres veces después".

Sobresaltada, me levanto de un salto del sofá y miro mi ropa con asco, buscando posibles manchas. "¿Tres veces? Jesús, Amy, ¡qué puto asco!", exclamo en voz alta. Entonces oigo a Amy reírse. Cuando me doy cuenta de que solo estaba bromeando, me empiezo a reír yo también y le tiro un cojín del sofá.

"Eres imposible", le digo mientras esquiva el cojín sin dejar de reírse. "¿Dónde está Jason?".

"Ha ido con unos amigos, iban a ver un partido juntos esta noche. Pero quería volver aquí después. Si te parece bien".

Me conmueve profundamente que Amy me tenga en cuenta. "Claro que me parece bien", le digo.

"Guay", dice Amy, rebuscando en sus bolsas de la compra. "Por cierto, he comprado más vino y unas patatas fritas. Si te apetece".

"¡Oh Dios, sí! Creía que sólo tenías verduras!", digo aliviada.

"Pah, ya me conoces", replica ella, dejando sobre la mesita una botella grande de vino blanco y un sacacorchos. "Tú lo abres y luego me cuentas tu día. Yo me encargo de las patatas".

"Sí, sobre eso", empiezo titubeando. "Tengo malas noticias. Mi jefe me ha hecho trabajar el sábado por la noche. Así que me temo que voy a tener que cancelar nuestra noche de chicas".

"Oh no, ¿de verdad? De hecho, ya nos había reservado mesa en Harvey's".

"¿De verdad? Oh, tía!", gimo. Harvey's es nuestro bar favorito, pero siempre está lleno. El hecho de que Amy llamara e hiciera una reserva allí a pesar de la discusión no resuelta hace que se me salten las lágrimas.

"¡Eh, no llores! No es para tanto, iremos la semana que viene o algo así. Lo haremos", dice apaciguadora y me tiende un pañuelo.

Asiento y me limpio los ojos con el pañuelo. "Vale. Tienes razón", resoplo.

"Pero, ¿por qué tu jefe se acuerda hoy de repente de que pasado mañana tienes que trabajar a doble jornada? ¿Se ha vuelto loco? No puede hacer algo así". Amy parece realmente indignada. Le cuento toda la historia, lo de la partida de póquer, el pequeño círculo de superricos y el repentino cambio de lugar, por eso de que todo es de última hora.

"Y luego me dijo que me comprara un vestido nuevo, que él pagaría. Y debería ser un poco más revelador, dijo. Como si yo fuera una puta que él puede vestir como quiera. ¿Puedes creerlo?".

"Qué imbécil", dice Amy incrédula.

"Pero no tengo elección. Si quiero conservar mi trabajo, tengo que seguirle el juego. Y lo necesito de verdad".

"¿Así que mañana iremos juntas de compras?", pregunta Amy. De repente le brillan los ojos.

"¿Quieres venir?", pregunto asombrada.

"Claro", dice Amy alegremente. "Acabarás comprando algo abismalmente feo, como un jersey de cuello alto o algo así. Me aseguraré de que estés muy sexy cuando les sirvas la bebida a esos ricachones. Se les saldrán los ojos de las órbitas, te lo juro".

Decidida, golpea la mesita con el puño. Los vasos tintinean y la botella de vino se tambalea peligrosamente.

"Realmente no sé si quiero tanto esto. Que un multimillonario babosee por mí", añado.

"Vamos, seguro que allí habrá algún tío guapo. Y quién sabe, igual hasta acabas en una suite con uno". Amy me guiña un ojo y me da un codazo en el costado. "Vamos, necesitas divertirte un poco para variar. Y si tu jefe te va a comprar un vestido, más vale que sea uno con el que estés absolutamente irresistible".

Quiero estar en desacuerdo con Amy, pero en realidad tiene razón. Hace meses que no me permito divertirme. E incluso si su plan de vestirme y lanzarme a una habitación llena de multimillonarios con la esperanza de acabar en la cama con uno de ellos no funciona, al menos me habrán regalado un vestido estupendo.

"De acuerdo. Trato hecho", digo y Amy sonrío ampliamente.

"¡Brindemos por eso!", dice, sirviéndonos una buena copa. "¡Salud!".

Capítulo 6 ~Jessica~

A la mañana siguiente.

Cuando por fin abro los ojos, el sol me da de lleno en la cara. Con un fuerte gemido, me doy la vuelta e intento volver a dormirme, pero no puedo. Mi cabeza se siente como si una lavadora estuviera funcionando en el ciclo de centrifugado.

Anoche Amy y yo nos terminamos toda la botella de vino y empezamos otra. Me sentí muy bien al volver a pasar una noche juntas, aunque sólo fuera en casa, en el sofá. Después de tratar los temas difíciles, como las preocupaciones económicas, los problemas con el trabajo y las relaciones sentimentales, estuvimos tonteando durante horas y, por un momento, nos sentimos como en los viejos tiempos, cuando pasábamos juntas la noche en vela y al día siguiente dormíamos hasta tarde en la universidad.

Más tarde, Jason se unió a nosotras, lo que mató un poco el ambiente, al menos para mí. Amy, por supuesto, estaba locamente feliz y desapareció directamente en el dormitorio con él, por lo que yo también me retiré. Sin embargo, tuvieron sexo tan fuerte que no pude conciliar el sueño en mucho tiempo, a pesar de mi nivel de alcohol.

Todo esto -el estrés, el alcohol, las preocupaciones y sí, también la envidia de la relación de Amy- hizo que al final me despertara en mitad de la noche y me encontrara en la cocina. Fui sonámbula durante mucho tiempo. Ya había tenido ese problema antes, sobre todo cuando mis padres se peleaban o cuando estaba en mitad de los exámenes en la universidad.

Me arrastro fuera de la cama y me meto en la ducha, cansada y agotada. Al menos hoy tengo el día libre y lo único que me queda por hacer es comprarme un vestido nuevo para mañana por la noche. Mientras me paso el agua caliente por la cabeza, pienso en la cara de emoción que pondrá Amy mientras recorremos las boutiques y me pone un vestido tras otro delante del pecho.

Esto va a ser divertido, pienso y cierro el grifo.

"Tienes una carta", me saluda Amy mientras salgo del baño con el pelo aún mojado. "Acabo de bajar a por unos panecillos recién hechos. ¿Quieres? El café también está listo".

La energía matutina de Amy siempre me ha fascinado y molestado a partes iguales. Le sonrío agradecida y, sin mediar palabra, cojo un panecillo, le unto un poco de crema de queso y le doy un mordisco, pasándolo con un buen trago de café.

"Sabe muy bien", digo con otro bocado de panecillo en la boca y echo un vistazo a la carta. Es de mi universidad. Al ver el escudo estampado en el sobre, siento una punzada de dolor.

Cambié de carrera a mitad de mis estudios cuando me di cuenta de que, aunque el Derecho me parecía apasionante, sencillamente no tenía el más mínimo talento en este campo. El eterno vaivén de párrafos casi me sumió en una grave depresión. Tras muchas idas y venidas, finalmente me decidí por la arquitectura.

Así que mientras Amy ya se estaba sacando la carrera, yo tuve que empezar de cero, y cuando ella consiguió su primer trabajo en un prestigioso bufete de abogados del centro de Chicago, yo aún estaba hasta el cuello de exámenes, trabajos y tediosas clases.

A pesar de todo, estaba contenta con mi nueva carrera. Pero cuando, hacía un año mi padre sufrió una grave y complicada fractura mientras trabajaba en una obra, y mis padres ya no

pudieron pagar por sí solos las facturas del médico y del hospital, tuve que interrumpir mis estudios y buscar un trabajo para mantenerlos de alguna manera.

Por eso no asistí a un solo seminario durante dos semestres. Empiezo a preguntarme si alguna vez podré terminar mis estudios, o si estaré condenada a mantenerme a flote para toda la eternidad con un trabajo mediocrementemente remunerado en la recepción de un hotel.

"¿Qué quieren de ti?". La pregunta de Amy me saca de mis pensamientos. Ahora me doy cuenta de que estoy a punto de llorar otra vez.

"No lo sé", respondo, secándome las lágrimas y abriendo el sobre. Hojeo la carta y la dejo a un lado. "Sólo un recordatorio de que debo retomar mis clases para este semestre la próxima semana".

"Oh, tía, Jess, estoy segura de que pronto podrás ponerte manos a la obra", intenta consolarme Amy.

"No lo creo. La deuda de mis padres es cada día mayor. Tendría que tocarme la lotería o conseguir un aumento gordo para volver por fin a la universidad".

"¿Cómo le va a tu padre?", pregunta Amy ansiosa. "¿Está empezando a recuperarse?".

"No, la verdad es que no", respondo con voz deprimida. "Probablemente seguirá estando así un tiempo más. Algunas de las operaciones no fueron muy bien, y otra operación para corregirlo todo les llevaría a la bancarrota para siempre".

"Siento mucho oír eso". Amy me mira con tristeza. Pero luego su expresión se ilumina y sonríe alentadora. "Pero estoy segura de que pronto surgirá algo. Aún no sé qué, ¡pero tengo un presentimiento! Espera y verás, a la gente buena le pasan cosas buenas tarde o temprano". Con estas palabras, coge la carta de mi universidad y la tira a la papelera.

"Ahora", dice con firmeza, "desayunemos relajadamente, disfrutemos del sol y vayamos a comprarte un vestido con el que estés tan buena que todos los hombres del mundo se enamoren de ti en cuanto pases por su lado con tu culo caliente. ¿De acuerdo?".

Sin esperar mi respuesta, Amy sube el volumen de la radio y se pone a bailar por el piso. Y a pesar de toda la mierda que está pasando en mi vida ahora mismo, no puedo evitar reírme y contagiarme del incorregible optimismo de Amy.

La música que suena en los altavoces de la tienda de ropa me recuerda mucho a mi adolescencia. La ropa que cuelga de largas barras de cobre a lo largo de las paredes de ladrillo sin enlucir tiene un aspecto increíblemente moderno y llamativo.

"No sé si encontraremos algo aquí, Amy", digo en voz baja. "Todo parece demasiado colorido para una ocasión así".

"¡Todavía no has visto la parte de atrás de la tienda!". Amy me coge de la mano y me arrastra por la tienda.

"Um, ¡hola!", saludo a la dependienta que está detrás de la caja, mirándonos con las cejas levantadas.

Resulta que Amy tiene razón una vez más. Hay una puerta estrecha en la pared trasera de la tienda con un pequeño cartel encima que dice "Fancy Shit. Mierda de Lujo". Por lo visto, la autoironía también es una popular herramienta de marketing entre las pequeñas boutiques.

Amy y yo nos escurrimos por el pasadizo y de repente nos encontramos en una habitación muy alta que parece haber sido una pequeña nave industrial.

"Mola, ¿verdad?", dice Amy, mientras yo, con la cabeza apoyada en el cuello, me maravillo ante los grandes ventanales del techo por los que entra la brillante luz del día.

La ropa que cuelga del techo con largas cuerdas es increíblemente elegante. Recorro la sala con asombro y con pasos pausados, dejando que mis dedos se deslicen sobre las diferentes telas. Cada vestido es diferente, a veces pesado y suave, a veces ligero y fluido. Me quedo boquiabierta.

"Esto es increíble. ¿Cómo conoces esta tienda?", le pregunto a Amy.

"Lo creas o no, me lo dijo Jason. Solía trabajar como repartidor de paquetes por aquí".

"Realmente increíble", susurro. "¿Qué te parece esto?". Señalo un vestido largo verde oscuro con una abertura.

"No está mal en sí mismo, pero sigo pensando que es demasiado formal", dice Amy. "Este me gustaría más".

Me tiende un vestidito negro tan escaso que me quedo helada con sólo mirarlo.

"No, es demasiado vulgar. No puedo llevarlo", le digo.

Y así sucesivamente durante un buen rato hasta que por fin tenemos dos vestidos en la lista. Con nuestro botín bajo el brazo, nos dirigimos a los vestuarios, que resultan ser simples paredes móviles al borde del pasillo. Amy y yo intercambiamos una mirada significativa antes de desaparecer detrás de uno de los tabiques.

Unos minutos después salgo y me miro en uno de los espejos altos que hay junto a los vestuarios. "¿Qué te parece?", le pregunto a Amy mientras me doy la vuelta para mirarme desde todos los ángulos.

El vestido tiene un escote muy bajo. Además, la espalda está casi completamente al descubierto y en las caderas la tela es parcialmente translúcida, lo que sin duda resulta sexy en las top models absolutas, pero en una mortal normal como yo bastante menos.

"Bueno, te lo diré así... será mejor que no se te caiga nada en ese vestido que luego tengas que volver a recoger", dice Amy, sonriendo.

"Sí, yo también creo que es un poco exagerado", admito y vuelvo a meterme en el cubículo. "Aunque en el maniquí estaba muy sexy".

"Sí, pero por desgracia muy pocos tenemos una constitución tan perfecta", dice Amy. Supongo que tiene razón. En estos maniqués todo parece siempre demasiado perfecto, así que normalmente acabas decepcionada cuando te miras en el espejo con tu ropa nueva.

Unos minutos después vuelvo a salir de detrás del biombo, esta vez con el otro vestido. Amy se queda boquiabierta al verme. Algo asombrada, me giro hacia el espejo y también casi me desmayo de emoción.

"¡Dios mío, Jessica!", susurra Amy.

"Lo sé", respondo también en un susurro. "¡Yo también me echaría un polvo a mí misma!".

Capítulo 7 ~Robert~

Sábado por la mañana.

"¿Francis?", grito. "¿Dónde demonios estás?".

He mirado en todas las cabinas del avión, pero no veo a mi ayudante por ninguna parte. No puedo soportar no saber dónde están mis empleados durante sus horas de trabajo.

Estoy a punto de decirle al piloto que vuelva a Nueva York cuando la puerta del aseo se abre justo delante de mí y Francis sale dando tumbos. Está pálido como un fantasma.

"¡Jesús! ¿Qué te pasa ahora, Francis?", pregunto con una mezcla de lástima y asco. "¿Tienes...".

"No, no. Todo está bien", dice Francis. "¿Llamaste?".

"Lo hice, probablemente cien veces".

"Mis más sinceras disculpas. ¿Qué puedo hacer por usted, señor?".

Miro a Francis con desdén. No me apetece tener que llevarle directamente a un hospital de Chicago. Pero él debe saber por sí mismo si está en condiciones de trabajar. Así que continúo imperturbable: "Quiero ir solo al hotel después de aterrizar. Sin chófer ni limusina. Consígueme un bonito coche deportivo para explorar un poco la ciudad. Tú encárgate del check-in y yo me reuniré contigo allí".

Francis me mira irritado un momento, luego asiente en silencio y se apresura a marcharse. Suelo mantener a mis empleados a raya y no me permito excursiones innecesarias. No tengo que decirle a Francis que tengo que hacer un pequeño recado después de aterrizar en Chicago que no es asunto de mi equipo.

Tras un aterrizaje algo accidentado, gracias al cual Francis se excusa una vez más para desaparecer en el lavabo, el jet entra lentamente en el hangar y se detiene. Mientras los motores siguen funcionando con un fuerte rugido, yo me bajo y dejo que el viento fresco me dé en la cara. Delante de la gran puerta del hangar ya puedo distinguir la flota de vehículos que ha organizado Francis.

Entre ellos, un Lamborghini negro. No es exactamente de mi gusto -estas cosas son demasiado ruidosas y llamativas-, pero al menos Francis sabe lo que es un coche deportivo.

Bajo por la pasarela, me entregan las llaves del Lamborghini y me deslizo en el asiento de cuero, muy bajo. Casi parece que esté sentado en la carretera. Arranco el motor y dejo que ruja una vez.

No está mal, pienso. No se puede negar que este coche tiene mucha potencia. Lentamente dejo que empiece a rodar. Por el retrovisor veo a Francis y al resto de mi equipo cargando el equipaje en los otros vehículos. Piso el acelerador y en un santiamén estoy fuera del recinto del aeropuerto y en las calles de Chicago.

Mientras me abro paso entre el tráfico de la ciudad, no puedo evitar acordarme de la rubia que me la chupó en la sauna. No estaba tan buena como la zorra de Pekín, pero se esforzó, hay que reconocerlo. Después subimos a mi suite, donde le hice pasar otro mal rato. El hecho de que no quisiera que se acostara conmigo la ofendió bastante, pero tenía que guardar fuerzas para esta

noche. Sin duda Percy tiene muchas cosas planeadas.

Miro por la ventanilla lateral hacia la acera y veo a tres tías buenas ya a primera vista, y me las imagino muy bien arrodilladas a cuatro patas delante de mí y suplicando por mi polla.

Esto va a ser una fiesta, pienso, mientras el semáforo se pone en verde. Piso el acelerador y persigo al Lamborghini por los tres cruces siguientes.

Me pregunto qué habrá preparado Percy. No me extrañaría que hubiera alquilado un club entero y sólo hubiera invitado a zorras. Dos colegas y un centenar de tías buenas que se turnan, así es como se imagina el paraíso.

Pero entonces me doy cuenta de algo que me hace olvidar el sexo y las fiestas. Por el retrovisor veo un Cadillac azul que sale de un estrecho callejón lateral y entra en la ancha calle principal y se detiene detrás de mí.

Debe de ser él, pienso, y noto que los latidos de mi corazón se aceleran ligeramente.

Levanto el pie del acelerador y dejo que el pesado sedán de cristales tintados se acerque poco a poco. Una y otra vez miro por el retrovisor y espero la señal convenida.

Conducimos otras cinco manzanas antes de que el Cadillac encienda brevemente los faros y gire a la derecha. Yo también pongo el intermitente a la derecha y giro por un callejón estrecho que conduce a un patio desierto. El otro coche me sigue y finalmente se detiene a mi lado.

Abro la guantera, saco unos gruesos fajos de billetes de cien dólares y bajo la ventanilla. El conductor del Cadillac hace lo mismo y extiende la mano para aceptar el dinero. Tras contar los billetes, me entrega un pequeño cofre dorado, vuelve a subir la ventanilla y se marcha.

Sonriendo, dejo que la cajita desaparezca en la guantera. Saco el móvil y borro el SMS con la matrícula del Lamborghini que envié antes a un número muy concreto.

Media hora más tarde, conduzco el deportivo hasta la entrada del hotel. Las palabras "The Langham" están escritas en letras negras sobre la brillante marquesina dorada. Mientras el coche sigue rodando, echo un vistazo al vestíbulo a través de las puertas de cristal. Es un hotel muy chic, con razón tiene una excelente reputación.

Entonces todo sucede muy deprisa. Un movimiento brusco, que sólo percibo con el rabillo del ojo, me hace pisar el freno a fondo. El coche empieza a tambalearse ligeramente y apenas consigo controlarlo y evitar que atropelle al portero, que se queda boquiabierto y mirando atónito. Desde el exterior oigo un grito agudo seguido de fuertes maldiciones.

Capítulo 8 ~Jessica~

"¡Cuidado, maldita sea!", grito. He visto el deportivo negro demasiado tarde y consigo apartarme del camino. Parece que el conductor tampoco se ha dado cuenta, porque frena de golpe, da una vuelta de campana y casi atropella al pobre George, nuestro portero.

Tardo un momento en recuperarme del susto. Sobresaltada, me doy cuenta de que estoy sujetando mi vestido nuevo con demasiada fuerza, por lo que ahora tiene unas cuantas arrugas antiestéticas. Genial, ahora tengo que pasar la plancha entre turno y turno en lugar de al menos poder tomarme un pequeño descanso.

Sacudiendo la cabeza, miro hacia el Lamborghini, cuya puerta del conductor se abre vacilante en ese momento.

"Discúlpeme, por favor", dice el conductor mientras él también baja de su coche deportivo, visiblemente confuso, y mira a su alrededor con ansiedad. "No estaba atento. Espero que no haya heridos".

George y yo negamos lentamente con la cabeza. El conductor exhala aliviado y me dedica una sonrisa de disculpa. Aunque sigo cabreada porque casi me atropella con su coche, no puedo negar que esa sonrisa me tranquiliza un poco. Hay algo cálido en sus ojos oscuros y su mirada se detiene en mí un instante antes de mirar a George.

Su mirada vuelve a mí y parece a punto de decir algo, cuando recuerdo que en realidad debería darme prisa. He vuelto a dormir mal, no he oído el despertador y, en consecuencia, llego tarde otra vez. Ignorándoles, me apresuro a pasar junto a George y el chófer y atravieso el vestíbulo.

"Aquí tiene su tarjeta, señor. Habitación 291. Los ascensores están allí", le digo y deslizo la pequeña tarjeta de plástico blanco y dorado por el mostrador de recepción. El huésped, un hombre de mediana edad con el pelo gris, se la guarda en el bolsillo y me guiña un ojo.

"Gracias, cariño", me dice, dándome un billete de cincuenta dólares. "Para ti, cómprate algo bonito".

"Muchas gracias, señor", digo, reprimiendo las ganas de vomitar sobre sus zapatos de piel de serpiente. "Muy generoso".

"Hay más de donde vino eso, si sabes a lo que me refiero. Ya sabes el número de mi habitación", dice riendo a carcajadas mientras se dirige a los ascensores. Una joven, al parecer su ayudante, lleva las maletas tras él y me lanza una mirada de disculpa a sus espaldas.

"Increíble, ¿verdad?", dice Veronica, mirando detrás de los dos.

"Sí, simplemente asqueroso", digo.

"¡Era Allen McByrd!", jadea Verónica. "Probablemente también esté aquí por esa partida de póquer".

"¿Quién?", pregunto.

"¿Cómo que no lo conoces? Es una leyenda, uno de los mayores productores musicales del mundo. Y encima te ha tirado los tejos a ti, ¡qué envidia!", me dice efusiva.

"Bueno, no es mi tipo", le digo.

Verónica niega con la cabeza. "¿Qué significa eso? Si él no es tu tipo, ¿quién lo es?".

"Oh, yo tampoco lo sé. Creo que no tengo ningún tipo", miento. De hecho, lo primero que me

viene a la mente es el conductor del deportivo de antes. Cuanto más pienso en él, más atractivo me parece. Era deportivo, vestía increíblemente bien. Se bajó del Lamborghini como en un anuncio. Y esa mirada.

Y de alguna manera no podía quitarme la sensación de que le había visto antes en alguna parte. No era imposible. Después de todo, el Langham tenía numerosos huéspedes que se alojaban aquí con frecuencia, y nadie puede recordar tantas caras.

Por otra parte, creo que me acordaría de él si realmente hubiera estado aquí antes. Tan bueno como estaba.

"¿Jess?". Verónica chasquea los dedos delante de mi nariz. "¿Dónde estás con tus pensamientos ahora mismo? Vienen nuevos huéspedes".

Sobresaltada, me enderezo y doy la bienvenida al siguiente grupito, repartiendo tarjetas de habitaciones y repitiendo los horarios de las comidas.

El día transcurre de forma muy obstinada. Todos los huéspedes superricos que se registran durante el día se comportan muy educada y discretamente en su mayor parte, pero algunos adoptan la misma línea que este Allen McByrd y nos tiran los tejos descaradamente a mí y a mis colegas.

La idea de tener que servirles bebidas en la noche me produce escalofríos. Verónica, por su parte, parece envidiarme bastante.

"Es taaaaan guay que vayas a conocer a toda esta gente", se entusiasma cada vez que no hay invitados delante de la barra.

"Bueno, no voy a conocerlos directamente", le digo. "Me colaré entre ellos y repartiré bebidas". *Y que me intenten tocar*, añado en mi mente.

"Aún así", dice Verónica. "Es muy emocionante. Daría lo que fuera por cambiar de sitio contigo. Incluso se lo he pedido al señor Philips, pero no me deja".

"¿Por qué no?", pregunto con curiosidad. Sin duda agradecería que Verónica me quitara este trabajo. Tal vez pueda hacer cambiar de opinión al señor Philips.

"Bueno, ya ayudé aquí una vez en el bar cuando Kelly estaba enferma. Para hacer corta una larga historia: tiré una botella de merlot de quinientos dólares. Desde entonces, el Sr. Philips sólo me deja beber agua y no me permite servir nada".

Genial, pienso. *Ni siquiera necesito usar mis dotes de persuasión de segunda*. El breve pero dulce sueño en el que descargo mi turno con Veronica y paso una agradable velada con Amy se desvanece en el aire.

Pero al menos voy a conocer a toda esta gente interesante, pienso y me permito una sonrisa cínica.

Capítulo 9 ~Robert~

"Señor, teléfono para usted. Es de Pekín".

Francis asoma la cabeza por la puerta de mi suite y agita tímidamente el teléfono.

"Pásemelo", respondo secamente y saco mi móvil, que empieza a vibrar poco después. Cuando Francis ve que he contestado, cierra la puerta en silencio.

"¿Hawk?", digo con voz firme.

"Señor Hawk. Me llamo Stanley Qiang, de la empresa constructora BeijingSky. Le llamo por el hotel".

"Sí, sí, lo sé", le interrumpo. "En Pekín. ¿De qué se trata?".

"Los materiales de construcción encargados no han sido, cómo decirlo, entregados correctamente. Algunas de las vigas de acero son del tamaño equivocado, el hormigón para los cimientos es completamente inadecuado para una construcción de este tipo, y el equipo de soldadura no ha llegado".

"¿Y por qué me cuentas esto a *mi*?", pregunto impaciente. "¿Tengo que buscar ahora un nuevo proveedor en Pekín? ¿O debo encargar yo mismo todo el material por Internet?".

"No, señor. Por supuesto que no, sólo".

"Contraté a su empresa para planificar, supervisar y controlar la construcción de principio a fin. Eso me costó mucho dinero, ¿y ahora a la primera dificultad se te ocurre llamarme personalmente y lloriquear? Haz el trabajo por el que te pago", le grito al teléfono.

"Por supuesto, señor. Disculpe la interrupción".

Exasperado, cuelgo. *Esto podría ser divertido*, pienso. *Ni siquiera han empezado las obras y ya hay problemas*.

"¡A la mierda!", digo en voz alta. Toda esta mierda tendrá que esperar hasta mañana. Hoy nos pertenece a Percy y a mí.

Tiro el teléfono sobre la cama y me acerco a las ventanas que van del suelo al techo. Desde mi suite hay una vista excelente de la ciudad. Me inclino ligeramente hacia delante y miro verticalmente hacia la fachada, de modo que puedo ver la explanada del hotel. Esta vista me hace pensar en la joven a la que casi atropello antes.

Es una pena que se haya marchado tan repentinamente. Estaba a punto de invitarla a una copa para pagarle el susto que le he dado. Quizá hubiera salido algo más, quién sabe. Me habría encantado averiguarlo. Había algo especial en ella que no puedo explicarlo con palabras.

Me doy una sacudida y expulso a la misteriosa desconocida de mis pensamientos. Esta noche tengo planes completamente distintos. Sin más preámbulos, me guardo la tarjeta y salgo de la suite.

Hay mucha actividad en el vestíbulo. Algunos huéspedes hacen cola en recepción, otros se han acomodado en los cómodos asientos repartidos por el vestíbulo, leyendo el periódico o charlando en voz baja.

Mientras miro a mi alrededor en busca del bar del hotel, una de las puertas del ascensor se abre a mis espaldas y oigo una vieja voz familiar.

"Así que, pequeñas bestias, esto es para vosotros. Ahora largaos de aquí".

Me giro y veo a Percy saliendo del ascensor con dos chicas escasamente vestidas y muy

despeinadas.

"¡Eh, no soy una puta!", dice una de ellas mientras Percy le tiende unos billetes.

"¿No lo eres? Oh, bueno, entonces", dice Percy secamente, embolsándose el dinero de nuevo. "Deberías considerarlo, tienes talento".

Sin dirigirles otra mirada, deja a las dos chicas en pie y camina hacia mí con una amplia sonrisa y los brazos abiertos. "¡Robby!", grita alegremente. "Me alegro de verte".

"¡Vaya, Pervercy! Veo que ya has entrado en calor".

"Ya conoces mi regla. Un día en el que como más de lo que follo no es un buen día. ¿Qué te parece si vamos a tomar algo?", dice Percy un poco demasiado alto, guiándome hacia la barra con una mano en el hombro.

"Yo también iba a sugerir eso", respondo, hundiéndome en un taburete de la barra. "¿Sigues bebiendo ese asqueroso tequila?", pregunto mientras le hago una señal al camarero.

"¿Qué quieres decir con 'asqueroso'? Es que no tienes buen gusto. Si alguna vez has estado en México de fiesta, sabes lo que significa realmente el tequila, y a qué debería saber".

"Bueno, si tú lo dices. Un McShelby doble para mí y un Agonía de Plata para este maniático cansado de la vida", le digo al camarero, que asiente en silencio y saca dos vasos de debajo de la barra y los pone delante de nosotros.

Percy y yo estábamos juntos en la universidad, en la misma hermandad. Ya entonces estaba claro que algún día se convertiría en un exitoso hombre de negocios. Gestionaba sus estudios como un negocio. Sus mejores notas siempre tenían detrás al menos veinte personas que le debían un favor, querían tirar de él o simplemente le caían bien.

Fundó su empresa de consultoría, que hace el trabajo sucio para otras empresas en batallas competitivas, un año antes de licenciarse. Su red de contactos influyentes no ha dejado de crecer desde entonces, de modo que hoy prácticamente todas las puertas están abiertas para él, que también explota diligentemente para su placer privado.

Mientras Percy y yo nos reímos y hablamos de los viejos tiempos y el camarero sirve la segunda ronda, se nos une un hombre mayor y fornido con un traje gris de mal gusto.

"¡Percy! Es un placer darte la bienvenida a nuestra casa una vez más", ronronea con voz obsequiosa. El tipo me cae mal al instante. "Confío en que todo sea de tu agrado".

"¡Harry! Sí, todo está bien, como siempre. Permíteme que te presente. Robby, este es Harold Philips, el gerente del Langham. Y este es Robert Hawk, un viejo amigo de la universidad, y como tú, un hotelero, Harry".

"¿Ah, sí?" Harold Philips me mira con curiosidad "¿Qué casa, si puedo preguntar?".

"Soy el dueño del Hotel Diamond", respondo secamente.

"Ojo", me responde. "Eso de hotelero es quedarse un poco corto, ¿no?".

Ingenio relámpago, pienso, y sonrío benignamente.

"Bueno, entonces, no molestaré más a los caballeros. Les veré más tarde en la mesa de juego. Si tienen alguna petición, queja o consejo, no duden en ponerse en contacto conmigo con toda confianza". Cuando se da cuenta de que su broma no está consiguiendo la carcajada que esperaba, se marcha precipitadamente, dejando tras de sí una nube de aftershave barato.

Miro inquisitivamente a Percy. Se limita a encogerse de hombros y a dar un trago a su tequila. "He celebrado reuniones aquí en el Langham antes y siempre he dejado mucho dinero. A los directores de hotel les gusta eso. Tú mejor que nadie deberías saberlo", explica. Luego mete la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y deja doscientos dólares sobre el mostrador.

"¿Adónde vas de repente?", le pregunto.

"Tengo que ducharme. Todavía tengo la rubia en la nariz", responde mientras se levanta y empuja el taburete del bar. "Y a lo mejor duermo un poco más. Va a ser una noche larga".

"De todas formas, ¿cuál es el plan?", pregunto.

"Deja que te sorprenda", dice Percy, guiñándome un ojo. "Para que lo sepas, puede que no quieras ponerte tu mejor traje. Mejor lleva algo que se pueda ensuciar".

Capítulo 10 ~Jessica~

"¿Has oído quién hizo el check-in con Helen?".

"No, ¿quién?".

"¡Adam Jefferson!".

"Estás bromeando. ¿El tipo que es dueño de la mitad de Hollywood?".

"Y es tan increíblemente guapo. Incluso mejor que en las fotos".

Mientras Veronica y Keira hablan animadamente, susurrando acerca de los millonarios más calientes que se están quedando en el Langham, miro el reloj. Mi turno está a punto de terminar y empiezo a ponerme nerviosa. No había pensado en la partida de póquer hasta ahora. Cuanto más se acerca la noche, más me exalto. Después de todo, hay algunos de los hombres más poderosos e influyentes del país sentados a una mesa. Y yo les serviré bebidas que probablemente cuesten más de lo que gano en un mes.

En mi mente, me imagino tropezando torpemente por el salón, derramando un whisky de cincuenta años sobre la mesa de póquer, o el mejor vino tinto sobre trajes a medida y rompiendo copas de cristal indescriptiblemente caras contra el suelo. ¿En qué estaba pensando el Sr. Philips? Le voy a dejar en ridículo a él y al Langham, perderé mi trabajo y viviré en una caja de cartón junto a la entrada de la autopista para siempre, eso seguro.

Unas palabras que oigo entre los susurros de Veronica y Keira me sacan por fin de mis pensamientos.

"¿Y el más sexy de todos? Ese deportista alto de pelo castaño oscuro. Me lo tiraría sin dudar", susurra Keira.

"Ese es Robert Hawk, ¿no?".

"¿Sí? No lo sé. ¿Quién es?".

Sobresaltada, me doy la vuelta. "¿Acabas de decir Robert Hawk?". *Así que ese era el tipo del coche deportivo. Por eso me resultaba tan familiar.*

Verónica y Keira me miran con los ojos muy abiertos. Al parecer estaban tan absortas en sus cotilleos que también se olvidaron por completo de que yo estaba allí.

"Um, sí. ¿Por qué?", pregunta Verónica. "¿Le conoces?".

"¿Qué? No, tonterías". Me río tímidamente. "Es que el otro día leí un artículo sobre él. Es dueño de unos cuantos hoteles, si no recuerdo mal".

"Creo que se queda un poco corto. Es dueño de la cadena de hoteles Diamond", explica Veronica.

"¡Vaya!", murmura Keira. "Mi ex y yo pasamos la luna de miel en el Hotel Diamond de Miami. Eso sí que es lujo. Comparándolo, el Langham es un albergue de mala muerte".

"No digas eso muy alto", me río. "O el Sr. Philips te hará rascar el chicle de la acera de la entrada como castigo".

"Pah, él nunca haría eso. No quiero decir nada, pero, Harold y yo tenemos un pequeño acuerdo, ya me entiendes".

"Eeeew, Keira. No quiero saber nada de eso". Verónica se tapa los oídos con disgusto.

"¿Qué? Bueno, no es exactamente un Adonis, pero no tengo que trabajar dobles turnos. Simplemente coges lo que puedes".

Es un secreto a voces que Keira es un poco golfa, pero esto supera con creces mis expectativas. Supongo que es por eso que el Sr. Philips me hizo servir bebidas en lugar de ella.

Y ahora voy a conocer a Robert Hawk. Sé que está en una liga completamente diferente a la mía, y probablemente apenas se fije en mí pero aun así, mi corazón da un pequeño brinco al pensarlo.

Una hora más tarde, estoy delante del espejo con el maquillaje renovado y miro mi vestido nuevo, que he estado planchando hasta ahora. La verdad es que me queda perfecto. Se me escapa un suspiro de nostalgia. ¿Por qué no puedo estar siempre tan guapa?

Un vistazo a mi reloj de pulsera me indica que debo dirigirme al salón. Los primeros jugadores llegarán en unos minutos.

Un poco insegura, atravieso el vestíbulo y me dirijo a los ascensores. De repente me siento casi desnuda con el vestido y me gustaría esconderme de Veronica y Keira. Después de todo, nuestros trajes de trabajo suelen ser bastante serios y nada reveladores.

Sin embargo, al pasar por delante del mostrador de recepción, ambas me miran con la boca abierta y oigo a Keira susurrar suavemente: "Dios mío". Eso me da la confianza que necesito. Cuando entro en el ascensor con un adolescente visiblemente nervioso que apenas se atreve a mirarme, y que se limita a mirar sus zapatos con la cabeza roja y brillante, apenas puedo evitar sonreír.

En el salón de la última planta del hotel, los últimos preparativos ya están en marcha. Algunas chicas que normalmente trabajan abajo, en el bar del hotel, y a las que hasta ahora sólo conozco de vista, van de un lado para otro a toda prisa, moviendo mesas y sillas por la sala y tirándose de la ropa unas a otras.

En medio del ajetreo, el Sr. Philips se levanta y da instrucciones engreído. Cuando me ve salir del ascensor, viene hacia mí con pasos rápidos.

"Jessica, por fin estás aquí. Coge una bandeja y ponte en posición. Es mejor ofrecer a los jugadores una bebida en cuanto entren en la sala". Interrumpe su torrente de palabras y me examina de arriba abajo. "Tienes un aspecto realmente delicioso".

Ahogo una expresión de disgusto y sonrío amablemente. Luego voy a la barra y le pido al camarero que me ponga una bandeja con champán y whisky. Con la bandeja lista, me sitúo cerca del ascensor y espero a que lleguen los jugadores.

No pasa mucho tiempo hasta que se abre la puerta del ascensor y entran en la sala tres jugadores a la vez, cada uno acompañado de al menos una belleza despampanante. Uno de los tres es el repugnante productor musical que tan groseramente me abordó en el check-in.

Él, sin embargo, no parece recordarlo en absoluto. Me ignora, coge un whisky de mi bandeja al pasar y sigue charlando animadamente con sus acompañantes, que se ríen como colegialas ingenuas ante cada uno de sus estúpidos comentarios.

Menos de cinco minutos después, todos los jugadores han llegado y se reparten en pequeños grupos por todo el salón. El Sr. Philips se esfuerza visiblemente por ser el anfitrión perfecto. Corre de un lado a otro como un conejo para saber si todo va bien.

Miro nerviosa a mi alrededor, esperando ver a Robert Hawk, pero no lo veo por ninguna parte. ¿Acaso no ha venido a la partida de póquer, sino a una cita de negocios? Aún no me he planteado esa posibilidad. Un poco decepcionada, me abro paso entre la multitud hasta la barra para llenar mi bandeja con nuevas bebidas.

De repente, una mano fuerte me agarra del brazo y me sujeta con fuerza. Sobresaltada, me doy la vuelta y sólo veo un pecho ancho y musculoso frente a mí.

Capítulo 11 ~Robert~

"Siento haberte asustado", le digo. La camarera me mira, obviamente sin hablar. "Otra vez", añado. Le suelto el brazo y ella retrocede involuntariamente. Qué piel tan increíblemente suave tiene.

Tarda un momento y, de repente, sus ojos se abren de par en par. Parece que me ha reconocido.

"Quería disculparme de nuevo por el pequeño incidente de hoy delante de la entrada. Eras tú, ¿verdad?".

Asiente en silencio.

"Debo decir que casi no te reconozco. Estás muy guapa con ese vestido", le digo.

Ella sigue sin responder. Se limita a sonrojarse y a mirarse los pies. Cuando Percy aparece de repente a mi lado y me giro hacia él un segundo, ella desaparece entre la multitud.

"¿Qué ha sido todo eso?", pregunta Percy. "¿Estás intentando ligar con una camarera?".

"Y una mierda", digo y la busco un momento con la mirada. Por un momento me imagino su aspecto sin ese vestido. Me sacudo el pensamiento y me giro hacia Percy. "No importa. Por cierto, tengo las cosas", le digo.

"Mierda. ¿El número seguía funcionando? Habría jurado que esos tipos ya estaban entre rejas. ¿Cuánto pagaste?".

"Olvídalo", digo, dándole la espalda. "Tú organizaste el resto, los caramelos van por mi cuenta".

Con "caramelos" me refiero a las pastillitas chilenas de la caja dorada. Proporcionan una agradable intoxicación y, en cierto modo, aumentan la potencia hasta el infinito. En resumen: el chute perfecto para una noche con Percy. Por supuesto, estas cosas son ilegales en la mayoría de los países del mundo, y sólo hay una fuente en Estados Unidos. Por suerte, está aquí en Chicago.

"Esta va a ser la noche de nuestras vidas, Robby", ríe Percy, frotándose las manos.

Unos minutos más tarde, cuando todos están presentes y han tomado sus primeras copas, Harold Philips nos invita a la mesa de juego.

Casi todos han traído a una acompañante que se coloca detrás de ellos, masajeándoles ligeramente los hombros y sorbiendo una copa de champán tras otra. Reconozco la hipócrita devoción de las damas de compañía. Nunca me ha gustado pagar por sexo. Es demasiado fácil, y casi siempre hay una falta de pasión de por medio.

Además, la mayoría de ellas no parecen tener ni idea de cómo jugar al póquer con sensatez. Descarté por completo a los dos primeros tras unas pocas rondas. Los faroles estaban literalmente escritos en sus caras. Algo decepcionados, abandonan sus asientos y se retiran con sus compañeros de juego para desahogarse.

Mientras el crupier reparte la siguiente mano, yo sigo buscando a la camarera. La veo. Ella se aparta un poco y deja que sus ojos recorran las copas de los jugadores. En cuanto se da cuenta de que una se está vaciando, se apresura a buscar la siguiente copa. Me parece simpática la seriedad con la que se toma su tarea.

Decido gastarle una broma. Cojo mi vaso de gin-tonic y me lo bebo de un trago. Luego le sonrío y levanto el vaso vacío para invitarla. Sobresaltada, corre a la barra y poco después se

para junto a mi asiento para ponerme delante otro vaso lleno.

Justo cuando estoy a punto de darle las gracias y hacer otro intento de entablar una breve conversación con ella, Gordon Simmons, un idiota nuevo rico que acaba de heredar una de las mayores aerolíneas del mundo, toma la palabra.

"Eh, babosa. ¿Puedes traermelo uno de esos? O quizá algo para hombres de verdad. ¿Qué tal un whisky de los buenos?".

Ella asiente y desaparece un segundo después.

Tonto estúpido, pienso.

No tarda mucho otra vez y la guapa camarera coloca un vaso de single malt ámbar en la mesa delante de Gordon. "Aquí tienes", brama él y empieza a darle una palmada en el trasero. Sin embargo, ella se las arregla para esquivarlo. "Qué, no seas así. ¿Qué tal si nos acompañas más tarde? Seguro que a Svetlana no le importa".

"Cállate de una vez, Simmons. Te estás poniendo en ridículo a ti y a todos los que estamos aquí", le reprendo.

"¿Qué ha sido eso?". Gordon se da la vuelta, visiblemente borracho, y me mira. "¿Cómo te atreves a hablarme así, chico de lobby? ¿Acaso sabes quién soy?".

"Sí, el hijo de un hombre de éxito. Eso es todo. Si quieres que te tomen en serio, deberías aprender a comportarte. Aparte de eso, no sabes jugar poker".

Gordon está tan enojado que cae inmediatamente en mi provocación barata. "¿Ah, no? Bueno, ¡ya veremos! Todo, y encima pongo cinco millones", bravuconea sacando su talonario.

"Caballeros, el límite es un millón", interviene Harold Philips, pero Gordon y yo no le hacemos caso. Mientras rellena el cheque y lo golpea contra la mesa, me limito a mirarle con calma.

"Bueno, da igual. Te subo otros cinco", digo y saco también el talonario y el bolígrafo del bolsillo interior.

"¡Veinte! Veinte millones. Estúpido imbécil, ¿crees que puedes comprar una salida a tu situación? ¿Te haces el moralista e intentas estafarme a mí también? Que te jodan. Cincuenta millones".

Los otros jugadores empiezan a reírse.

"¿Qué pasa?". Gordon ya está realmente enfadado y mira a su alrededor con cara de imbécil. "¿Por qué os reís, eh?".

"Acabas de subir la apuesta contra ti mismo. ¿Me vas a dar otra oportunidad de jugar a mí también?", digo uniéndome a las risas. "Muy bien, cincuenta millones. Y tú discúlpate con ella", digo, mirando a la camarera directamente a los ojos. Ella sigue nuestro ir y venir tan embelesada que la bandeja casi se le resbala de la mano.

"Robby, siendo el caballero de siempre", bromea Percy, pero ignoro su comentario.

"¿Va alguien más?", pregunto por las formas. Todos los demás jugadores sacuden la cabeza en silencio y dejan sus cartas. "Entonces sólo quedamos tú y yo, Gordy", digo.

Capítulo 12 ~Robert~

Me invade un sentimiento de profunda satisfacción cuando Gordon aparta su silla y da una vuelta con el rabo entre las patas alrededor de la mesa para entregarme el cheque de cincuenta millones de dólares.

"Gracias, Gordon", le digo. "Por cierto, conozco una excelente escuela de póquer, ¿quieres que te apunte el número?".

Toda la mesa ríe a carcajadas.

Gordon me frunce el ceño. "Esta vez has ganado, pero habrá repercusiones. Lo juro", sisea antes de darse la vuelta y marcharse con los hombros caídos.

Está a punto de dirigirse al ascensor cuando vuelvo a silbarle. "¿No te has olvidado de otra cosa?".

Gordon parece estupefacto mientras piensa a qué me refiero. Luego vuelve en sí y se vuelve hacia la camarera como un perro azotado. "Oh, sí. Lo siento".

"Bueno", Harold Philips habla. "Creo que a todos nos vendría bien un poco de descanso después de este emocionante enfrentamiento. Puedo decir por la mirada en sus caras que todos ustedes están dispuestos a hacer algunos negocios. Háganlo, y nos reuniremos en media hora para la gran final, ¿de acuerdo? Bien".

Mientras el salón vuelve a llenarse lentamente con el murmullo de las voces y los jugadores y sus acompañantes se dispersan de nuevo por el vestíbulo, mis ojos escudriñan la sala en busca de la atractiva camarera. Finalmente, la localizo en la barra, donde da golpecitos impacientes con los dedos sobre el mostrador. Me abro paso entre la gente hasta que por fin estoy a su lado.

"Eres muy escurridiza, ¿lo sabías?", le digo y le hago una señal al camarero.

Sorprendida, se gira hacia mí. De nuevo se pone roja. Sé perfectamente que le gustaría salir corriendo, pero aún está esperando las bebidas, por lo que no tiene más remedio que quedarse de pie a mi lado.

"¿Qué quieres decir?", balbucea.

"Tranquila. No quiero hacerte daño. Sólo quiero compensarte por las molestias que te he causado esta mañana. ¿Puedo preguntarte cómo te llamas?".

"Jessica", dice ella. "Jessica Collins".

"Encantado de conocerte, Jessica. Me llamo Robert Hawk". El camarero pone dos copas en la mesa. Deslizo una de ellas hacia Jessica, brindo con la otra y la miro profundamente a los ojos. "O simplemente Robert. ¿Puedo llamarte Jessica?".

Jessica da un sorbo furtivo a la bebida y me da una dulce sonrisa que me produce un cosquilleo en todo el cuerpo. "He leído un artículo tuyo, quiero decir, sobre ti".

"Espero que solo dijera cosas buenas", le digo bromeando y le guiño un ojo.

"Um, creo que sí", dice ella.

"Bueno, me tranquiliza", digo y me río, esperando que quizá se descongele un poco. Sin embargo, se limita a sonreír insegura y se gira hacia el camarero, como esperando acelerar su trabajo con la mirada.

"Tengo una proposición para ti", digo finalmente. Jessica se gira hacia mí y me mira fijamente. "Da por terminado el día de trabajo y acompáñame a la mesa. Como habrás notado, esta noche no tengo compañía".

Los ojos de Jessica se ponen grandes y redondos. "Lo siento, no puedo. Tengo que trabajar. El señor Philips me echaría la bronca si dejara de trabajar", dice.

"Hablaré con tu jefe. Si está de acuerdo, ¿me acompañas?", pregunto. Jessica se lo piensa un momento. "Vamos. Tendría la mejor compañía de todas", le digo, guiñándole un ojo.

"Oh, para", dice ella, chocando ligeramente su mano contra mi brazo, lo que me hace derramar unas gotas de mi bebida, que caen sobre mi manga. Inmediatamente empieza a disculparse mil veces. "¡Oh Dios, lo siento, eso ha sido tan poco profesional! Tu traje debe haber costado una cantidad indescriptible de dinero, ¡espero no haberlo estropeado ahora! Oh tío, no puedo permitirme reemplazarte el traje. Mierda, ¡lo siento mucho!".

"Cálmate, no es para tanto", me río, secando las pequeñas salpicaduras con una servilleta. "El traje se puede lavar. Y tampoco te denunciaré a tu jefe, no te preocupes". Le guiño un ojo y ella vuelve a bajar lentamente.

"Lo siento, es que a veces soy increíblemente torpe y luego me asusto. Esto debe parecerte increíblemente extraño ahora mismo", dice, apartando la mirada avergonzada. Mientras aparta la mirada, no puedo evitar mirarla de arriba abajo una vez más. El vestido acentúa sus curvas femeninas y resalta perfectamente sus pechos. Está increíblemente buena.

"En realidad, creo que es bastante mono", admito.

"¿En serio?", me pregunta. Se gira hacia mí y me sonrío tímidamente.

"¡Palabra de honor!", digo y levanto la mano solemnemente. "Mona y absolutamente guapa, como he dicho".

"Oh, es enteramente por el vestido", dice modestamente. "Si me vieras con mi ropa normal de diario, no dirías eso".

"Ya lo hice, esta mañana. ¿Te acuerdas? Y entonces también me pareciste guapísima". Parece que no se le ocurre nada más que decir. En lugar de seguir contradiciéndome, finalmente parece aceptar el cumplido y se limita a sonreírme.

"¿Qué pasa?", le pregunto.

"Oh, nada", dice, "estaba pensando en mi compañera de piso. Si me viera así".

"¿Si te viera así qué?", le pregunto.

"Probablemente diría algo como 'Vamos, Jessica, a la habitación con él ya mismo' o algo así", suelta una risita, pero la carcajada se detiene al instante. "No es que me quiera ir directamente a la cama contigo ahora, por el amor de Dios, estoy diciendo tonterías, lo siento mucho".

"No pasa nada, de verdad", le digo. "Pero volvamos al tema que nos ocupa. Si convenzo a tu jefe, ¿te sentarás conmigo?".

"Si él está de acuerdo, bien", dice tras una breve pausa para reflexionar y toma otro sorbo antes de apartar discretamente el vaso de ella. "Pero no hay forma de que el señor Philips lo permita, te apuesto lo que quieras".

Mientras Jessica vuelve a su trabajo de repartir bebidas, yo me dirijo directamente al señor Philips, que observa el ajeteo y está claramente satisfecho de que se le permita ser el anfitrión de un grupo tan ilustre. Sin embargo, nadie parece interesarse por él, y él mismo no participa activamente en las conversaciones. Esto no es precisamente un signo de las mejores cualidades de anfitrión, pero me conviene perfectamente.

De paso, cojo dos vasos de whisky de la bandeja de una camarera y me pongo a su lado.

"¿Whisky, Sr. Philips?", le digo, poniéndole uno de los vasos bajo la nariz.

"Oh, gracias, muy considerado", dice y lo coge. "¿Usted también se lo está pasando bien?".

"Hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien", digo, dándome un golpecito en el bolsillo del pecho, donde está el cheque de Gordon.

"Me alegra mucho oír eso. Si hay algo que pueda hacer para que disfrute aún más de la velada".

"Ahora que lo dice, sí que puede", le interrumpo. El señor Philips me mira con interés. "Esa camarera de ahí, Jessica se llama".

"Ah, sí. Una de nuestras mejores empleadas. Suele trabajar en recepción, pero aquí lo hace espléndidamente, ¿verdad?"

"Así es. Realmente adorable. Dale el resto de la tarde libre", le digo con desparpajo.

"Um, ¿Perdón? No entiendo muy bien".

"Ya me entiende. He entablado una breve conversación con ella y me parece muy simpática. Me gustaría hablar con ella un poco más, pero claro, eso no es posible si está ocupada llevando bebidas todo el tiempo. Seguro que lo entiende".

"Sr. Hawk, puedo entenderle por supuesto, Jessica es realmente una joven muy especial pero me temo que no puedo cumplir con su petición".

"Oh, vamos. Tiene más que suficientes camareras, y algunos de los invitados hace tiempo que se han ido".

"¡Lo siento, señor Hawk, pero mi respuesta es y siempre será no!", dice el señor Philips con firmeza, levantando la barbilla para parecer un poco más alto. Como sigue siendo casi dos cabezas más bajo que yo, este intento de hincharse me parece un poco risible.

"De acuerdo. Se lo diré de esta manera: si no deja que Jessica pare de trabajar, compraré su hotel y haré que usted pare de trabajar, Sr. Philips. ¿Qué le parece?"

Harold Philips me mira incrédulo. "¿Le parece gracioso, Sr. Hawk?", pregunta.

"En absoluto", replico. "De todas formas, llevo un tiempo buscando una nueva inversión, y tengo que decir que el Langham me atrae. Definitivamente. Y las palabras 'Chicago Grand Diamond Hotel' quedarían tan bien en la marquesina como 'The Langham', ¿no cree?"

El Sr. Philips traga saliva. Obviamente, detrás de su frente sudorosa, se está librando una feroz batalla sobre si quiere correr este riesgo o no.

Los jugadores vuelven a tomar asiento media hora más tarde. Jessica ha dejado su bandeja en la barra y se hunde algo inestable en la silla que hay a mi lado. Pido un par de copas y saludo con la cabeza a Harold Philips, que me mira con el ceño fruncido.

Tras pensárselo un momento, finalmente ha accedido y le ha dado a Jessica el resto de la noche libre. Mientras él le da la buena noticia a regañadientes, yo permanezco de pie detrás de él, disfrutando de la mirada incrédula de Jessica.

Mientras el crupier redistribuye las cartas, llegan nuestras bebidas y brindo por Jessica. Esta promete ser una velada sumamente interesante.

Percy también vuelve a tomar asiento y me mira irritado. "Robert, ¿puedo preguntarte quién es tu nueva novia?", pregunta en tono urgente. Por lo visto ya ve que nuestra velada juntos se va al garete.

"Esta es Jessica. Jessica, este es Percy, un viejo amigo de la universidad", le digo, dirigiéndole a Percy una mirada que significa que debería recomponerse ya. Realmente no tengo ningún interés en que Percy la asuste con sus sucias historias.

Con un movimiento de cabeza, Percy se aparta de mí. Ciertamente puedo entender por qué está enfadado, después de todo, estoy a punto de dejarle plantado. Pero Jessica acaba de

hechizarme. Me perdonará, estoy seguro.

Pongo una mano en el muslo de Jessica, haciendo que se estremezca ligeramente y se vuelva hacia mí, sobresaltada. Retiro rápidamente la mano y le sonrío. ¿He sido un poco brusco? A diferencia de la mayoría de las mujeres que conozco, es evidente que Jessica no es de las que va en busca del dinero. Mi deseo por ella es grande, y crece a cada minuto.

Capítulo 13 ~Jessica~

El corazón me late hasta el cuello. ¿Es esto un sueño? ¿De verdad Robert me ha puesto la mano en la pierna? ¿O fue sólo un accidente? Después de todo, retiró la mano inmediatamente. Incierta, miro fijamente el punto de mi muslo donde acababa de sentir su mano pesada y áspera.

"Caballeros, es hora de subir las ciegas", anuncia el crupier.

"¿Qué significa eso?", le pregunto a Robert en un susurro.

"La ciega es la cantidad que hay que apostar antes de que se revelen las primeras cartas", responde. "Para que el juego no se eternice, estas apuestas se suben una y otra vez a medida que avanza la partida".

"Ya veo. ¿Y cuáles son las apuestas ahora?", pregunto con curiosidad.

"La ciega grande es ahora de 40.000\$", dice Robert, lanzando una ficha verde al centro de la mesa.

Por un momento, se me corta la respiración. Es más de lo que gano en todo un año. Con esa suma podría pagar las deudas de mis padres de una sola vez e irme de vacaciones con ellos.

"¿Estás bien?", pregunta Robert, medio preocupado, medio divertido. "Estás un poco pálida".

"Sí, no, estoy bien", digo y le doy un buen trago al daiquiri de fresa que hay en la mesa frente a mí. El sabor helado y afrutado y el ligero toque de alcohol me devuelven a la tierra.

"No suelo jugar por dinero, ¿sabes?", dice Robert con calma. "En general, sólo hay un juego al que no puedo resistirme".

Justo cuando estoy a punto de preguntar qué juego es, caigo en la cuenta. Al instante se me sube la sangre a la cabeza y me acaloro. Intento resistir su mirada, pero sólo lo consigo durante unos segundos. Aunque no me ha dicho directamente lo que espera conseguir esta noche, el brillo de sus ojos habla un lenguaje claro.

Estoy a punto de dar otro sorbo a mi bebida para calmar un poco mis nervios cuando, de repente, todo el grupo empieza a hablar ruidosamente. Asombrada, miro a mi alrededor, buscando el motivo del alboroto general.

"¿Habéis visto eso?", grita Robert, golpeando las cartas sobre la mesa. "¡Casa llena!".

"Creía que full sólo se veía en Yahtzee", digo, y todos a mi alrededor estallan en carcajadas. El único con expresión petrificada es el señor Philips, que obviamente acaba de perder. Se mueven las sillas y mi jefe se une al círculo de espectadores, con los hombros caídos.

"Si no fuera el anfitrión, seguro que se escabulliría como todos los demás. Malos perdedores, sin excepción", me susurra Robert. "Pero puedo entenderlo. Todos no estarían donde están si fueran buenos perdedores".

"¿Tú también huirías si perdieras?", le pregunto.

"Ya no", dice, mirándome profundamente a los ojos. Siento que vuelvo a sonrojarme, pero esta vez consigo resistir su mirada. Con cada segundo que pasa, mi corazón late más rápido hasta que puedo sentir mi pulso hasta en la última célula de mi cuerpo.

"La gran final, caballeros", dice el crupier y vuelve a repartir las cartas. Robert vuelve al juego y yo primero respiro hondo. Luego dejo que mi mirada recorra una vez la ronda y observo que, efectivamente, solo quedan Robert y Percy.

"¿Terminamos de una vez?", pregunta Robert.

Como si fuera una señal invisible, Robert y Percy apartan todas sus fichas y se levantan.

El crupier está visiblemente irritado. "Sr. Hawk, no tiene que apostar todo. Está claro que tiene más fichas", dice, pero Robert le interrumpe.

"Eso no me importa. Si gana, se lo lleva todo", responde Robert, sin apartar los ojos de Percy.

"Entonces me gustaría pedir a los caballeros que den la vuelta a sus cartas", dice el crupier.

Percy descubre dos reyes, y un murmullo inunda el salón. Y Robert.

"Jajaja", se ríe Percy. "No puedes estar hablando en serio. ¿Un dos y un ocho?"

Los espectadores se unen a las risas. Incluso el crupier, que apenas ha puesto cara hasta ahora, no puede evitar sonreír un poco.

"Pues bien", dice dando la vuelta a las tres primeras cartas.

"¡Rey de corazones!"

Percy sonríe victorioso. "Eso es tres de una clase. Nunca lo superarás en tu vida".

"¡Tres de tréboles!"

"No tiene muy buena pinta para ti", exclama Percy. Robert, sin embargo, no se inmuta.

"¡Cuatro de diamantes!"

"¿Estás pensando en echarme atrás después de todo? No te culparía", dice Percy.

"No, vamos a seguir adelante", dice Robert con voz tranquila.

De repente me doy cuenta de lo tensa que estoy. En realidad, no podría importarme menos si Robert gana o no, pero sigo animándolo obsesivamente.

A Robert tampoco parece extrañarle, porque me lanza una mirada alentadora. Le sonrío y por un momento el tiempo parece congelarse. De repente, se inclina hacia mí y me susurra algo al oído.

"En realidad, me da igual cómo acabe este juego, de todas formas ya tengo el premio gordo". Con una mano me aparta un mechón de pelo de la cara y vuelve a enderezarse. El lugar donde me ha tocado parece brillar. "¿A qué estamos esperando? Sigamos".

El crupier asiente y da la vuelta a las dos últimas cartas. "Seis de picas, y".

Todos en el salón contienen la respiración. Durante unos segundos, no se oye nada más que el suave crujir de las cartas. La sonrisa de Percy se ensancha con cada segundo que pasa.

"¡Cinco de corazones! Es una escalera. Enhorabuena, Sr. Hawk".

Toda la sala parece perder completamente la compostura de un momento a otro.

"¡No!", exclama Percy, cuya sonrisa ha desaparecido sin dejar rastro.

"¿Qué ha pasado?", le pregunto a Robert, que se vuelve hacia mí riendo y me levanta de la silla de un tirón.

"¡Hemos ganado!", grita, dándome vueltas en círculo.

Después de ponerme de pie, sus manos se quedan en mis caderas durante otro maravilloso momento, y de nuevo nuestras miradas parecen pegadas la una a la otra. Entonces se inclina y me besa.

Estoy tan sorprendida que no puedo evitar corresponderle. No dura mucho, pero noto claramente la pasión, el deseo de más.

Cuando nuestros labios vuelven a separarse, mantengo los ojos cerrados unos segundos más, como si temiera despertar de este hermoso sueño en cuanto los abro.

"Vamos a tomar el aire", dice por fin.

Un momento después, Robert y yo estamos uno junto al otro en la barandilla de la azotea, dejando que el viento sople alrededor de nuestras narices. Mi corazón sigue latiendo desbocado y no sé qué decir. Robert parece sentir lo mismo, o simplemente está disfrutando del silencio.

después de todo el ajetreo.

El beso ha aumentado enormemente la tensión entre nosotros y lo único que deseo es volver a sentir sus labios sobre los míos lo antes posible.

Sorbo nerviosa el champán que Robert ha traído rápidamente del bar. Una brisa fresca silba sobre el tejado del Langham y un ligero escalofrío recorre mi cuerpo.

Sin dudarle un instante, Robert se quita la chaqueta y me la pone sobre los hombros. Es grande, pesada y cálida, y me siento segura.

"Esto puede sonar cursi, pero de alguna manera sabía que no podía perder contigo sentada a mi lado", dice finalmente.

"Tienes razón", digo, y Robert me mira asombrado. "¡Eso suena absolutamente cursi!".

Por un momento nos miramos, y luego nos reímos.

Cuando recuperamos la compostura, me termino el resto del champán de un trago. El alcohol hace efecto poco a poco y la excitación es sustituida lenta pero inexorablemente por un deseo cada vez más fuerte.

Al cabo de un rato, Robert se inclina hacia mí y me susurra algo al oído.

"¿Tienes planes para después de esto?", me pregunta.

Siento que el corazón se me acelera y niego con la cabeza. "Todavía no", me oigo decir. Mi voz es muy suave, casi un susurro, y mi cuerpo se siente atraído casi magnéticamente hacia Robert.

Volvemos a mirarnos a los ojos durante largo rato y, de repente, la excitación da paso a una extraña calma, a la certeza de que mi ardiente deseo por él quedará satisfecho. Un calor resplandeciente se extiende por mi cuerpo y el aire empieza a brillar entre nuestras miradas.

Ambos sabemos que los planes de esta noche han cambiado en este momento.

Capítulo 14 ~Jessica~

En cuanto se cierra la puerta del ascensor, Robert me lleva hacia su cuerpo y empieza a besarme apasionadamente. Nuestras lenguas juegan entre sí con tanta pericia como si lo hubieran hecho cientos de veces.

Aunque llevo tacones, tengo que ponerme aún más de puntillas para alcanzarle. Sus brazos me abrazan y siento cada músculo bajo su traje perfectamente ajustado.

Sus manos bajan por mi espalda y se cierran en torno a mi culo, arrancándome un gemido de sorpresa. Aunque una parte de mí retrocede un poco ante su descaro, la otra se muere de ganas de sentir esas manos por todo mi cuerpo.

El ascensor se detiene unos pisos más abajo y Robert y yo nos separamos de mala gana. Se me sube el corazón a la garganta y me apresuro a seguirle por el pasillo. Poco después estamos frente a la puerta de su suite.

Cuando saca la tarjeta del bolsillo interior, me asaltan de nuevo las dudas. ¿De verdad debo hacerlo? ¿Soy tan fácil?

Tonterías, pienso. Yo también quiero hacerlo. No tengo que justificarme ante nadie.

La puerta se abre. Robert se gira hacia mí y me tiende la mano. Si Amy estuviera aquí, seguramente me empujaría a sus brazos y me diría que me divirtiera. Sonriendo, le cojo la mano y le sigo.

Inmediatamente empezamos a besarnos de nuevo como adolescentes enamorados. Robert me agarra del dobladillo del vestido y me lo tira por encima de la cabeza con un rápido movimiento. Mientras vuela por el aire y aterriza en algún rincón, yo manipulo su chaqueta y su camisa.

"Malditos botones", maldigo en voz baja y Robert se ríe. Con un rápido movimiento de muñeca, se abre la camisa de tal forma que los botones vuelan por la habitación y yo grito de asombro.

"A la mierda la camisa", susurra y me empuja sobre la cama.

Ahora veo lo perfecto que es Robert. La poca luz que entra por las ventanas baila sobre su ancho pecho y sus musculosos brazos. Se acerca lentamente a mí y noto un enorme bulto en sus calzoncillos.

Se sube conmigo a la cama, se inclina sobre mí y vuelve a besarme con pasión. Mientras tanto, pasa una mano por debajo de mi espalda, me levanta con facilidad y me desabrocha el sujetador con la otra. Éste también vuela por la habitación y mis pezones se estiran hacia él, expectantes.

Me masajea y me besa los pechos, juega con su lengua alrededor de mis pezones y los chupa, lo que hace que mi sangre se acelere. Gimo lujuriosamente y me retuerzo bajo él como una gata. Entonces siento que una de sus manos se desliza más abajo y desaparece dentro de mi tanga. Mientras se pasea por mi clitoris, contengo la respiración tensa y llena de expectación. Sus dedos acarician mis labios, juegan alrededor de mi clitoris y me penetran brevemente una y otra vez. Todo esto me humedece muchísimo, mi corazón late con fuerza y mi respiración se hace cada vez más agitada.

"Te deseo", murmura, agarrándome el pelo con la mano libre. "Ahora mismo". Decidido, me quita el tanga y lo deja caer junto a la cama. Luego se levanta y se quita los calzoncillos mientras prácticamente me devora con la mirada. Su dura polla brota y se endereza hasta alcanzar su

tamaño máximo.

Me siento un poco incómoda al estar completamente desnuda delante de él, pero su mirada está tan llena de ardiente lujuria que no puedo evitar entregarme a ella por completo.

"Ven aquí", me dice en tono autoritario.

Normalmente este tipo de cosas me desconciertan, pero no me atrevo a contradecirle y obedezco. Me arrastro por la cama a cuatro patas y me arrodillo delante de él. De cerca, su polla parece aún más grande. Alargo una mano hacia él y se sacude con lujuria cuando lo toco ligeramente. Lo acaricio, intento rodearlo con mi mano y dejo que se deslice lentamente hacia delante y hacia atrás.

Mi otra mano se pasea por su abdomen marcado, acariciando su piel perfecta y los duros músculos ocultos bajo ella. Un deseo ardiente se apodera de mí y me llevo su polla tesa a la boca, la chupo y juego con ella.

Robert me lleva la mano a la nuca, me deja claro a qué ritmo le gusta y siento cómo su polla palpita de excitación. Noto cómo me mojo cada vez más. No puedo aguantar mucho más, lo quiero dentro de mí. ¡Ya!

"Lo estás haciendo bien", dice soltándome la cabeza. "Esto tiene que ser recompensado".

Robert se sube a la cama conmigo, se inclina sobre mí y me agarra las caderas con ambas manos. Lentamente introduce su polla en mí y siento cómo me llena por completo. Se me escapa un grito de lujuria cuando la empuja hasta el fondo de mi húmedo coño.

"¡Dios mío!", grito. Me siento infinitamente bien mientras él entra y sale una y otra vez, masajeándose los pechos. Robert también gime una y otra vez mientras me folla cada vez más fuerte.

Al cabo de un rato, no sé si unos minutos o varias horas, saca la polla por completo, brillando húmeda a la luz de la luna. Robert me agarra y me da la vuelta para que me arrodille a cuatro patas delante de él. De nuevo me empuja hacia él y vuelvo a sentir su enorme y dura polla desaparecer dentro de mí.

Es increíblemente excitante. Una y otra vez me empuja hacia delante y tengo que agarrarme al cabecero de la cama para no golpearme la cabeza contra él.

Robert me rodea la cintura hasta la entrepierna con una mano y me acaricia el coño mientras sigue penetrándome por detrás. "¡Ooooooh, joder!", grito al sentir que me llega un orgasmo por primera vez en mucho tiempo. "¡Sigue, no pares, joder!". Una y otra vez su pelvis choca contra mi culo, y una y otra vez su polla me penetra tan profundamente que pierdo el aliento.

Entonces todo a mi alrededor estalla, durante unos segundos sólo veo puntos de luz de colores y mi cuerpo parece completamente electrizado. Cada uno de mis músculos se tensa y grito fuertemente mi orgasmo. Al mismo tiempo, oigo que Robert se acerca también por detrás y suelta un fuerte gemido. Siento su polla palpitando violentamente dentro de mí. Entonces los dos nos desplomamos, exhaustos y respirando agitadamente.

"¡Dios, qué bueno!", jadeo.

"¡Una locura absoluta! Te sientes increíblemente bien, Jessica", jadea Robert.

Consigo ponerme boca arriba bajo su pesado y musculoso cuerpo, de forma que nos miramos directamente a los ojos. Volvemos a besarnos largo y tendido.

De repente, Robert se separa de mí y se levanta.

"¿Adónde vas tan de repente?", le pregunto, temiendo ya que ahora que se ha divertido me eche por la puerta.

"¿Qué tal un poco de champán antes de empezar el segundo asalto?", pregunta, cogiendo el

teléfono.

Asiento aliviada y sonrío de expectación. No tanto por el champán, sino por la segunda ronda.

Toc, toc.

"¡Hola, equipo de limpieza!".

La puerta de la suite se abre lentamente y Martha, una de las empleadas de limpieza del hotel, asoma la cabeza en la habitación para ver si hay alguien.

Me revuelvo en la cama y la miro con ojos cansados.

"Oh, lo siento, espera. ¿Jessica?".

"¿Martha?", grito, sobresaltada, recogiendo el edredón para taparme un poco.

"¿Qué haces aquí?". Martha está visiblemente confundida. Que una de las empleadas se despierte en una de las habitaciones y la encuentre el equipo de limpieza desde luego no ocurre todos los días.

"Estaba aquí con", empiezo, mirando alrededor de la habitación. Parece que estoy sola. "¿Robert?".

"No sé quién es Robert, pero deberías salir de aquí", dice Martha, mirando escrutadoramente hacia el pasillo. Tiene razón. Si el señor Philips me ve aquí, estoy jodida. "Entonces, ¿no tienes que trabajar hoy?".

Mierda, ¡lo había olvidado!

"Joder. ¿Qué hora es?", pregunto. Sólo ahora noto la resaca. Como un martillo, empieza a hacer estragos en mi cráneo de un momento a otro.

"Las ocho y media", responde Martha.

Tardo unos segundos en asimilar la sorpresa. Tengo que estar en recepción dentro de media hora.

"¿Podrías, darte la vuelta un momento?", pregunto. A Martha todo esto le parece divertidísimo. Con una ligera sonrisa en la cara, se da la vuelta y sale de la habitación.

Salto de la cama y me visto frenéticamente. ¿Dónde diablos está Robert? ¿Por qué me ha dejado así? Me invade una amarga decepción. La noche era tan especial, tan excitante, jamás habría pensado que se largaría sin más y saldría corriendo.

Con una punzada en el corazón, me apresuro a salir al pasillo, donde paso corriendo junto a Martha con los ojos bajos. Todo esto es tan embarazoso que podría hundirme en el suelo de vergüenza.

En el ascensor me arriesgo a mirarme en el espejo. Estoy completamente despeinada. No me extraña, después de aquella noche. En ese momento recuerdo lo que Robert le dijo ayer al Sr. Philips. Y cómo me senté con confianza a su lado. Ya está. Seguro que ya me echaron del hotel.

Un torrente insoportable de todo tipo de sentimientos me acosa mientras el ascensor sigue descendiendo. Vergüenza, culpa, dudas, ira, remordimiento, tristeza, rabia, desesperación. Siento que las lágrimas brotan de mi interior y consigo tragármelas.

El Sr. Philips nunca me perdonará esto en su vida. ¿Cómo he podido ser tan estúpida?

Efectivamente, cuando abro la puerta de la sala de descanso para coger la ropa de trabajo de mi taquilla, el señor Philips está de pie delante de mí con los brazos cruzados, mirándome furioso.

"Aquí estás, Jessica. Qué bien que hayas podido venir. ¿Te gustan nuestras suites, sí?".

"Lo siento infinitamente, Sr. Philips", jadeo, pero no me deja terminar.

"¡Me ha hecho un hazmerreír delante de mis invitados y mis empleados!", grita de repente tan

alto que me estremezco. Luego se aclara la garganta, se ajusta la corbata y me lanza una mirada fulminante. "Vete a casa, Jessica. Luego te llamo".

Capítulo 15 ~Robert~

3 horas antes.

"Joder, esto no puede estar pasando. ¿Cómo coño ha podido pasar?", susurro al móvil.

Al otro lado de la línea oigo a Francis buscando literalmente las palabras adecuadas. "Señor, yo tampoco puedo asegurarlo. El caso es que el dinero que transferimos a la constructora de Pekín ha desaparecido. Y hasta que no aparezca, la empresa se niega a empezar la construcción".

"Mierda", maldigo en voz baja. En la habitación de al lado oigo a Jessica dar vueltas en la cama. El hecho de que semejante mierda de noticia me esté arruinando la noche me está subiendo por las paredes, pero no quiero despertarla. Parece tan inocente cuando duerme.

"¿Señor?"

Me quito el sueño de los ojos e intento pensar con claridad. "Sí, sí, estoy aquí", digo.

"¿Qué hacemos ahora?", pregunta Francis inseguro.

"Volamos a Pekín. Tengo que ocuparme de esto personalmente. Recoge tus cosas e informa al departamento jurídico de que vamos a recogerles en Nueva York. Necesitamos a los mejores. Reúnete conmigo abajo en el vestíbulo dentro de media hora, listo para salir".

Sin esperar respuesta, cuelgo. Durante unos segundos más me quedo mirando la pantalla del móvil. ¿Cómo ha podido ocurrir? Decenas de millones de dólares no desaparecen así como así. Tengo que averiguar qué ha pasado y quién es el responsable. Rodarán cabezas por esto, eso seguro.

Lo más silenciosa y rápidamente posible, recojo mi ropa y me visto. Me apresuro a meter el resto en la maleta, siempre con cuidado de no despertar a Jessica.

Echo un último vistazo a su cuerpo desnudo, sólo parcialmente cubierto por el edredón, cojo la maleta y salgo de la habitación.

Unas cinco horas más tarde ya hemos salido de Nueva York y estamos de camino a Pekín. Una y otra vez mis pensamientos vuelven a la noche anterior. El recuerdo de su suave piel, sus pechos perfectos y su dulce culo me la vuelven a poner dura.

¡Y qué devoción demostró una vez que se despojó de su timidez! Tardó un poco, pero cuando se arrodilló desnuda delante de mí y sus labios se cerraron en torno a mi polla, la mansa gatita Jessica se convirtió en una auténtica gata depredadora. Me habría encantado follármela una vez más esta mañana.

Qué demonios, ahora no puedo evitarlo, pienso, y miro por la ventana para centrarme en el problema de Pekín. Primero el asunto de los materiales de construcción, y ahora el dinero. No puede ser todo una coincidencia, ¿verdad?

De repente, el timbre de mi móvil me saca de mis pensamientos. *Mierda*, pienso, al ver el nombre de Percy parpadear en la pantalla. *Esto va a ser incómodo*.

Respiro hondo y pulso el auricular verde.

"Percy, hey".

"Buenos días, gilipollas. ¿Cómo has dormido?"

"Escucha, lo siento mucho", empiezo, pero Percy me corta.

"¿Tienes idea del esfuerzo que me ha costado organizar esta velada? ¿Y de lo decepcionadas que estaban todas las chicas cuando tuve que decirles que no ibas a venir? Te estaban deseando, tío".

"Como dije, lo siento".

"En realidad, las chicas no estaban tan tristes, después de todo, todavía me tenían a mí pero eso no es correcto. ¡Teníamos un trato, Robert! ¿Y tú te vas con una camarera como un idiota nuevo rico?".

"En mi defensa, ella estaba increíblemente buena. Y una granada en la cama", digo.

"Puede que sea todo eso, pero aún así, quiero decir, teníamos los caramelos".

"No es como si estas cosas se fueran a estropear", señalo.

"¿Significa eso que...?", empieza Percy con suspicacia.

"Lo compensaremos, ¿vale? Y pronto", le prometo.

"Júralo. Como hacíamos antes".

Percy alude a un juramento que solíamos hacer en nuestra época universitaria. Romper esa promesa entonces habría supuesto el fin de nuestra amistad y la expulsión de la hermandad. Gruño molesto, pero cedo.

"Lo juro por el escudo carmesí, por las tres letras lambda, delta, pi, por los coños de las novatas y por el culo de tu madre", digo. Un juramento absolutamente ridículo, pero en su momento nos hizo gracia.

"De acuerdo. Te tomo la palabra", dice Percy y cuelga.

Miro el teléfono un momento más y luego lo guardo con un movimiento, incrédulo. A veces me pregunto por qué sigo siendo amigo de este tipo.

Capítulo 16 ~Jessica~

Con un grito ahogado, me hundo en el sofá. ¡Qué desastre! ¿Cómo he podido ser tan estúpida de poner en peligro mi trabajo por una sola noche? Por increíble que haya sido el sexo con Robert, la mañana siguiente me ha devuelto bruscamente a la tierra.

Frustrada, me quito los zapatos y los tiro descuidadamente a un rincón. ¿Qué se supone que debo hacer ahora? En realidad, puedo volver directamente a buscar un nuevo trabajo. Cualquier otra cosa sería ingenua.

"Esta vez sí que has ido demasiado lejos, Jessica", me digo.

Y luego está lo de Robert. ¿Por qué se largó así? ¿Realmente me estaba utilizando? No daba esa impresión en absoluto. Pero, de nuevo, ¿no es eso lo que siempre piensas? La ilusión dura hasta que finalmente te deja y acabas preguntándote cómo demonios pudiste enamorarte de él.

Mientras miro por la ventana y me dejo llevar por la decepción, suena mi móvil. En la pantalla pone "Mamá".

Mierda, precisamente ahora.

"Hola, mamá", digo, intentando sonar lo más desenfadada posible.

"Hola, cielo. Espero no molestarte".

"No, no. Hoy estoy descansando. ¿Qué tal?".

"Sólo llamaba ver cómo estabas. Siempre estás tan ocupada. Ya casi no nos hablamos". Mi madre se esfuerza por no sonar reprobatoria, pero oigo claramente la decepción en sus palabras.

"Lo siento, mamá. Intentaré vernos más a menudo, te lo prometo. Pero estoy bien, de verdad", miento. Con todo lo que está pasando mi madre, no quiero descargar mis problemas sobre ella también.

"Me alegra oírlo. Por cierto, me han dicho nuestros vecinos que", empieza mi madre uno de sus famosos monólogos, pero ni siquiera capto lo que dice. Mis pensamientos siguen divagando, girando en torno a mi futuro, el trabajo, las deudas, Robert.

"Jessica, ¿qué dices?".

"Um, estoy contigo en eso", digo, rezando para que ella haya expresado una opinión antes.

"Lo sabía", dice, "mi hija está dotada de sentido común, después de todo".

Aliviada, exhalo. Bueno, todo ha salido bien. En ese momento Amy entra por la puerta, tengo que aprovechar la oportunidad.

"Oh, mamá, Amy acaba de llegar, tenemos planes. Tengo que irme", digo apresuradamente. Amy me mira divertida.

"Oh, de acuerdo entonces. Dale nuestro cariño", dice mi madre.

"Sí, se lo daré. Adiós", digo y cuelgo. Con un gran suspiro, me dejo caer sobre las almohadas.

"¿Qué ha sido todo eso?", pregunta Amy.

"Es que ahora no puedo hablar con mi madre y fingir que todo va bien", digo con pesadumbre.

"Bueno, ¿qué ha pasado? ¿Y por qué estás aquí, no se supone que deberías estar trabajando hoy? ¿Y dónde estabas anoche?", pregunta Amy mientras se sienta a mi lado y me mira preocupada.

Sin saberlo, Amy ha dado en el clavo de todos mis problemas con este aluvión de preguntas. La miro sin decir palabra durante unos segundos antes de echarme a llorar.

Una hora más tarde, Amy y yo estamos sentadas en nuestro café favorito. Después de que Amy me haya consolado y medio reconstruido, me ha sugerido que nos sentemos a tomar una magdalena y un chai latte grande en Little Miss Wood. Sabe que me encanta este sitio, así que no pude negarme.

Le cuento todo, desde el casi accidente hasta que el Sr. Philips me mandó a casa cabreada. Mientras Amy asimila mi historia, yo pincho desganada mi magdalena de fresa y queso con el tenedor.

"Bueno, en primer lugar, me alegro de que por fin te hayas divertido. Parece que fue una noche increíble", dice Amy. "Y que se haya largado, así son estos tipos de los negocios. Mientras su cola sigue dentro de ti, su cabeza ya se ha ido a la siguiente reunión".

"Jesús, Amy, baja la voz", susurro, reprimiendo una carcajada aunque en realidad no tengo ganas de reír. "Pero él también lo disfrutó. De hecho, no fue suficiente una vez", añado.

"Claro que lo disfrutó. Siempre disfrutan", replica Amy. Pero cuando ve que estoy a punto de echarme a llorar otra vez, se apresura a añadir: "pero si realmente no se cansaba de ti, estoy segura de que pronto se pondrá en contacto contigo. Estos ricachones tienen medios, te lo aseguro. Además, sabe dónde trabajas. Quizá algún día vuelva a estar delante de ti en la recepción".

"Si es que entonces sigo trabajando allí", comento. "Por la forma en que el señor Philips me ha echado la bronca, casi no me puedo imaginar que conserve el trabajo".

"Hmmm". Amy frunce el ceño y mira a lo lejos con preocupación. Tampoco parece tener una respuesta adecuada.

Durante unos segundos permanecemos en silencio. Al cabo de un rato decido cambiar de tema.

"¿Cómo te van las cosas? Para trabajar en un bufete de abogados, pareces bastante calmada", comento.

"¿Tú crees?", pregunta Amy.

"Sin duda. En la universidad estabas mucho más estresada", me recuerdo.

"Probablemente tengas razón. Supongo que el trabajo se adapta a mí. Y cuando me siento muy presionada, simplemente hago el tonto con Jason".

Pongo los ojos en blanco. Lo último que quiero oír ahora son historias de sexo con Jason.

Amy parece adivinar lo que estoy pensando y me tranquiliza: "sé que no quieres saber los detalles, así que te los ahorraré. Pero déjame decirte una cosa: se me da muy bien desahogarme en la cama. Así que creo que un novio, o al menos una pequeña aventura, te vendría muy bien".

Pienso un momento en las palabras de Amy. De hecho, creo que tiene razón. Si no hubiera tenido un sexo tan increíblemente bueno anoche, probablemente estaría mucho más estresada en mi situación actual.

Por otro lado, no habría estado en esta situación sin el sexo. Y aún así, eso no significa que cada aventura tenga que meterme en problemas de inmediato.

"Tal vez deberías dejar de lado a este Robert y buscar un nuevo compañero. Preferiblemente uno que no sea multimillonario y que esté constantemente viajando en avión a algún lugar de la historia del mundo", dice finalmente Amy. Sus palabras me escuecen un poco. Lo de Robert no me deja en paz.

"Es más fácil decirlo que hacerlo", suspiro.

"Ooooooh, ¿estás enamorada, Jessica?", se burla Amy.

"No, gilipolleces", digo mientras vuelvo a sonrojarme. Pero, *¿de verdad es una gilipollez?* Me sacudo la idea de la cabeza. Sí, claro que lo es. *No lo conoces de nada.*

Amy me mira divertida. "¿Sabes qué? Vamos a hacer un trato ahora mismo, ¿vale? Vamos a darle un ultimátum a tu Robert. Si no se pone en contacto contigo en, digamos, tres días, lo sacas completamente de tu vida y te buscamos otro chico. ¿De acuerdo?", dice finalmente y golpea la mesa con la palma de la mano para que las migas caigan de mi plato de tarta.

"No lo sé", le digo. "¿Sólo tres días? ¿Y si ahora está estresado?"

Amy me sonrío. "¡Te lo dije, estás enamorada! Muy bien, ¿cuánto tiempo quieres darle?"

"No lo sé". Pienso un momento. "¿Dos semanas?"

"Trato hecho. ¿Escuchaste eso, Robert Hawk? Catorce días y Jessica Collins estará perdida para siempre. Así que será mejor que te des prisa", exclama Amy. Los demás clientes de la cafetería se vuelven hacia nosotros y sacuden la cabeza indignados.

"Sois unos completos estúpidos", digo riendo y ocultando la cara tras el menú.

Capítulo 17 ~Robert~

Pekín, Oficinas de BeijingSky.

"No es mi puto trabajo proteger sus cuentas", grito enfadado y golpeo con el puño cerrado el escritorio, haciendo que un portalápices se caiga y esparza su contenido por el suelo.

"Comprendo su disgusto", dice Stanley Qiang y se pone a recoger los bolígrafos. "Pero sin el dinero, es imposible que empecemos a construir el hotel".

"Debe tener alguna idea de lo que puede haber pasado. ¿Alguien se ha llevado el dinero? ¿Han pirateado la cuenta? Tiene que saber algo".

"Tenemos a nuestra mejor gente trabajando en ello, Sr. Hawk, se lo aseguro. Sin embargo, eso es todo lo que puedo decir en este momento". Qiang hace un gesto de disculpa y vuelve a esconderse detrás de su escritorio.

"¿No está asegurada su empresa contra este tipo de incidentes?", pregunto.

"Sí, por supuesto. Pero la burocracia, ya sabe". Qiang levanta las manos disculpándose.

"¡No, no lo sé!", grito, inclinándome tanto sobre el escritorio que puedo ver mi propio reflejo en las gafas de Qiang. "Estamos hablando de ocho cifras. Y el daño financiero, crece, ¿cuánto cada día que pasa?", le pregunto a Francis, de pie en silencio detrás de mí, con los ojos muy abiertos.

"Unos cincuenta mil dólares", balbucea, hojeando frenéticamente sus notas. "Cincuenta y dos mil dólares para ser exactos".

"¡Cincuenta. Y. Dos. Mil. Jodidos. Dólares!", rujo, golpeando el escritorio con el puño una y otra vez. "¡Todos los días! ¿Eso es lo que pagas?".

"Estoy seguro de que encontraremos una solución, señor Hawk".

"Eso espero por su bien", digo, hundiéndome de nuevo en mi silla. "De lo contrario, este asunto no acabará bien para su empresa, se lo aseguro por escrito".

"Sí, señor Hawk. Por supuesto. Estamos trabajando a toda máquina para encontrar una solución", balbucea Qiang, hundiéndose más en su silla de oficina. *Trabajando a toda máquina*, pienso y resoplo con desdén. ¿Por quién me toma? ¿Una llamada indignada a una línea de atención al cliente?

"Volveré a su despacho dentro de veinticuatro horas exactas, y será mejor que tenga respuestas para mí. Si no, me voy a poner muy incómodo, ¿está claro?", gruño y clavo el dedo índice en el pecho de Qiang. "No querrá que esto llegue a los tribunales, ¿verdad? Porque sus posibilidades allí no son muy buenas".

Unos diez minutos después, salgo del edificio de oficinas del centro de Pekín a la calle con mi equipo. Normalmente intento mostrarme tranquilo y confiado con mis empleados, pero ahora mismo estoy literalmente temblando de rabia. Nunca en toda mi carrera había vivido algo así. Y las endeble excusas del tal Qiang no hacen más que empeorar las cosas.

Miro al cielo nublado, que poco a poco se va oscureciendo. Mis pensamientos vuelven a Jessica. El recuerdo de ella tumbada debajo de mí y gimiendo ruidosamente mientras le meto la polla hasta el fondo me distrae, al menos brevemente.

Mientras mi equipo se divide en varios taxis para volver al hotel, por fin se me ocurre una idea.

"Francis, espera un momento", le digo y le agarro por el hombro cuando está a punto de subir. Asombrado, me mira.

"¿Señor?"

"Todavía no vas a volver al hotel. Todavía te necesito. Vamos", le digo, haciendo señas a otro taxi para que se acerque.

"¿Qué pretende, señor?", pregunta Francis inseguro.

"No te pongas así, sólo vamos a divertirnos un poco", le digo.

El taxi se detiene y Francis y yo subimos. "Llévenos a la mejor discoteca de la ciudad", le digo al conductor.

Una hora más tarde, Francis y yo estamos sentados en un sofá aterciopelado en una zona apartada de un club con mucha clase. Delante de nosotros, sobre una amplia mesa de mármol, hay una cubitera de hielo y una botella grande de licor chino. La música retumba en mis oídos y los graves masajean por un momento el estrés de mi cabeza.

"Bueno, ya es algo, ¿no?", grito en voz alta para que Francis me entienda.

"Sí, la verdad es que, ¡perdone, señor, pero no sé exactamente por qué estoy aquí!", me contesta Francis.

"Quiero que te diviertas un poco, por una vez. Que te despejes. Todo lo que haces es trabajar, igual que yo. Los dos nos merecemos una noche libre".

Francis asiente, pero no parece sentirse muy bien. Descongelar a este abotonado oficinista va a ser más difícil de lo que pensaba.

"Vamos, tómate algo. Relájate", le digo y sirvo un poco de licor en dos vasos pequeños. Le doy uno a Francis. "¡Toma!".

Francis acepta el vaso y se lo bebe de un trago. Luego lo deja con cuidado sobre la mesa y hace una mueca de disgusto.

"Ahora que se nos unan algunas chicas", grito. Un empleado de la discoteca, que vigila estrictamente nuestra zona, asiente con la cabeza y hace una seña a un par de jovencitas que están en la pista de baile. Sin dudarlas, cuatro de ellas se abren paso por el club, se sientan con nosotros y empiezan a acariciarnos y masajearnos.

"Es una buena forma de aguantar, ¿verdad?", le pregunto a Francis y le sirvo otro trago. De nuevo se bebe el licor de un trago, tras lo cual se pone pálido de repente y se levanta de un salto.

"Sessseñorrrr Se, S... Señooo", balbucea y sale corriendo en dirección a los aseos.

"Bueno, no puede aguantar demasiado", digo. Las zorras sueltan una risita estúpida. "Entonces, ¿vendréis conmigo al hotel? Hay suficiente para todas".

Por lo visto me he pasado un poco, porque las chicas intercambian una mirada de asco, se levantan y abandonan la zona VIP sin decir ni una palabra más.

"Pues entonces no. No sabéis lo que os perdéis!", les grito y saco la botella de la cubitera.

Pasan unos diez minutos y Francis sigue sin aparecer. ¿Qué demonios hace este tío tanto tiempo? Estar sentado solo en la zona VIP bebiendo empieza a aburrirme, así que me levanto, le doy una buena propina al empleado y me dirijo a la pista de baile. No tengo ninguna duda de que encontraré una chica dispuesta.

Mientras me abro paso entre la multitud que baila, el alcohol empieza a hacer efecto. Mis

rodillas ceden lentamente y tengo que apoyarme en la barra para no caerme. ¿Qué demonios es esta cosa diabólica que sirven aquí? Me hundo en un taburete y, unos instantes después, me doy cuenta de que dos chicas muy atractivas están a mi lado en la barra esperando sus bebidas. Hago un esfuerzo por sentarme erguido y silbo al camarero.

"Las chicas de aquí van a tener todo lo que quieran esta noche", digo, sacando la cartera y guiñándoles un ojo.

El camarero coge discretamente el dinero y lo deja desaparecer bajo la barra. Las chicas se reúnen conmigo y me dan las gracias amablemente.

"Bueno, ¿qué hacen dos bellas criaturas como vosotras solas en la barra?", pregunto y las atraigo hacia mí. Las dos intercambian una mirada significativa y sueltan una risita estúpida.

"Buscamos a un hombre grande y fuerte", dice una de ellas en un inglés entrecortado. "Pero hasta ahora no hemos podido encontrar ninguno, por desgracia".

"Puedo darles un buen dato al respecto", digo. "Se supone que hay un hombre así quedándose en la Suite Emperador del Pan Pacific. Y resulta que está buscando dos perlas bonitas como vosotras".

Una hora más tarde, un taxi nos para a las dos chicas y a mí delante del hotel Pan Pacific, uno de los mejores de Pekín. Las chicas me siguen con los ojos muy abiertos por el magnífico vestíbulo y suben conmigo al ascensor.

Una vez arriba, las dos me arreglan el traje con movimientos manuales. Mientras una cuelga cuidadosamente mi chaqueta, la otra me empuja a la cama y se desnuda delante de mí. Luego se pone de rodillas y empieza a mamar como una maldita profesional. La otra se une a nosotras desde la habitación contigua y se pone de rodillas junto a su amiga.

"Bueno, a ver qué sabéis hacer", les digo y cierro los ojos.

Capítulo 18 ~Jessica~

Al día siguiente.

Los altavoces del gimnasio emiten una monótona música tecno. A mi alrededor, la gente suda y resopla. De vez en cuando las pesas chocan estrepitosamente entre sí o caen al suelo. En medio de esta locura deportiva, me siento en una bicicleta estática y pedaleo para quitarme la frustración del pecho.

Esa mañana me di cuenta de una cosa: lo peor que podría hacer en mi situación sería quedarme en casa compadeciéndome de mí misma. Tenía que salir, hacer algo para distraerme. Lo pensé durante un rato, hasta que por fin me acordé de mi suscripción al gimnasio, que en realidad hacía tiempo que quería cancelar. Me preparé la bolsa del gimnasio y me puse en marcha.

Por fin. Estoy aquí de nuevo después de mucho tiempo, sudando y jadeando sin importarme lo que los demás piensen de mí, ¡y me siento genial! Aquí nadie me conoce, sólo soy uno de tantos cuerpos sudorosos, y por unos instantes me olvido de todas mis preocupaciones.

Pero este efecto reparador no dura mucho. Mientras pedaleo, veo por el rabillo del ojo a un joven que entra por la puerta principal. Su estatura y sus andares me resultan extrañamente familiares. Me acerco, pero el tipo me da la espalda y habla con uno de los entrenadores.

¿Robert? Pienso. Es Robert, ¿verdad? ¿Qué demonios hace aquí?

Mi corazón y mis pensamientos se aceleran de repente. ¿Debo esconderme? ¿Saludarlo? ¿Ignorarlo? De repente me mareo y dejo de pedalear inmediatamente. ¡Qué vergüenza pasaría si me desmayo y me caigo de la bici delante de él!

Vuelvo a mirar al hombre que acaba de darse la vuelta y por supuesto que no es Robert. De frente, el tipo parece completamente distinto.

Claro, pienso y me toco la frente. Seguro que un multimillonario como él no iría a hacer ejercicio a un gimnasio de segunda en algún lugar de Chicago. Seguro que tiene un gimnasio privado mil veces mejor equipado que éste.

La idea de que probablemente no sepa todas las preocupaciones que llevo conmigo en este momento hace que mi estado de ánimo vuelva a caer en picado. Las facturas médicas sobrevaloradas que pueden llevar a la bancarrota a familias como la mía son seguramente una broma para él. Una pequeña molestia burocrática que probablemente ni él mismo tenga. Sus asistentes o algo así se encargarían de eso.

Frustrada, decido terminar mi entrenamiento, me bajo de la bici y me dirijo a los vestuarios.

Cuando salgo de los vestuarios unos minutos más tarde, recién duchada y vestida de nuevo con mi ropa de diario, me espera el siguiente momento de shock. Jason, el novio de Amy, está de pie a menos de cinco metros de mí, flirteando ostentosamente con una pequeña deportista de pelo negro. Acaba de pasarle un papel en el que, casi con toda seguridad, figura su número.

Mierda, pienso. Tengo que decírselo a Amy.

Luego, sin embargo, me invade una duda silenciosa. ¿Y si Jason conoce a esta chica y sólo es su amiga? Y si tal vez no era su número en la nota, sino algo más. Consejos para su entrenamiento, por ejemplo. ¿No dijo Amy algo sobre Jason siendo un entrenador en el pasado?

No puedo recordar exactamente. Cuando Amy habla de Jason, mi mente se va a otro lugar.

Mientras me escabullo discretamente entre ellos dos hacia la salida, veo que le da una palmada en el trasero a la chica mientras paso. Mi pequeño sueño de que al menos me libraría de este drama estalla como una bomba de jabón.

Salgo rápidamente del gimnasio y me alegro de que Jason no me haya visto. Eso me da tiempo suficiente para pensar en las palabras adecuadas para decirle a Amy con la mayor delicadeza posible que su querido Jason es, obviamente, un gilipollas infiel.

Durante todo el camino de vuelta a casa, mis pensamientos solo giran en torno a este tema. Una y otra vez saco el móvil, tecleo el número de Amy, estoy a punto de llamarla, pero no lo hago. Finalmente, con un gesto casi agresivo, guardo el teléfono en mi bolsa de deporte.

Tómate tu tiempo, pienso. Piensa bien lo que le vas a decir a Amy.

Seguro que Amy se sentirá desolada cuando se entere del secreto de Jason. La sola idea me rompe el corazón. Ya pasé por algunas de sus rupturas, así que tengo una idea de lo que se viene.

Poco después de la universidad, ella tuvo algo con un fiscal que conoció en la corte. La aventura duró menos de dos semanas, pero el dolor de la ruptura de Amy se prolongó durante varios meses. Probablemente no superará la ruptura con Jason hasta que sea vieja y canosa.

Mientras camino por la ciudad, ensimismada en mis pensamientos, se me ocurre de repente que debo estar muy cerca de la tienda del señor Stephens. Sin pensarlo dos veces, giro a la izquierda y me desvío un poco para comprar el chocolate favorito de Amy y una botella de vino. Si efectivamente hoy le doy la mala noticia, al menos le servirá para pasar la tarde.

El señor Stephens, un amable señor mayor con media cabeza calva, me saluda con una sonrisa amistosa cuando dejo el chocolate y el vino en la caja registradora.

"Bueno, ¿hoy no hay verduras, señorita Collins?", me pregunta, mirándome con fingida decepción.

"Hoy no, no. Hoy otra cosa", le respondo.

"Tienes que hacerte grande y fuerte. No podrás hacerlo con vino y chocolate", bromea mientras mete las dos cosas en una bolsita y añade disimuladamente una manzana.

"Realmente eres imposible", me río y pongo unos dólares sobre el mostrador del cajero.

"Eres mi mejor cliente, tienes que mantenerte sana. Sin ti, tendré que cerrar la tienda", dice el señor Stephens. "Así que cómete tu manzana y mantente en forma durante mucho tiempo. Y no me vengas con ideas de mudarte".

"Oh, yo no te haría eso", le digo y cojo la bolsa.

Cuando salgo de nuevo de la tienda, el sol me da en la cara. El señor Stephens es un hombre tan encantador. Esta pequeña compra me ha alegrado mucho el día, y de repente todo ya no parece tan desesperanzador.

Amy superará lo de Jason de alguna manera. Robert seguramente se pondrá en contacto en algún momento, y si no lo hace, no es el fin del mundo. Y lo del trabajo, *todo saldrá bien*, me digo, y muerdo la manzana mientras me dirijo a casa animada.

Casi he llegado cuando, de repente, siento una vibración en mi bolsa de deporte. Me apresuro a dejarla en el suelo, abro la cremallera y saco el móvil. Echo un vistazo a la pantalla y se me desploma el corazón.

La llamada es del Langham.

Dudo un momento y respiro hondo antes de contestar.

"¿Collins?"

"Hola, Jessica. Soy Harold Philips".

"Buenas tardes, señor Philips", le digo. "Quiero reiterarle cuánto siento".

"Sí, sí", me corta. "Puede ahorrarse sus excusas. Vayamos directamente al motivo de mi llamada. No la van a despedir".

"¡Oh, gracias a Dios! Gracias. No volveré a defraudarle, se lo juro", grito. Un enorme peso cae de mi espalda. No sé exactamente por qué no me han despedido y, en realidad, no quiero saberlo. Lo principal es que puedo conservar el trabajo y no tengo que volver al mercado laboral.

"No, efectivamente no lo harás. Como sabe, su periodo de prueba expira a final de mes. No le renovaremos el contrato. Esta decisión es definitiva. Buenos días, Jessica".

Clic.

Tardo un momento en procesar las palabras que acabo de oír. La piedra que se me acaba de caer de la espalda me golpea la cabeza con toda su fuerza. Alguien choca conmigo por detrás. Ni siquiera me he dado cuenta de que me he detenido. El móvil se me resbala lentamente de la mano y cae al suelo.

Dos semanas, pienso. ¿Cómo voy a encontrar un nuevo trabajo en dos semanas?

Capítulo 19 ~Robert~

A la mañana siguiente.

Los rayos del sol que entran en mi habitación a través de las ventanas inmaculadamente limpias me despiertan bruscamente. Gruñendo, me tapo con las sábanas. Me zumba el cráneo y siento la boca como un desierto. Ese licor chino es increíble. ¿Qué era esa cosa diabólica? ¿Y realmente acabé llevando a dos chicas a la habitación, o fue sólo un sueño extraño? No recuerdo casi nada.

Me encantaría quedarme en la cama y seguir durmiendo hasta que mi cuerpo haya superado la resaca, pero una sed inhumana me pone en pie. Con los ojos borrosos, me tambaleo por la habitación del hotel hasta el minibar, saco una botella de agua y me la bebo de un trago. Luego voy al cuarto de baño, donde me echo un poco de agua en la cara. Me miro en el espejo y me avergüenzo de mí mismo. Estoy pálido como un fantasma y tengo unas ojeras bastante oscuras.

"Hostia puta", susurro, tomando nota mental de que en el futuro mantendré las manos alejadas de las bebidas y de las mujeres chinas.

De un momento a otro, me invade un hambre tremenda. Con el estómago gruñendo, tropiezo con el mostrador, descuelgo el auricular del teléfono del hotel y marco el número del servicio de habitaciones.

"Buenos días, señor, ¿en qué puedo ayudarle?".

"Quisiera un desayuno grande, el número 9 por favor. O no, mejor dos números 9", digo mientras mi estómago suelta otro sonoro gruñido.

"Muy bien señor, solo serán unos minutos".

"Muchas gracias", digo y cuelgo.

Mi chaqueta cuelga del respaldo de la silla del despacho. *Así es, pienso, las únicas chicas que se tomaron la molestia de colgar mi chaqueta ordenadamente.* Entonces no era un sueño, después de todo. Estoy a punto de sacar la cartera para dejar propina al servicio de habitaciones, pero mis dedos no alcanzan nada.

¡Esas putas de mierda! Por lo visto me han robado el dinero y se han ido después de follar. ¡Qué mierda! Seguro que había unos cuantos miles de dólares, enésimos miles de yuanes, mi tarjeta de crédito y un montón de cosas importantes en esa cartera.

Puedo ocuparme del dinero que me robaron esas asquerosas zorras, pero pensar en la burocracia que supondrá pedir los demás documentos hace que mi dolor de cabeza suba un escalón. Seguro que Francis se alegrará de tener que llamar después a todo tipo de oficinas y bancos por mí.

De repente recuerdo que no he visto a Francis desde que desapareció en el baño del club. *¡Maldita sea!* Espero que haya encontrado el camino de vuelta al hotel. Tan rápido como puedo, vuelvo tambaleándome al dormitorio, recojo los pantalones del suelo y saco el móvil del bolsillo. Con dedos temblorosos, tecleo el número de Francis y pulso el botón de llamada.

Francis no tarda en contestar con voz clara y brillante.

"Buenos días, señor", dice, sonando de nuevo como un mayordomo.

"Francis, ¿dónde estás?", pregunto.

"Desayunando, señor, ¿viene usted también? En media hora la cocina estará cerrada".

"Yo no, he pedido algo a mi habitación", digo. "¿Cómo llegaste anoche al hotel?".

"Oh, cogí un taxi, señor", dice Francis. El hecho de que me fuera sin él no parece disgustarle lo más mínimo. "Cuando no pude localizarle en el club, le escribí una nota y fui directamente al hotel. ¿No recibió mi mensaje?"

"Sí, sí, por supuesto", miento. "Sólo quería asegurarme. Disfruta del desayuno", le digo y cuelgo.

Inmediatamente abro mis mensajes para leer el SMS de Francis. El mensaje de él es el tercero más reciente de mi bandeja de entrada. "¿Qué demonios?", susurro frotándome los ojos. Un mensaje de mi administrador aquí en Pekín, y toda una docena de mensajes de uno de mis administradores en Estados Unidos. ¿Qué diablos significa esto ahora?

Vacilante, abro el historial de mensajes con mi administrador. Al parecer, anoche mantuvimos una animada conversación de la que no tengo recuerdos.

Con una sensación de inquietud en el estómago, empiezo a leer el historial del chat. A cada línea que leo, me entra pánico.

*La construcción del Grand Diamond Hotel aquí en Pekín ha fracasado.
El daño económico es demasiado grande para ser absorbido.
Ya tomé mi desición. Venderé la propiedad con un beneficio.
Hay que informar a todos los afectados
que el proyecto va a ser abandonado.*

Entiendo, señor. Me ocuparé de ello inmediatamente.

*Señor, ya hay una oferta para comprar la tierra.
La cadena hotelera Rising Sun está ofreciendo una suma que nos permitiría salir
con una pérdida mínima.*

*Acepte la oferta. Cuanto antes podamos salir de esto
mejor.
En vez de centrarnos en esto, centrémonos en lo que tenemos delante.*

No puedo creer lo que estoy leyendo. ¿Realmente escribí eso? ¿Realmente vendí la propiedad? ¿Y qué significa la última frase?

Completamente estupefacto, cierro el chat y leo los mensajes del gerente responsable de mis hoteles en el norte de EE UU.

*Importante: el proyecto de Pekín ha muerto. Cambiamos de estrategia. El nuevo plan
es comprar. Compraremos un hotel en Chicago. La dirección es
330 North Wabash Avenue. Prepáralo.*

Entendido. Me pondré a ello.

*Acabo de tener una discusión muy constructiva con los dueños.
Nos reuniremos más tarde hoy para almorzar
y discutiremos todo más a fondo. ¿Tenemos un límite?*

No hay límite. Pagaremos cualquier precio que nos pidan.

"¿Pagaremos cualquier precio que nos pidan?", grito, golpeándome la frente con la palma de la mano. "¡Qué coño!".

Presa del pánico, selecciono el contacto del director y pulso "llamar". Mientras suena, rezo para que aún no haya firmado ningún contrato.

"¿Andrews?", contesta por fin.

"Es una suerte que aún pueda localizarte. Es sobre nuestro intercambio de anoche".

"¿Anoche, señor? Nos escribimos hoy al mediodía".

"Oh, cierto, ahora mismo estoy en Pekín", digo, frotándome los ojos. No tenía como saberlo.

"Ya veo. Bueno, en fin, vengo de cenar con los dueños del Langham, y tengo excelentes noticias".

"¿El Langham?", pregunto.

"Sí, señor, el hotel de Chicago que usted me dijo".

Ahora me doy cuenta. En realidad di órdenes de comprar el puto Langham, uno de los mayores y mejores hoteles de todo Estados Unidos. Eso va a hacer hueco en las cuentas de mi empresa. ¿En qué demonios estaba pensando?

En nada, obviamente, supongo. Estabas borracho, y aparentemente el sexo con las dos chicas no era tan bueno como el sexo con Jessica, así que cumpliste tu amenaza a Harold Philips y le compraste el hotel.

Debido a todo este cúmulo de malas noticias, una enorme náusea se suma al dolor de cabeza que ya tengo gracias a la resaca. Me hundo en el borde de la cama y apoyo la cabeza con la mano libre.

"Los propietarios han aceptado la venta. Ya está todo contratado. A partir del mes que viene, llevaremos el Langham, y por fin tendremos presencia en Chicago", concluyo solemne.

No puedo soportarlo. Sin decir nada más, cuelgo y me dejo caer de espaldas en la cama. A mi alrededor, la habitación del hotel empieza a girar lentamente.

Tardo un momento en reponerme del shock. Mientras el sol se eleva cada vez más y las sombras se deslizan por el suelo de mi suite, intento ordenar mis pensamientos y averiguar cómo proceder ahora. Pero mis pensamientos se ven interrumpidos por un golpe en la puerta de la habitación.

¡Mierda! He olvidado por completo que había pedido el desayuno. Molesto, abro la puerta y un joven vestido con el uniforme verde oscuro del hotel me empuja un carrito de servicio hacia la habitación con una sonrisa amable.

"Desayuno para usted, señor", me dice mientras coloca la comida en la mesa. Cuando termina, se detiene junto al carrito y me mira expectante.

"¿Qué?", pregunto irritado, sabiendo perfectamente que está esperando su propina.

"Disfrútelo, señor", balbucea y desaparece de la sala con el carrito.

Aunque la comida tiene una pinta excelente, el hambre me ha abandonado por completo. Como un tigre enjaulado, empiezo a pasearme por la suite mientras intento ordenar mis

pensamientos.

"En realidad", me digo, "no ha sido una idea tan estúpida".

Me siento a la mesa y me meto distraídamente unos huevos revueltos en la boca.

De todas formas, construir en Pekín no ha dado más que problemas. Y el Langham tiene una excelente reputación, sin duda se puede ganar dinero allí. Bueno, la adquisición va a costar mucho, pero puedo hacer frente a eso. Y entonces, miro por la ventana y noto que mi resaca se desvanece de repente en el aire.

"Luego está Jessica".

Capítulo 20 ~Jessica~

10 días después.

"¿Jessica Collins? El Sr. Harris la recibirá ahora".

La secretaria del "Interstate Inn" asoma la cabeza por la puerta que da al minúsculo vestíbulo, donde estoy sentada. Estoy nerviosa, dando golpecitos con el pie en un incómodo sillón marrón que probablemente lleva ahí cincuenta años.

A mi alrededor, el yeso se desprende de las paredes, la moqueta tiene algunas manchas antiestéticas y el mostrador de recepción parece haber sido limpiado por última vez mucho antes de que yo naciera.

"¡Ya voy!". Cojo mi bolso, me levanto y sigo a la secretaria por su antesala terriblemente estrecha. En el despacho de detrás, un poco más grande pero mil veces más desordenado, está sentado el Sr. Harris, el director del pequeño hotel de dos estrellas de las afueras del norte de la ciudad, mirándome con curiosidad. Siento cómo me desnuda con su mirada. Apenas puedo resistir el impulso de dar la vuelta y salir de este sitio tan rápido como pueda.

Aunque todo en este hotel, incluido el dueño, me parece repulsivo, probablemente sea mi última oportunidad. En los últimos días he enviado una increíble montaña de solicitudes y he recibido casi el mismo número de rechazos. Me han concedido algunas entrevistas, pero ninguna de ellas me ha dado un nuevo empleo.

"Nos pondremos en contacto con usted", ha sido la frase de la última semana. Así que esta entrevista es mi última esperanza. Si no sale bien, me quedaré sin trabajo el mes que viene.

Para colmo, ya siento de nuevo un ligero tirón en el estómago y también un poco de náuseas. Llevo así unos días. Estoy segura que se debe a todo el estrés y la enorme presión a la que he estado sometida últimamente.

Cálmate, Jessica, me digo a mí misma e inspiro y espiro profundamente. Todo va a salir bien. Ahora concéntrate, ¡necesitas este trabajo!

"Gracias por reunirse conmigo", digo y tomo asiento en una silla de madera dura y chirriante que se alza algo fuera de lugar en medio del despacho.

"Sí, claro", responde el Sr. Harris, haciéndome un gesto con la mano. "Así que quieres trabajar en recepción, ¿no?".

"Así es", respondo.

"¿Y qué hace una bomba como tú en un hotel como éste?", pregunta, como si fuera lo más normal del mundo empezar así una entrevista de trabajo.

"Um, ¿perdón?", pregunto un poco desconcertada.

"Bueno, ya veo". El señor Harris silba entre dientes mientras hojea mi carpeta de solicitud. "El Langham. Creo que un bombón como tú encajaría mejor allí. Normalmente sólo tenemos gente que tuvo ese aspecto hace cuarenta años. Quiero decir, has visto a mi secretaria Marge por ti misma. No me malinterpretes, hace un buen trabajo, pero no es exactamente el sueño de un hombre, ¿verdad?". El Sr. Harris suelta una carcajada y golpea la mesa.

"Sí, bueno", digo yo. "El Langham y yo, hemos tenido algunos desacuerdos, supongo que se podría decir así".

"En otras palabras, la cagaste y te echaron a patadas por la puerta", dice el señor Harris,

reclinándose en su silla de oficina. Su mirada no deja de vagar hacia mis pechos.

"Bueno, sí", admito. Me encantaría borrarle esa estúpida sonrisa de la cara. Me trago todo mi orgullo y me esfuerzo por mantener la naturalidad. "En todo caso, necesito este trabajo. Todos los demás hoteles ya me han rechazado".

"Así que somos tu última esperanza, ¿eh? ¿Te basta con eso o qué?".

"No, no. No quería decir eso", me apresuro a decir, pero el señor Harris vuelve a estallar en carcajadas.

"Oh, no dejes que te ponga de los nervios. Estoy acostumbrado. No somos el Ritz, ya lo sé. Muy bien", dice y saca unos papeles de un cajón.

"Tener a una chica guapa como tú detrás del mostrador no puede perjudicar al negocio. Eso sí, no dejes que los camioneros te enrosquen entre sus dedos. Nunca se sabe a quién van a molestar. Bueno, ya sabes. ¿Estás soltera?".

La última pregunta me pilla desprevenida. No sé qué responder y balbuceo unas palabras ininteligibles.

"Olvidalo. No es asunto mío, ¿verdad?". De nuevo sus ojos se desvían hacia mi escote: "Estoy seguro de que formaremos un equipo excelente. Si quieres el trabajo, puedes tenerlo. Aquí está el contrato. Sólo hay una condición", dice, relamiéndose los labios abultados. Tengo ganas de vomitar, pero ¿qué otra opción me queda? Rezo fervientemente para conseguir este trabajo sin tener que meterme en la cama con este asqueroso.

Como si no hubiera oído su última insinuación, cojo el contrato y lo leo detenidamente. Con un jefe así, no me extrañaría que estuviera lleno de faltas de ortografía y trampas, pero en realidad parece un contrato bastante normal. El sueldo es bastante peor que en el Langham, pero claro, eso era de esperar.

"Puedes empezar a trabajar mañana si quieres", dice el señor Harris, entregándome un bolígrafo grasiento que claramente alguien ha estado masticando. "Sólo tienes que poner tu firma debajo y tenemos un trato".

Asqueada, cojo el bolígrafo y dejo que haga clic una vez.

Eso es todo, pienso, y siento que se me saltan las lágrimas. Adiós, Langham. Adiós, cinco estrellas. Au revoir, salario decente. Y hola, rancio albergue de mala muerte junto a la autopista.

Justo cuando estoy a punto de bajar el bolígrafo para firmar, suena de repente mi teléfono móvil.

"Disculpe", digo. Dejo rápidamente el bolígrafo y miro a ver quién llama. A lo mejor tengo suerte y uno de los otros hoteles me quiere después de todo.

En la pantalla pone "*Langham - Mr Philips*".

Mi corazón se acelera de inmediato. ¿Ha cambiado de opinión después de todo? "¡Perdone, tengo que cogerlo!", digo y me apresuro a salir.

"Tómate tu tiempo", me dice Harris. Apostaría mi vida a que tiene la mirada fija en mi trasero mientras salgo de su despacho.

En la entrada, respiro hondo. Me tiembla todo el cuerpo mientras atiendo la llamada.

"¿Señor Philips?", digo. Mi voz suena muy quejumbrosa.

"No, soy la Sra. Donovan", dice una amable voz femenina. "Soy la nueva directora de Recursos Humanos del Hotel Langham. ¿Hablo con la señorita Jessica Collins?".

"Um, disculpe. Sí, soy yo".

"Le llamo para informarle de que el Hotel Langham ha cambiado de dueños. Como parte de

eso, hay algunos cambios estructurales que requieren toda nuestra atención en este momento. Ahora, por supuesto, su contrato está expirando y no parece haber sido renovado todavía, ¿es eso correcto?"

"Sí. Sí, es correcto", digo, secándome una sola lágrima con el rabillo del ojo. Por un momento, siento que una pequeña chispa de esperanza brota de mi interior.

"Bueno, con todo el trabajo que conlleva un cambio como éste, actualmente no podemos buscar también una nueva recepcionista. Así que me gustaría ofrecerle renovar su contrato lo antes posible".

"¡Oh Dios! Sí, ¡sí, por favor!", exclamo. "Muchísimas gracias. No sabe cuánto significa esto para mí". Podría reír, llorar, bailar y dar mil saltos en el aire de alegría.

"Muy amable, me alegra oírlo. Pero", dice la señora Donovan con voz seria. "Tengo entendido por el señor Philips que el mes pasado hubo algunos incidentes que fueron decisivos para que no le renovaran el contrato".

"Eso. ¡Sí, pero prometo que no volverá a ocurrir!", digo, y nunca he dicho nada tan en serio como esa frase en toda mi vida.

"Yo también lo espero. Señorita Collins, le ofreceremos otro contrato de prueba por tres meses y luego ya veremos. Sé que ya ha cumplido su período de prueba, pero ésta es una situación especial y eso es todo lo que puedo hacer por usted en este momento. Si no acepta, cosa que podría entender, entonces".

"Acepto la oferta", la interrumpo, "le prometo que no la defraudaré".

"Me alegra oír eso. Entonces la espero mañana a las diez para la firma del contrato".

"Allí estaré. Gracias de nuevo".

Radiante de felicidad, cuelgo y vuelvo a guardar el teléfono en el bolso. *Eso estuvo cerca*. He estado a punto de hacer un gesto despectivo con Interstate Inn. Prefería comerme los zapatos a volver allí y disculparme ante el señor Harris por no haber firmado el contrato después de todo.

Estuve a punto de dar media vuelta y marcharme, cuando se me ocurrió una idea aún mejor. Me dirijo con decisión hacia la puerta principal y la abro de un empujón. Con pasos amplios atravieso el mohoso vestíbulo, la pequeña antesala y dejo que la puerta del despacho de Harris se abra de golpe. Sorprendido, me mira. Incluso ahora su mirada se detiene en mi blusa. *Más reveladora*, pienso, y camino hacia su escritorio.

"¿Sabe qué? Deje que le enseñe lo que pienso de usted, de sus asquerosos comentarios y de su sórdido hotelucho de mierda", digo y rompo el contrato en mil delante de sus ojos.

Capítulo 21 ~Robert~

El viento frío que sopla al atardecer en el aeropuerto de Chicago desde el lago Michigan me hincha el abrigo y me despeina el pelo al bajar del avión privado.

Han pasado muchas cosas en los últimos días y me resulta un poco extraño estar de vuelta aquí, en la ciudad donde empezaron todos estos problemas.

Después de la noche en la que me robaron las dos zorras de Pekín y en la que tomé dos decisiones trascendentales en un sopor de borracho: vender la propiedad de Pekín y comprar el Langham a cambio, surgió otra oportunidad muy interesante que me impidió venir antes a Chicago. Sólo un día después, una nueva propuesta pasó a estar disponible en Pekín.

Aunque la adquisición del Langham supuso un agujero importante en las finanzas de mi empresa, los cálculos de mi departamento financiero mostraron que seguiría siendo posible construir en Pekín. Así que actué.

Y esta vez estoy decidido a llevar la construcción hasta el final. Pase lo que pase.

Una vez terminados los preparativos para la reanudación del proyecto de construcción, me subí inmediatamente al avión y volé a Chicago para ver de cerca mi nuevo hotel. También espero llevar a Jessica a la cama una vez más.

Mientras tomo asiento en la parte trasera de la limusina que Francis ha encargado para ir al aeropuerto, repito en mi mente las escenas de hace quince días. Su piel suave, sus pechos bien formados, su culo, sus miradas tímidas y, sin embargo, esta pasión salvaje. Lo locamente mojada que se puso cuando la calenté con mis dedos. Estos recuerdos me la vuelven a poner dura de inmediato.

"¿Al loft o al hotel, señor?", pregunta el chófer, trayéndome de vuelta de mis pensamientos al presente.

"Al loft", respondo secamente. Compré el loft para no tener que coger una habitación en el hotel una vez aquí. Está a sólo unas manzanas del Langham y tiene unas vistas impresionantes de la ciudad, así como una amplia terraza en la azotea con piscina propia. *Creo que un lugar así es mucho más adecuado para volver a seducir a Jessica que una habitación de hotel tan estéril.*

Mientras la limusina sale del hangar y traza una curva alrededor de las carreteras de acceso al aeródromo, saco el móvil y marco el número de la señora Donovan, la directora de recursos humanos que contraté para el Langham.

"Sr. Hawk, ¿ha aterrizado bien?", contesta ella.

"Sí, muchas gracias", respondo. "Probablemente visitaré el hotel mañana por la mañana".

"Qué bien. ¿Puedo hacer algo por usted? ¿Tiene alguna petición especial?".

Sonrío. La Sra. Donovan es un encanto, siempre atenta y deseosa de complacer a todo el mundo. No he visto una mejor directora de Recursos Humanos en toda mi carrera.

"Sólo una cosa", respondo. "Debería haber una joven llamada Jessica Collins empleada en el hotel. ¿Puedes comprobar por mí si está de servicio hoy?".

"Oh, no necesito mirar en absoluto", dice. "Ha venido a verme esta mañana para renovar su contrato. Si no, habría expirado. Estaba increíblemente contenta. Una joven tan agradecida".

"Un momento", la interrumpo, "¿habría expirado su contrato?".

"Sí, así es. Creo que hubo un incidente que hizo que el Sr. Philips no le renovara el contrato de prueba. Sin embargo, tampoco conozco los detalles. Como estamos muy ocupados con la

adquisición, me puse en contacto con ella y le ofrecí un nuevo contrato para no tener que lidiar también con un montón de aspirantes nuevos. Espero que le parezca bien, señor Hawk".

"Sí, por supuesto", digo. "Una sabia decisión".

"Gracias. Bueno, de todos modos, está trabajando abajo en la recepción en este momento".

"¿A qué horas sale del trabajo?", pregunto, echando un vistazo a mi reloj de pulsera.

"Dentro de una hora", dice la señora Donovan.

"En ese caso, iré directamente al hotel. Por favor, pídale a la señorita Collins que venga a la planta de dirección al final de su jornada. Me gustaría hablar con ella. Pero sea tan amable de no mencionarme".

"Como desee", dice la Sra. Donovan, y puedo oír la sonrisa burlona en su voz. Realmente no necesito fingir nada ante ella. Otra razón por la que la elegí para este puesto es su excelente conocimiento de la naturaleza humana, de la que ni siquiera yo estoy a salvo.

Después de colgar, me dirijo al conductor. "Ha habido un cambio de planes. Vamos directos al hotel".

Unos tres cuartos de hora más tarde, estoy sentado en un amplio sofá de ante en la planta de dirección del Langham, esperando a que termine el turno de Jessica.

Le había ordenado al chófer que parara en el aparcamiento subterráneo para que Jessica no me viera caminando por el vestíbulo. Quería darle una sorpresa, pero tampoco quería molestarla en el trabajo.

El segundero de mi reloj de pulsera avanza tan despacio que estoy casi seguro de que la pila está a punto de agotarse.

¿Qué te pasa, tío?, pienso. ¿Por qué estás tan nervioso?

Intento deshacerme de la excitación y sigo mirando el reloj como un idiota. Me he acostado con más mujeres de las que puedo contar en mi vida. No entiendo por qué estoy tan tenso por una simple recepcionista.

Después de lo que parece una eternidad, el ascensor emite un suave *ding* y Jessica sale por la puerta. Cuando me ve, se le cae la mandíbula al instante.

"¡Sorpresa!", le digo con una sonrisa irónica.

Capítulo 22 ~Jessica~

El hecho de que Robert esté de pie frente a mí tan sorprendentemente, sonriéndome con la misma expresión inocente que hace quince días, cuando casi me atropella frente a la entrada del hotel, hace que me convierta instantáneamente en una estatua de sal. Una sensación de frío glacial recorre mi cuerpo, seguida de un calor insoportable.

"¿Qué haces aquí?", susurro, como si temiera que nos descubrieran.

"¿Qué, aquí? ¿Quieres decir en mi hotel?", me pregunta, ensanchando su sonrisa.

Ahora lo entiendo. Robert es el nuevo propietario. Gracias a él no he perdido mi trabajo. ¿Es su forma de disculparse por su repentina desaparición? Otros tipos compran un ramo de flores o una botella de vino, multimillonarios como Robert compran hoteles enteros.

Creo que es una locura. Cien preguntas se agolpan en mi cabeza, pero una estalla antes que las demás. "¿Por qué te fuiste sin más?", pregunto, aún susurrando. No quiero que toda la dirección se entere de nuestra noche juntos.

La sonrisa de Robert da paso a una mirada de cachorro preocupado. "Te lo explicaré. Te lo prometo. Pero aquí no, ¿vale?", dice, también mirando misteriosamente a su alrededor. "Bajemos al bar, ¿vale? Allí no nos molestarán".

"¡No!", grito de repente, sorprendida de mí misma. Noto que las lágrimas empiezan a brotar de mi interior, nublándome la vista. Toda la ansiedad de las últimas semanas, la incertidumbre, la estresante búsqueda de trabajo y todas las humillaciones que he tenido que soportar se me vienen encima cuando Robert se queda de pie frente a mí, mirándome con las cejas levantadas.

Me encantaría arrojarme a sus brazos y abrazarle, besarle y decirle lo mucho que le echo de menos, que casi me muero al pensar que no volveré a verle. Pero al mismo tiempo quiero abofetearle y cerrarle todas las puertas del mundo en las narices, tirarle cien copas demasiado caras a la cara y golpearle el ancho pecho con los puños hasta que entienda cómo me he sentido las dos últimas semanas. Especialmente esta mañana.

Cuando empezó a sonar el despertador, ya llevaba media hora dando arcadas en seco sobre el váter. Los tirones en el abdomen se habían multiplicado al menos por diez en comparación con el día anterior. A pesar del alivio debido a que conseguí conservar mi trabajo en el Langham, la noche anterior volví a ser sonámbula.

Completamente agotada, me desperté y rebusqué en el armario del baño pastillas contra las náuseas. ¿Qué tal que me haya contagiado de algún germen extraño en la antesala del Interstate Inn? Por el aspecto y el olor de aquel antro, era muy posible.

Cajas de pastillas y pequeños frascos salieron del armario, pasaron entre mis manos temblorosas y se esparcieron por el suelo antes de que me quedara paralizada, con los ojos incrédulos fijos en el paquete rosa que tenía en la mano.

"No", susurré. "No, no, no".

Con dedos nerviosos, saqué la paleta plateada de la caja que contenía mis píldoras anticonceptivas. El pánico se apoderó de mí. ¿Me tomé una el día de la partida de póquer? Ya no estaba segura.

Ya sabes la respuesta, susurró una voz tranquila en el fondo de mi cabeza. *Te olvidaste. Estabas tan nerviosa que olvidaste tomarte la pastilla y ahora estás embarazada.*

"¡No!", me interrumpí. "¡Nunca!".

En pocos minutos me vestí y me dirigí a la farmacia más cercana para comprar una prueba de embarazo. Mientras corría por las calles empapadas de lluvia que reflejaban el cielo gris, intentaba decirme a mí misma que era imposible que estuviera embarazada. No podía estarlo. No *podía* estarlo.

Pálida como un fantasma y temblando de pánico, entré en la farmacia. Me comporté como una delincuente, tapándome la cara con la capucha y mirando constantemente en todas direcciones, como si temiera que me siguieran o me reconocieran.

Media hora más tarde, estaba de nuevo sentada en mi habitación, con el pulso acelerado, la puerta bien cerrada y los ojos fijos en el temporizador del móvil. La prueba yacía a mi lado, sobre la mesita de noche, como una bomba de relojería. Los cinco minutos pasaron como horas.

Cuando por fin se agotó el tiempo y vi las dos rayas en el test, un mundo se derrumbó dentro de mí. Paralizada, me desplomé hacia un lado y permanecí inmóvil, con los ojos fijos en la pared donde veía pasar mi vida como una mala película.

Cientos de preguntas se agolpaban en mi cabeza. ¿Cómo iba a criar sola a un niño? ¿Cómo iba a mantenerlo? El trabajo nunca sería suficiente. ¿Pagaría Robert la manutención? ¿Sería capaz siquiera de localizarle?

Lágrimas silenciosas corrieron por mis mejillas y se filtraron en las sábanas mientras yacía allí, impotente y desesperada.

Y ahora, ahora el padre de mi hijo nonato está de pie frente a mí, mirándome con ojos despistados. Le envidio un poco. No tiene ni idea de que en nueve meses será padre. Sólo se preocupa de sus hoteles, sus trajes a medida y su polla.

Justo cuando estoy a punto de abrir la boca y echarle en cara toda la verdad, se abre la puerta de uno de los despachos contiguos y la señora Donovan se asoma con curiosidad. "¿Señor Hawk? Tiene una llamada del estudio de arquitectura de Pekín", dice. Me da otra sonrisa alentadora antes de desaparecer en su despacho.

Durante un momento permanecemos inmóviles, mirándonos fijamente. Finalmente, es él quien pone fin al silencio. "Tengo que coger esto. Espérame en el bar, ¿vale? Responderé a todas tus preguntas, te lo prometo", dice. Luego se da la vuelta y desaparece en el despacho de la señora Donovan.

Aturdida, me tambaleo hasta el ascensor y pulso el pequeño botón dorado. Mientras espero, miro con expresión inexpresiva el lugar donde Robert estaba hace un momento. Las puertas se deslizan a un lado, entro y pulso el botón que me devuelve al vestíbulo. Nada más cerrarse las puertas, me desplomo en el suelo del ascensor y empiezo a sollozar.

Capítulo 23 ~Robert~

"¿Hawk?".

"Buenas tardes, señor. Soy Al Cameron, del estudio de arquitectura RedSolid".

"Sí, ¿qué quieren?", pregunto.

"Me temo que, después de todo, no podemos proporcionarle fácilmente el equipo de arquitectos que tenemos en mente para el Grand Diamond".

"¿Y eso por qué?", pregunto molesto, frotándome los ojos. ¡Siempre hay algo que sale mal!

"Nos han robado a algunos de nuestros mejores arquitectos y ahora tenemos que reprogramar un poco las cosas. Incluso hemos tenido que cancelar algunos proyectos", explica Cameron.

"De acuerdo. ¿Cuántos arquitectos puedes aportar?", pregunto agotado. Estoy acostumbrado a que me pongan obstáculos, pero esto de Pekín empieza a adquirir proporciones alarmantes.

"Podemos proporcionarle los tres arquitectos que pidió, señor, aunque uno de ellos aún no tiene mucha experiencia. Pero tiene verdadero talento".

"Sí, sí, por mí vale. ¿Hay algo más?", pregunto, echando un vistazo a mi reloj de pulsera. Perder el tiempo con esas nimiedades mientras Jessica me espera empieza a ir claramente a contracorriente.

"Una cosa más. Desgraciadamente, no podemos proporcionar un ayudante para el equipo. Por supuesto, le devolveremos inmediatamente la cantidad correspondiente", dice Cameron en tono de disculpa.

"Eso espero", digo y cuelgo.

Mierda, pienso. Ahora también tengo que encontrar a toda prisa un apoyo para el equipo de arquitectos. Luego se lo paso a Francis y él se encarga. Pero por ahora tengo que ver a Jessica.

Su reacción anterior no fue exactamente lo que yo esperaba. Un abrazo alegre, o al menos una sonrisa, algo así, me había imaginado. Pero aparentemente mi sorpresa fue demasiado para ella. Seguramente se habrá recuperado del susto y se alegrará de verme.

Me enderezo la corbata, compruebo mi reflejo en la puerta de cristal y salgo del despacho de la señora Donovan con paso firme.

Como todavía es temprano, el bar del Langham no está muy concurrido. Jessica y yo nos sentamos uno frente al otro en una mesa del rincón más alejado, ambos aparentemente buscando las palabras adecuadas para poner fin al silencio.

La emoción que sentía antes, cuando esperaba en la planta de dirección a que terminara el turno de Jessica, se ha desvanecido. En su lugar, mi mente está en blanco. Miro a Jessica y no tengo ni idea de qué decir. La forma en la que está sentada, con una pierna cruzada sobre la otra, los brazos cruzados delante del pecho y la mirada baja hacia la mesa vacía, parece intimidante.

Por fin llega el camarero y nos trae las bebidas: un whisky para mí y una tisana para ella. Tengo la ligera sospecha de que quiere evitar acabar borracha en la suite conmigo.

"Brindo por nuestro reencuentro", digo levantando mi copa. "Me alegra mucho verte".

Jessica me dedica una fina sonrisa y sopla sobre su té. "No tenía ni idea de que fueras el nuevo dueño del hotel", dice finalmente.

"La oportunidad era buena", miento. No hace falta que le diga que compré el Langham en un estado de embriaguez y prácticamente sólo gracias a ella.

Jessica se limita a asentir en silencio.

"Estás preciosa, ¿lo sabías?", le digo, y lo digo en serio. Incluso con su ropa de trabajo habitual me parece sencillamente preciosa. La blusa blanca como la nieve se estira sobre sus pechos y la falda negra se ajusta perfectamente a sus curvas.

"Gracias", responde en voz baja, mirando fijamente su taza.

Esto va a ser más difícil de lo que pensaba, pienso y doy un gran sorbo a mi whisky. "¿Por qué no me hablas un poco de ti?", intento cambiar de tema. "Hasta ahora no sé casi nada de ti. Sólo que trabajas aquí y que tienes una compañera de piso llamada Amy".

"¿Te has acordado de eso?", pregunta Jessica, visiblemente sorprendida.

"Claro", respondo. "¿Y?".

"Muy bien, ya que aparentemente eres mi nuevo jefe ahora. Fui a la universidad aquí en Chicago. Primero estudié Derecho, por eso conozco a Amy. Ella estudió derecho, pero a mí no me interesaba, así que dejé la carrera y cambié de especialidad".

"¿Qué estudiaste después?", le pregunto.

"Arquitectura", dice, "y se me daba muy bien. Tuve notas excelentes en los primeros semestres y me elogiaban todos los profesores, pero por desgracia...".

"Espera. ¿Estudiaste arquitectura?", la interrumpo. *¿Cuánta puta suerte se puede tener?*

"Sí, ¿por qué?". Jessica me mira con la misma mirada curiosa que me dirigió la noche de la partida de póquer cuando le pedí que se sentara conmigo.

No puedo reprimir una sonrisa. ¡Realmente encaja a la perfección! Acabo de enterarme de que el ayudante de mi equipo de arquitectos no va a poder trabajar, ¡y entonces esto!

Puedo cubrir la vacante y Jessica consigue un trabajo mejor. Así mato dos pájaros de un tiro y todos contentos. Además, así podría pasar mucho más tiempo con Jessica. Viajaría conmigo a Pekín y estaría conmigo mucho más a menudo. ¿Y quién sabe qué más puede salir de todo esto?

Me obligo a volver al presente y miro a Jessica directamente a los ojos.

"Quiero hacerte una oferta", le digo. "Quiero que me ayudes a construir mi hotel en Pekín".

Capítulo 24 ~Jessica~

Estoy tan sorprendida que casi me atraganto con el té. Toso y balbuceo y dejo la taza medio llena delante de mí. Cuando recupero más o menos la compostura, miro a Robert con incredulidad. Ofrecerme un trabajo así. No puede ser en serio. Disimuladamente, me pellizco el brazo para asegurarme de que no estoy soñando.

"Tendrías un puesto de ayudante y trabajarás principalmente con los arquitectos. No participarías activamente en la configuración del edificio, pero sin duda podrías aprender mucho. Por supuesto, entiendo que quieras pensártelo antes", dice Robert.

Abro la boca para decir algo, pero me quedo sin palabras. Cuando recuperé la compostura después de mi pequeño ataque de nervios en el ascensor, me decidí a contarle a Robert que estoy embarazada. Justo cuando reúno todo mi valor, él me vuelve a hacer tambalear con su oferta.

Necesito un momento para asimilar lo que está pasando.

Esta oferta de trabajo es una oportunidad increíble. Por la oportunidad de presenciar el trabajo en un proyecto así, y sin un título terminado ni experiencia laboral alguna, algunos pasarían seguramente por encima de cadáveres.

Además, el salario sería sin duda mucho mejor que aquí en el Langham. Eso también permitiría mantener al bebé.

Pero ¿y si retira la oferta cuando se entere de lo del bebé?

Ya me lo imagino levantándose con pánico en los ojos, balbuceando algo sobre un gran error y largándose. Como hizo después de nuestra noche juntos.

"¿Por qué?", pregunto finalmente, sin saber exactamente a qué me refiero. Robert tampoco parece estar seguro de qué responder, y me mira ligeramente irritado.

"Quiero decir, primero me dejas tirada después de nuestra noche juntos -que, por cierto, casi me cuesta el trabajo- luego no sé nada de ti durante quince días. ¿De repente apareces aquí, compras el hotel donde trabajo y me ofreces esto? ¿Por qué?". Todo esto sale de repente de mi interior, y es un alivio increíble que por fin se hayan expresado todas estas preguntas.

Por un momento temo haber asustado a Robert con este aluvión de preguntas, pero se limita a sonreírme. Parece aliviado de que haya dicho algo.

"Vale, son muchas preguntas. Pero intentaré responderlas todas", dice. "Siento haberte abandonado. Tuve que marcharme inesperadamente porque hubo problemas en Pekín. No puedo ser más específico al respecto. Pero no pude evitarlo. Y no podía saber que casi pierdes tu trabajo. También lo siento, por supuesto".

"Me presenté a muchos trabajos y me rechazaron en casi todos", le interrumpo. Estoy a punto de llorar otra vez, pero consigo recomponerme. "Y ahora me ofreces un trabajo que ni se me ocurriría solicitar".

"Creo que este trabajo encaja muy bien contigo", dice Robert, reclinándose en su silla. "Y como he dicho, creo que puedes aprender mucho en este proyecto. Además". Hace una pausa y me lanza una mirada penetrante. Conozco esa mirada. La última vez que me miró así fue en la noche de póquer. "Me gustaría tenerte cerca. Esa noche contigo fue realmente especial. Me gustaría repetirlo alguna vez", concluye.

Estoy un poco inquieta. ¿Lo dice en serio? ¿De verdad quiere pasar tiempo conmigo? ¿O sólo quiere darme el trabajo para poder divertirse conmigo?

Robert me mira con dulzura, pero sin ceder. Me siento un poco como una oveja a la que el lobo hambriento está siguiendo el rastro justo antes de devorarla. Mis pensamientos y mi corazón empiezan a acelerarse.

¿Debo aceptar la oferta? ¿Debo contarle lo del bebé? Pierdo el balance un momento y tengo que agarrarme al brazo de la silla para no darme de bruces contra la mesa.

"A mí también me ha parecido una velada grandiosa", digo finalmente. *Grandiosa*, pienso, *qué palabra más estúpida*.

"Sí, podría decirse que sí", dice Robert con una sonrisa divertida. Se inclina un poco hacia delante y baja la voz. "Durante las dos últimas semanas no he dejado de pensar en ti. El hecho de haberme ido tan apresuradamente sin despedirme de ti fue realmente un error. Me gustaría deshacerlo".

No tengo ni idea de cómo responder a eso. La velada fue muy agradable, pero no sé si debería aceptar la oferta. ¿Realmente quiero pasar más tiempo con él? ¿Con un multimillonario cuya mente está siempre en sus negocios? Y si no quiero eso, ¿continuaría ofreciéndome el trabajo?

"Bueno", dice finalmente. "Cambiemos de tema. Piénsalo con calma y avísame cuando lo hayas pensado. Aquí tienes mi tarjeta. Por cierto, siempre puedes ponerte en contacto conmigo".

Cojo su tarjeta de visita, nuestras manos se tocan durante un breve instante. Siento como si mil voltios recorrieran mi cuerpo. En ese segundo, estoy casi segura de que quiero aceptar el trabajo. Y de que quiero dar una segunda oportunidad a las cosas entre Robert y yo. Pero en el fondo de mi mente, las dudas siguen palpitando, impidiéndome gritar "¡sí!" con todas mis fuerzas.

Retiro lentamente la mano con la tarjeta, echando ya de menos su suave tacto. El corazón me late en la garganta mientras guardo la tarjeta con su número en el bolso.

"Un momento. Una cosa a la vez", dice Amy levantando las dos manos. "Todo esto está pasando demasiado rápido para mí. ¿Qué estás *qué*?"

Algunos de los otros comensales del restaurante se vuelven hacia nosotros indignados, pero a Amy, como de costumbre, no parece importarle. Es el cumpleaños de Amy, pero desde que nos sentamos todo ha girado casi exclusivamente en torno a mí.

"Estoy embarazada", digo en voz baja. "Es de Robert".

"Vaya. Y, ¿nos alegramos, o más bien no?", pregunta Amy con cautela.

"Para ser sincera, no tengo ni idea", respondo con sinceridad. "Supongo que depende de cómo reaccione Robert ante la noticia".

"¿Cuándo se lo vas a decir?"

"Ojalá lo supiera", digo. "Y eso nos lleva al siguiente punto. La razón por la que aún no se lo he dicho es la siguiente: me ha ofrecido un trabajo como ayudante en su equipo de arquitectos que diseñan el nuevo hotel de Pekín".

"¡Mierda, Jessica! Eso es increíble. Oh, ¡me alegro tanto por ti!", exclama Amy, levantando su copa de vino. "Después de toda esa mierda, realmente te mereces esto".

"Gracias", digo, brindando con Amy con mi agua. "Pero me temo que si le cuento lo del niño, retirará la oferta".

"Entonces sería el mayor imbécil de la historia", dice Amy, dando un sorbo a su vino. "O al menos el segundo más grande. Jason todavía no se ha puesto en contacto conmigo. Increíble, ¿no? Olvidarse de mi cumpleaños".

De repente me viene a la cabeza todo el asunto de Jason y la zorra del gimnasio. Con toda la

emoción de mi trabajo, todas las solicitudes, el embarazo y Robert, me olvidé por completo de contárselo a Amy. Pero antes de que pueda decir nada, vuelve a cambiar de tema.

"No importa, ahora no quiero hablar de él. Sólo me pone de mal humor", dice. "Entonces, sobre Robert. Si aceptas su oferta, se enterará tarde o temprano de todos modos".

"Si no la acepto, también", digo. "Olvidé mencionarlo: Robert compró el Langham, así que ahora es mi jefe, en cualquier caso".

Amy se atraganta con su Vitello Tonato y tose ruidosamente en la servilleta. "¿Qué?", jadea, "¡Tienes que estar de broma!".

"No, hablo completamente en serio", digo encogiéndome de hombros.

"Es increíble", dice Amy, negando con la cabeza. "Sea como sea, tienes que decírselo".

"Sí, probablemente tengas razón", admito. "Sólo es cuestión de cómo. Y de cuándo. ¿Debería aceptar la oferta primero?".

"Claro", dice Amy con la boca llena. "¿Por qué no?".

"Bueno, ¿no sería un poco injusto con él?", me planteo.

"¿Fue justo que saliera corriendo así después de dejarte embarazada?", replica Amy.

Estoy de acuerdo con ella. Aún no le he perdonado que se fuera sin dejar una nota después de nuestra noche juntos. Pero.

"Pero, ¿y si no quiere saber nada del niño? Mi trabajo sería un infierno. Lo vería casi todos los días. No podría soportar eso en mi vida", digo, enterrando la cara entre las manos. "¿Qué voy a hacer?".

"Oye, todo irá bien. Ya se nos ocurrirá algo", dice Amy, dándome una palmadita en el brazo. "Ahora, come algo ya. Tu ensalada va a empezar a compostarse pronto si no empiezas a tocarla".

Desganada, pico mi pequeña ensalada mixta con el tenedor. Si no consigo comerla, ¿qué va a pasar con la pizza que he pedido?

"Vamos", me insta Amy. "¡Necesitas energía!".

De mala gana, doy un pequeño mordisco y mastico la hoja de lechuga. El aliño no está nada mal.

De repente, me invade un hambre impresionante y empiezo a meterme la ensalada obsesivamente. Cuando el plato está vacío, empiezo a comer el pan blanco que hay en una pequeña cesta en el centro de nuestra mesa.

Mientras utilizo el pan para absorber el resto del aliño y lo engullo con avidez, Amy me observa con los ojos muy abiertos. Con los ojos desorbitados, capto su mirada. Permanecemos en silencio durante un segundo antes de que ambas empecemos a reír a carcajadas.

Capítulo 25 ~Jessica~

La luz de las farolas proyecta un resplandor amarillento sobre la acera por la que Amy y yo volvemos a casa tambaleándonos, cacareando sin sentido. A diferencia de ella, yo estoy completamente sobria, pero su naturaleza exuberante es simplemente contagiosa. Así que paso la noche con ella como si estuviera tan borracha como ella.

Todavía estoy un poco preocupada por el comentario de Amy. Jason todavía no se ha puesto en contacto con ella para felicitarla, y durante toda la noche he tenido la impresión de que Amy intenta ahogar sus penas en alcohol.

Tendré que decírselo en algún momento, eso está claro. Jason finalmente ha perdido la cabeza. Pero de momento Amy está de demasiado buen humor como para bajarle ahora a la tierra con una historia sobre su novio infiel.

Al girar en nuestra calle, Amy me coge de la mano y empieza a darme vueltas en círculos.

"Heyyy", grito, riéndome por la sorpresa. "¿Qué haces?"

"Jessica, eres la mejor amiga del mundo", murmura Amy. "Me alegro tanto por ti de que por fin hayas conocido a un tío estupendo que además te ha conseguido un trabajo muy guay. Te dije que todo iría bien. ¿Te acuerdas?"

"Ya, cálmate", suelto una risita. "Todavía no he aceptado el trabajo y Robert aún no sabe lo del bebé. Las cosas aún pueden salir terriblemente mal. Y tal y como veo mi suerte, así será", digo cabizbaja.

Amy deja de darme vueltas y me mira seria. Al menos intenta parecer seria, pero no lo consigue por culpa del alcohol.

"Escucha", me dice, "el destino te ha dado una oportunidad única en la vida. Ahora está en tus manos. Yo digo que aceptes el trabajo e intentes llevarte toda la experiencia que puedas. Y cuando tengas a Robert tan agarrado que no quiera dejarte ir, suelta la bomba. Una vez que se dé cuenta de que no sólo eres una granada en la cama, sino también en el calendario, o lo que sea que hagas como asistente, entonces no te despedirá. Se considerará afortunado, tu padre, quiero decir, el hijo de su padre, mierda, he bebido demasiado, ¿verdad?", berrea Amy, y las dos caemos de rodillas riendo.

Cuando hemos recuperado la compostura y he usado todas mis fuerzas para volver a levantar a Amy sobre sus tambaleantes piernas, una limusina negra se detiene de repente a nuestro lado. La ventanilla del pasajero se abre y un hombre estirado saca la cabeza.

"¿Jessica Collins?", pregunta.

"¿Sí?", pregunto, desconcertada.

"Robert Hawk desea verla en su apartamento. ¿Acepta su invitación?"

Un tanto atónita, me quedo mirando el coche de lujo, que parece completamente fuera de lugar en este barrio. Amy me da un puñetazo en el hombro y suelta un sonoro "¡Boah!".

"Un momento, ¿quieres?", le digo y tiro de Amy unos metros más adelante para que podamos hablar sin ser molestadas.

"¿Qué demonios se supone que tengo que hacer ahora?", pregunto aterrada.

"¿Qué clase de pregunta es esa?", dice Amy con los ojos brillantes. "Mete tu dulce culo en esa limusina ahora mismo, que te lleven en chófer hasta tu príncipe azul y métete en la cama con él. ¿A qué esperas?"

"Amy, estoy embarazada", susurro.

"Es verdad". Amy se encoge de hombros. "No puedes estar más embarazada que eso, ¿verdad?".

Cuando tiene razón, tiene razón, pienso. Me muerdo nerviosamente el labio inferior y miro a mi alrededor en busca de la limusina. El conductor golpea impaciente el volante con los dedos.

"Vamos. Date el gusto de divertirme. Y esta vez no tienes que trabajar mañana, ¿qué más da?".

"¿Y qué hay de ti?", le pregunto a Amy.

"¿Y qué hay de mí? Estaré bien. Ya casi estamos en casa. Vamos!", dice ella, empujándose hacia la limusina.

"¿Estás segura?".

"Nunca he estado tan segura en mi vida".

"Realmente no sé si debería".

"Mi deseo de cumpleaños para ti es que subas a este coche ahora mismo y dejes que tu rico amante te envuelva alrededor suyo", me insta Amy.

"Vale, vale, me voy", me río y subo al coche. Amy cierra la puerta y me sigue con la mano mientras la limusina se aleja y desaparece en la oscuridad.

Media hora más tarde, el coche se detiene frente a un moderno edificio de apartamentos a orillas del río. El skyline de Chicago se refleja en la fachada de cristal.

El chófer se baja y da una vuelta alrededor del coche para abrirme la puerta. "Aquí está, señorita Collins", dice señalando la entrada del edificio. "Dígale al portero que tiene una cita con el Sr. Hawk. Él la dejará entrar".

Nerviosa, salgo del asiento trasero y planto los pies en la acera. Antes de entrar, veo cómo el conductor rodea su coche, demasiado largo, sube y se marcha. Las luces traseras de la limusina se alejan y finalmente desaparecen al doblar la siguiente esquina.

Estoy sola.

Dejo que mi mirada recorra la fachada y siento que se me acelera el corazón. *Vale*, pienso, *estoy aquí. Esto está ocurriendo de verdad*. Respiro hondo y camino con pasos vacilantes hacia la entrada del edificio de apartamentos.

El portero, sentado tras un pequeño escritorio en la esquina del vestíbulo, me mira atentamente, se endereza y se ajusta las gafas. "Buenas noches, señorita, me saluda. "¿Puedo ayudarle?".

"Me llamo Jessica Collins. Tengo una cita con el señor Robert Hawk", le digo.

El portero saca un pesado libro de uno de los cajones de su escritorio y empieza a hojearlo. "¡Ah, sí! Aquí tiene. Jessica Collins", dice y me sonríe. Le devuelvo la sonrisa. Estoy a punto de dirigirme a los ascensores que ya he visto al fondo del vestíbulo, pero el portero me vuelve a llamar.

"Señorita Collins. Estos ascensores no le serán de mucha utilidad. El apartamento del Sr. Hawk está en el último piso y tiene un ascensor privado. Se encuentra aquí, detrás de esta discreta puerta".

Miro con asombro la dirección que señala el portero. En efecto, justo al lado de su escritorio hay una puerta que se funde perfectamente con la pared del vestíbulo. Sólo los finos contornos sugieren que allí hay un pasadizo.

El portero pulsa un pequeño botón en su escritorio y la puerta se abre silenciosamente. "Me alegro cada vez que puedo hacer esto", dice el portero con una sonrisa alegre. Le devuelvo la

sonrisa y entro en el ascensor. Vuelve a pulsar el botón, la puerta se cierra y el ascensor se pone en marcha.

Unos instantes después, la puerta del ascensor se abre de nuevo, dejando ver un espacioso loft elegantemente amueblado. Por un momento, se me corta la respiración. Sé, por supuesto, que Robert está forrado, pero la visión me sobrecoge.

Salgo vacilante del ascensor y dejo que mis ojos recorran el apartamento. Impresionantes obras de arte cuelgan de las paredes, los muebles parecen increíblemente caros y a la vez muy cómodos. A través de las ventanas que van del suelo al techo ya puedo adivinar la cautivadora vista que se debe tener desde aquí.

"Ya estás aquí. Me alegro de que hayas venido". Robert sale de detrás de una pared empotrada que parece separar el salón de la cocina. Lleva pantalones de lino y una camisa medio abierta que deja ver sus pectorales.

"Hola", digo, inmediatamente molesta por sonar como una colegiala tímida.

"Entonces, ¿te gusta?", pregunta Robert, haciendo un gesto de barrido con la mano.

"Sí, es realmente... ¡vaya!", digo y me aventuro cautelosamente hacia el centro de la habitación.

Robert sonrío satisfecho. "Ven, quiero enseñarte algo", me dice.

Le sigo hasta la cristalera y salgo a la terraza de la azotea, que es mucho más grande que la del Langham, e incluso tiene su propia piscina. Justo al lado hay unos sofás alrededor de una mesa redonda con dos copas y una pequeña hoguera crepitando en un cuenco de fuego en el centro.

"Vaya", digo y dejo vagar mi mirada por el increíble panorama de la ciudad. A diferencia de la calle, aquí arriba el aire huele fresco y dulce. Como si aquí fuera primavera todo el año.

Robert se tumba en uno de los sofás y golpea el asiento de al lado con la palma de la mano. "Vamos. No muerdo".

"¿Eso es un daiquiri de fresa?", pregunto, echando un vistazo a uno de los vasos mientras me siento a su lado. Es la misma bebida que tomé en la partida de póquer antes de acabar juntos en la cama.

"Así es", dice, brindando conmigo con el otro vaso, que parece tener whisky. "Se me ha ocurrido que en realidad no hemos celebrado en absoluto nuestro reencuentro. Por eso quiero compensártelo".

Mierda, pienso, ¿qué voy a hacer ahora? Con el bebé en la barriga, no puedo beberme un cóctel ahora. ¡Piensa en algo, Jessica!

"No se me permite beber nada en este momento, por desgracia. Así que nada de alcohol", miento rápidamente. "No se puede mezclar con mi medicación".

"Oh, no lo sabía", dice Robert, dejando su vaso en el suelo. "¿Qué tipo de medicación tomas?"

¡Qué buena pregunta!

"Para el dolor de espalda. Sí. Todo eso de estar de pie detrás del mostrador de recepción es muy duro para la columna vertebral, ya sabes".

"Oh, entiendo", dice Robert. Por dentro me felicito por esta excusa perfecta. "Entonces tienes una razón más para aceptar mi oferta. No tendrías que estar de pie todo el día".

No quiero enredarme más en mi mentira piadosa, así que aprovecho para aceptar agradecida el cambio de tema. "Bueno. En cuanto a eso, quería preguntarte cuáles serían exactamente mis funciones", pregunto inocentemente.

"Me gustaría contártelo, pero antes te prepararé una bebida sin alcohol. No quiero que te mueras de sed aquí", dice Robert con un guiño. Luego coge el vaso con el daiquiri de fresa y se dirige a la piscina.

Mientras él está ocupado dentro, dejo que mi mirada se pasee deliberadamente por la azotea una vez más. Las plantas esparcidas por todas partes dan a este lugar en medio de la ciudad un aire casi tropical. La piscina brilla tentadora, el fuego frente a mí parpadea suavemente al viento. Sólo ahora me doy cuenta de que una música suave viene de algún sitio. Los suaves sonidos de jazz se mezclan tan perfectamente con el sonido del viento que parecen tan naturales como el pío de los pájaros en el bosque o el sonido del mar en la playa.

Mientras dejo que este relajante oasis sobre los tejados de la metrópolis haga efecto en mí, mis pensamientos vuelven a la oferta de Robert. Es tan tentadora, casi demasiado buena para ser verdad, y en realidad no tengo que hacer más que decir "sí". Pero las dudas siguen ahí. ¿Y si Robert sólo quiere tenerme con él, divertirse conmigo cuando le convenga? ¿Me ofrecería también el trabajo si supiera de mi embarazo? Esta incertidumbre casi me vuelve loca.

En mi cabeza oigo la voz de Amy empujándome una y otra vez a los brazos de Robert. Hasta ahora siempre ha tenido razón, pero aun así...

Poco después, Robert vuelve a salir del desván, se dirige hacia mí sonriendo ampliamente y me tiende una bebida exactamente igual al daiquiri de fresa que acaba de llevarse. "La misma bebida, sólo que sin las cosas del demonio maligno", me dice, guiñándome un ojo conspiradoramente.

Doy un sorbo vacilante y el sabor intenso de la fresa me llena la boca. El hielo picado se desliza por mi garganta y me hace estremecer por un momento. "Tío, está realmente delicioso", admito.

Robert reconoce mi cumplido con una sonrisa de satisfacción. "Bueno, sobre tu trabajo. En realidad, no te he invitado aquí para hablarte de trabajo, pero desde luego no está de más ilustrarte un poco mejor". Da un sorbo a su whisky y me mira escrutadoramente. Tensa, espero a que continúe, pero se limita a sonreír.

"¿Qué pasa?", le pregunto asombrada.

"Oh, nada", dice, haciéndome un gesto para que me vaya. "Sólo me alegro de que estés aquí". Me mira con una expresión que casi hace que me derrita. "En fin, ayudarías en el trabajo a los tres arquitectos superiores que he elegido para construir el hotel Grand Diamond. Gestionarías sus horarios, te asegurarías de que tengan todos los materiales que necesitan en todo momento, ese tipo de cosas. Y, por supuesto, también volarás a Pekín con ellos".

Casi me atraganto con el refresco al oír la última frase. "¿En serio?", pregunto con los ojos muy abiertos.

"Pues claro, ¿qué te parece? Estoy seguro de que te encantará Pekín. Esa ciudad es casi tan bonita como tú", dice Robert, sonriéndome.

Otra vez esa mirada. Empiezo a creer que habla en serio. Intento aguantar su mirada y leer en sus ojos lo que realmente quiere de mí. Por muy cálida y amable que sea su sonrisa, también es inescrutable.

"Como te he dicho, no te he invitado aquí para hablarte de trabajo", Robert cambia de tema, apartándose un mechón de pelo de la cara con la mano. El tacto y su olor me nublan la mente.

"Y, ¿por qué me has invitado entonces?", pregunto, aunque ya sé la respuesta. El aire entre nosotros empieza a vibrar notablemente. Una fuerza invisible me empuja cada vez con más fuerza en su dirección. No puedo precisarlo, pero estar cerca de Robert me hace sentir

increíblemente cómoda y segura. Algo en mí quiere quedarse con él para siempre, aquí, en esta terraza, a la suave luz del fuego.

Robert me mira. El resplandor del fuego se refleja en sus ojos. Una ligera brisa recorre la azotea y hace que las llamas se enciendan.

"No podía estar más tiempo sin ti", susurra.

Como por arte de magia, nuestras bocas se acercan lentamente. Como si una fuerza sobrenatural moviera los hilos a los que no puedo resistirme. Cuando por fin nuestros labios se encuentran, estalla en mi cabeza un fuego artificial que eclipsa todos los miedos y el estrés de los últimos días.

Capítulo 26 ~Robert~

El beso parece disipar todas las dudas por un momento, y todo se siente fresco y excitante. Como hace quince días. El sabor a fresa sigue en sus labios. Por un instante, vuelve a separarse de mí y me mira a los ojos escrutadoramente, como si quisiera pedirme permiso para continuar.

Vuelvo a acercarla a mí y continúo besándola. Mientras nuestras lenguas juegan, le pongo la mano en la cadera y la atraigo ligeramente hacia mí. Siento los latidos de su corazón, su respiración es cada vez más rápida e irradia un calor increíble.

Este momento es perfecto. Cuando envié a Francis a recogerla, casi esperaba que rechazara la invitación, pero al parecer también está interesada en darle una segunda oportunidad a esto que hay entre nosotros.

Me cuestiono un poco a mí mismo, porque normalmente un beso es sólo el comienzo de una noche caliente para mí. Sólo un pistoletazo de salida para una diversión desenfrenada que nunca queda en el aire más que unos segundos antes de que las primeras prendas de ropa se deslicen por el suelo. Pero con Jessica es diferente. Podría sentarme en ese sofá con ella toda la noche, disfrutando del calor del verano y simplemente besarla.

La rodeo con un brazo, le agarro las nalgas con el otro, me levanto y ella suelta un sorprendido "¡Oh!". La llevo al desván, donde la dejo suavemente en el sofá. Me mira con ojos expectantes.

"No queremos que cojas frío", le digo guiñándole un ojo. Me inclino lentamente hacia ella y vuelvo a besarla apasionadamente. Mientras, recorro con mis manos sus curvas maravillosamente femeninas. No puedo resistirme más. En mis pantalones, mi polla empieza a erizarse y siento que Jessica tampoco puede resistir mucho más a la tentación. La siento igual que hace quince días.

Cojo el dobladillo de su blusa y se lo subo. Sin vacilar, Jessica levanta los brazos y, al segundo siguiente, el primer trozo de tela cae al suelo. A continuación me ocupo de sus vaqueros, que también caen al rincón poco después. Jessica y yo no tardamos en tumbarnos casi desnudos en el sofá, acariciándonos la piel con las yemas de los dedos.

Es bueno tomárselo con calma para variar, disfrutar conscientemente de cada momento y dejar que la excitación alcance alturas inconmensurables.

Dejo que mi mano descienda entre sus hermosos pechos, sobre su vientre, hasta que finalmente desaparece dentro de sus bragas. Con cuidado, empiezo a acariciar sus labios vaginales. Ella cierra los ojos y su respiración se acelera. Su abdomen brilla literalmente de placer y su pelvis sigue los movimientos de mi mano. Todo su cuerpo empieza a retorcerse debajo de mí y cada vez que la penetro con los dedos, emite un gemido bajo.

"Te deseo, Jessica", susurro, y le meto dos dedos en el coño húmedo mientras le amaso los pechos con el otro.

"¡Ay!", jadea. "Por favor, ten cuidado con mis pechos, están un poco sensibles en este momento".

"Lo intentaré", digo, enderezándome. "¡Vamos, date la vuelta!".

Jessica se arrodilla y levanta el culo hacia mí. Le cojo las bragas y se las bajo lentamente. Su coño ya está mojado y brilla prometedoramente. Mi polla se pone aún más dura. Me quito los calzoncillos, la agarro por la cadera, la atraigo ligeramente hacia mí y dejo que mi polla se

introduzca en su cálido y estrecho coño. ¡Dios, qué bien se siente! Su suave trasero presiona suavemente contra mi pelvis y Jessica gime con fuerza.

Poco a poco dejo que mi polla vuelva a entrar y salir. Mientras lo hago, masajeo el culo caliente de Jessica, separo sus nalgas y le doy una palmada. Se agarra al respaldo del sofá con sus delicadas manos mientras me la follo cada vez más deprisa.

"Dios, Jessica. Eres perfecta", gimo. Estoy a punto de correrme y noto que ella también está al borde del orgasmo. Parece vibrar y su cuerpo se agita. Sus gemidos son cada vez más fuertes y se convierten en un largo grito de lujuria.

"¡Oh, Dios! Aaaahh!", gime, echando la cabeza hacia atrás. "¡Sigue! Un poco más!".

Agarro a Jessica por la cintura y el hombro y me la follo tan fuerte como puedo. Todo su cuerpo se retuerce y un último y prolongado "¡Aaaaaah!" sale de su boca mientras empujo mi polla tan profundo como puedo dentro de ella y me corro.

Nos quedamos así unos segundos, entrelazados, respirando agitadamente y yo aún dentro de ella. "Ha sido increíble. Incluso mejor que la última vez", jadea.

Cuando Jessica y yo nos hemos refrescado, volvemos a sentarnos en la terraza y disfrutamos de la suave noche de verano. Antes estábamos sentados aquí como dos extraños, ninguno de los dos sabía realmente cómo afrontar la situación. Ahora, sin embargo, Jessica está sentada cerca de mí con las piernas recogidas y tiene la cabeza apoyada en mi hombro mientras yo le acaricio la espalda, ensimismado.

De algún modo, me parece bien que nos relajemos juntos después del sexo. Primero tonteamos un poco, luego hablamos animadamente de todo tipo de cosas durante probablemente media hora, y ahora estamos en silencio. Es un silencio cómodo y satisfecho, muy diferente del tenso silencio que reinaba entre nosotros en el bar del Langham.

Al cabo de un rato, Jessica levanta la cabeza y me mira con los ojos muy abiertos, como si hubiera estado pensando en algo todo este tiempo y ahora hubiera llegado a una conclusión. "¿Robert? ¿Sabes qué? Aceptaré tu oferta".

"Una sabia decisión", le digo sonriéndole. "Estoy seguro de que aprenderás mucho. Y seguro que también aprenderás un poco de arquitectura".

"Ja, ja, muy gracioso", dice, pero aún así suelta una risita.

"Yo diría que es un brindis", digo, poniéndome de pie. "Para mi suerte, tengo champán sin alcohol ahí. No me preguntes por qué. Mi ayudante Francis se ha encargado de la compra. Vuelvo enseguida".

Rodeo la piscina y me detengo en la puerta una vez más para mirar a Jessica, que ha echado la cabeza hacia atrás y mira el cielo estrellado.

De repente suena mi móvil. De mala gana, quito los ojos de Jessica y paso por el umbral antes de contestar.

"Sí, ¿qué pasa?", pregunto.

"Señor, acabo de recibir una llamada de Pekín. Las autoridades de construcción han expresado objeciones al diseño. Dicen que la construcción no puede seguir adelante tal y como está".

Gruño molesto. "¿Qué pasa esta vez? ¿No les gusta el color de los tiradores de las puertas? ¿Las ventanas son demasiado transparentes? ¿Qué tontería se les ha ocurrido a esos tontos esta vez?".

"Es la ingeniería estructural, señor, no lo sé exactamente, pero supongo que hay ciertas normas que hay que cumplir con el diseño".

"Sí, entiendo", le interrumpo. *Maldito aguafiestas*. "Prepara todo para el despegue. Quiero ver por mí mismo si nuestro diseño es realmente tan defectuoso como afirman esos secos imbéciles burocráticos".

"Por supuesto, señor. ¿Cuándo quiere que despegue el avión?".

Calculo mentalmente el tiempo que me llevará hacer la maleta y conducir hasta el aeropuerto. "En dos horas", digo. Pero entonces tengo que pensar en Jessica. No me gustaría terminar la velada en este punto. Y unas horas realmente no importan. "Mentira. ¿sabes qué? Mañana por la mañana estará bien. A las nueve, sé puntual", digo y cuelgo.

Capítulo 27 ~Robert~

Al día siguiente.

El bajo zumbido de los motores de mi jet privado se mezcla con el punzante dolor de cabeza que me atormenta desde la llamada de Francis anoche. Miro fijamente por la ventanilla las nubes que pasan por debajo de mí y pienso en quién puede estar detrás de todo esto.

Primero el asunto de los materiales de construcción, luego el dinero desaparecido, los arquitectos cazados furtivamente y ahora la autoridad constructora. Estoy seguro de que no es una coincidencia. Alguien no me quiere en Pekín, eso seguro. Pero no me detendrán tan fácilmente. Si supiera a quién tengo que agradecer todos estos problemas.

Esta mañana, de camino al aeropuerto, hablé con el equipo que ideó el diseño y comprobé su viabilidad. Me aseguraron que la construcción propuesta cumplía todas las normativas nacionales y locales. Nadie puede explicar exactamente por qué fue rechazado por la autoridad de construcción de Pekín.

Cuanto más pienso en quién podría estar interesado en joderme, más cristaliza en mi mente un solo nombre: Gordon Simmons.

Ese imbécil arrogante al que avergoncé delante de todos en la partida de póquer en el Langham porque no se comportaba como un adulto. ¿Era ésta la "secuela" con la que me amenazó después de que le hubiera quitado cincuenta millones de dólares?

Como heredero de una de las aerolíneas más grandes del mundo, tiene grandes sumas de dinero y muchos contactos en el sector hotelero. Seguramente también tiene un pie en la puerta con las empresas constructoras y las autoridades.

La pregunta es: ¿qué gana Gordon fastidiándome de esta manera? Para mover todos estos hilos, debe haber hecho un esfuerzo enorme y sobornado a mucha gente. Todo parece un poco excesivo para una acción de venganza por una partida de póquer perdida.

Por otra parte, Gordon Simmons tampoco es una persona especialmente racional. Su padre le ha malcriado, claramente. Si no consigue lo que quiere, el mundo entero siente su ira. En ese sentido, sigue siendo un niño desafiante.

Saco mi teléfono y busco el contacto de Percy. Me interesa saber qué piensa de esto. Aunque sea un idiota cachondo y fiestero, de vez en cuando tiene ideas muy inteligentes, sobre todo cuando se trata de conspiraciones e intrigas como esta. Pulso el auricular de llamada y espero no pillarle en plena orgía.

"¡Hola, Robby!", me dice. "¿Qué tal?".

"Hola, Percy. ¿Interrumpo algo?".

"Sí, no, está bien. ¿Qué pasa?", pregunta secamente.

"¿Has sabido algo de Gordon Simmons últimamente?".

"No, ¿Por qué?".

Me sorprende su brusquedad. Normalmente Percy es una catarata al teléfono, y a menudo soy yo quien tiene que apartarlo cuando no para de hablar.

"La construcción en Pekín está causando más problemas de los que pensaba, y va tan despacio que tengo la ligera sospecha de que él podría tener algo que ver".

"¿Ah, sí? ¿Te refieres a Chicago?", pregunta. De repente parece mucho más interesado en lo

que estoy diciendo. "Podría ser, por supuesto. ¿Su tío no es dueño de algo en Pekín? ¿Una cadena de restaurantes o algo así?".

"No, eso era en Tokio", le digo.

"Ah, claro". Percy parece un poco decepcionado de que su primera idea no haya sido tan acertada. "Bueno, preguntaré por ahí. Quizá averigüe algo".

"Genial, gracias", digo. Los numerosos "amigos" de Percy podrían ser de gran ayuda. Si quiero averiguar quién mueve los hilos en toda esta mierda, no puedo eludir los contactos influyentes.

"Está bien", dice Percy. "Tengo que irme, también. Te avisaré si me entero de algo, ¿sí? Muy bien, ¡ciao!".

Click.

Un poco irritado por haber sido rechazado así por Percy, vuelvo a guardar el teléfono. Un pequeño rayo de esperanza, después de todo. Con su ayuda, estoy seguro de que pronto descubriré quién sigue poniéndome obstáculos. Sea quien sea, lo pagará caro.

"Sólo quiero saber por qué no quieres aprobar el borrador", le digo con voz tranquila. Controlarme así me cuesta mucho. Me encantaría reducir a escombros la mesa del funcionario con mis propias manos, pero eso no me llevará a ninguna parte. Al contrario.

"Como ya le he dicho a su ayudante, hay algunos problemas con la estática", empieza, pero le corto.

"¡Tonterías! Pago a los arquitectos y expertos en derecho de la construcción más competentes que pueda encontrar. La estática es absolutamente impecable. Muéstrame el fallo exacto, ¡vamos!".

"No es tan simple, Sr. Hawk. Hay cálculos muy complicados", insiste. Puedo sentir la ira burbujeando en mi interior como lava al rojo vivo. "Y luego están los materiales utilizados para los cimientos".

"¡Los elegimos EXPLÍCITAMENTE POR INSTRUCCIÓN SUYA!", bramo. Durante una fracción de segundo, una pequeña sonrisa se dibuja en las comisuras de los labios del funcionario. *Mierda, pienso, ahora me tiene justo donde quería.*

"No voy a discutir esto con usted de forma tan agresiva, señor Hawk. Por favor, abandone mi despacho. Vuelva cuando se haya calmado. Que tenga un buen día".

Atónito, lo miro fijamente. Qué arrogante. ¿Quién se cree que es? No es más que un pequeño engranaje de un aparato administrativo aburrido, gris y conservador, y sin embargo se las arregla para ponerme contra la pared de esa manera y llevarse la palma al final. Frustrado y con la cara colorada, salgo de su despacho y del feo edificio del Departamento de Obras Públicas de Pekín, subo al coche que le alquilé a Francis y conduzco de vuelta al hotel Pan Pacific.

Una vez allí, cruzo el vestíbulo con pasos rápidos cuando de repente oigo una voz familiar detrás de mí.

"Sabía que te encontraría aquí".

Me doy la vuelta y veo la estúpida sonrisa de Percy frente a mí. "¿Qué. Qué haces aquí?", pregunto asombrado.

"Quería darte una sorpresa", responde Percy encogiéndose de hombros. "Y por la expresión de tu cara, lo he conseguido".

"¿Cómo sabías que estaba aquí?", pregunto.

"Oh, vamos. Este es el único hotel de la ciudad que puede estar a tu altura", responde Percy,

haciendo un gesto de barrido por el fastuoso vestíbulo. Tengo que darle la razón, al menos hasta que el Grand Diamond esté en funcionamiento.

"También he comprobado con Francis que no tienes más citas hoy. Así que no intentes salirte con la tuya", dice Percy. Me agarra del brazo y tira de mí hacia los ascensores.

"¿Salirte con la tuya de qué?", pregunto irritado.

"Hiciste un juramento, ¿recuerdas? Hoy es el día en que hacemos bailar a las marionetas. No me importa si tienes otras cosas en la cabeza. Siempre las has tenido. Pero ahora eres mío, ¡y no quiero oírte replicar!".

"Um, ¿de acuerdo?", digo. "Entonces, ¿qué vamos a hacer?".

"Deja que te sorprenda", dice Percy mientras me introduce en el ascensor y pulsa el botón de la planta superior.

"Bueno, si es necesario. Sólo necesito, ¡Ah, mierda!", maldigo, mirando mi teléfono. La batería está casi agotada.

"De todas formas, no la necesitas", dice Percy, mirando por encima de mi hombro mi teléfono, cuyo símbolo de batería ya parpadea en rojo. Poco después se apaga. Percy me da una palmada en el hombro. "Quizá sea mejor así. Así no podrás escabullirte espontáneamente".

Cuando llegamos arriba, Percy abre la puerta de la escalera de incendios y se apresura a subir al tejado, donde nos espera un helicóptero.

"¿Qué demonios estás haciendo?", grito contra el ruido procedente de las palas del rotor. El viento provocado por la máquina probablemente arrancaría del tejado a una persona más delgada. Percy no oye mi pregunta a través del ruido, o simplemente me ignora.

Subimos al helicóptero, nos ponemos los auriculares y el aparato despegue, planeando desde el tejado del hotel sobre la ciudad.

"¿Adónde volamos?", pregunto, pero Percy sólo responde con una sonrisa reservada. "Vamos. Me he subido a este puto helicóptero contigo y, de todas formas, ya no puedo volver atrás". Lanzo una mirada por la ventanilla lateral. Al parecer, ahora mismo estamos volando hacia las afueras de la ciudad. "¿Por qué nos vamos de la ciudad, Percy?".

"Vale, aguafiestas, te diré hacia dónde volamos. Toma, ¡bebe ya!". Percy me tiende una petaca. La cojo con desconfianza.

"¿Qué contiene?".

"Tranquilo, sólo es ginebra", dice Percy.

Desenrosco la tapa y bebo un buen trago.

Percy asiente satisfecho y continúa: "Como seguro sabes, en China hay muchas ciudades fantasma. Se construyeron sobre la tierra en algún momento del siglo pasado para alojar a los trabajadores que extraían material o talaban los bosques cercanos a estas ciudades".

"Sí, lo sé. ¿Y?", pregunto.

"Se está celebrando una gran rave en una de estas ciudades fantasma", anuncia Percy, con los ojos brillantes. "No has visto nada igual en tu vida. Una locura absoluta, te digo. Toda una pequeña ciudad celebrando una gran fiesta. Y las zorras de allí están tan buenas que casi te arrancan la ropa en cuanto llegas".

No puedo evitar pensar en Jessica. Estoy seguro de que no le haría mucha gracia esta fiesta. Pero me guardo mis pensamientos, después de todo, ya dejé plantado a Percy una vez por su culpa. *Además, no le debo una explicación, creo. Sólo estamos teniendo una aventura. Todavía puedo divertirme con quien quiera.*

"¡Oh, ya casi hemos llegado!", exclama Percy.

Efectivamente, estamos deslizándonos por una vasta extensión de bosque hacia un pueblecito de aspecto ruinoso, que parece bullir de gente. Luces de colores parpadean entre las casas parcialmente derruidas. Poco después, el helicóptero aterriza.

"Esto te va a gustar. Te lo prometo. Además", Percy saca un cofre dorado y me lo tiende. Le miro inquisitivamente. "Me lo ha traído Francis", dice. "No seas muy duro con él. No le dejé otra opción. Ahora toma uno. Un juramento es un juramento".

Aunque en realidad preferiría prescindir de las drogas, Percy tiene razón, se lo prometí. Y si quiero que pregunte por mí y averigüe quién está detrás de los ataques a la construcción, será mejor que siga sus reglas, o al menos que lo finja.

Saco uno de los dos "caramelos" y me lo meto en la boca. El sabor agrisado me trae viejos recuerdos de la época universitaria. Con fingida euforia, salgo del helicóptero e inmediatamente me veo rodeado por cuatro tías buenas con poca ropa.

"Este es el tipo elegante del que te hablé", oigo decir a Percy antes de llevarse un caramelo a la boca. "Asegúrate de que se lo pase bien, ¿quieres?".

La mirada de Percy se vuelve de repente suave y soñadora. La droga lo ha desconectado por completo y apenas es consciente de todo lo que está ocurriendo. Aprovecho y vuelvo a escupir mi caramelo y alejo a las zorras de mí.

¿*Qué me pasa?*, pienso. Hace unas semanas no me habría comportado así. Habría elegido a una o dos de la manada y las habría seducido siguiendo todas las reglas del arte. Las habría trabajado muy duro. Y tampoco habría dicho que no al dulce. Al fin y al cabo, fue idea mía conseguir esas cosas en Chicago. Pero las cosas han cambiado desde entonces. En mi mente veo a Jessica caminando lentamente hacia mí, sonriéndome de esa forma tan especial que sólo ella sabe hacer.

"Lo siento, chicas. Hoy no", digo y vuelvo a subir valientemente al helicóptero. "Sácame de aquí, ¿vale?", grito al oído del piloto. "Yo también pagaré como es debido, no te preocupes".

Capítulo 28 ~Jessica~

Según el reloj del microondas, son poco más de las seis de la mañana. Llevo despierta más de una hora y cada vez estoy más nerviosa. También he vuelto a ser sonámbula durante la noche, lo que empieza a ser un problema serio. La tostada de mi plato, de la que sólo he mordisqueado una esquina, ya está fría y grasienta.

Hoy es mi primer día como ayudante en el equipo de arquitectura de Robert, cuya oficina se encuentra afortunadamente aquí, en Chicago. De hecho, ahora tengo un trayecto más corto al trabajo que al Langham. Además, el sueldo que me paga Robert por este puesto es bastante superior al que ganaba en el hotel. Cuando me dijo mi salario por hora, le pregunté si era la cantidad que ganaba al día, y se echó a reír.

Así que no tengo motivos para quejarme, pero estoy muy tensa.

Cuando Robert se marchó de nuevo a Pekín, me fui corriendo a casa y saqué mis apuntes de la universidad. Hasta altas horas de la noche leí todo lo que anoté en los primeros semestres de mis estudios de arquitectura, pero sigo teniendo la sensación de no estar en absoluto preparada. Y eso a pesar del hecho de que probablemente me limitaré a hacer café y afilar lápices, en todo caso.

Desde esta mañana, mis pensamientos están girando en torno a este nuevo trabajo. La cuestión de cómo voy a afrontarlo se cierne como una nube oscura sobre mi cabeza. Voy a trabajar en una sala con algunos de los mejores arquitectos del país. Que tarde o temprano haga el ridículo en un entorno así es sólo cuestión de tiempo.

Y sin embargo, lo que Robert ha hecho por mí es realmente increíble. No tengo ni idea de lo que he hecho para merecer esta oportunidad. Debo importarle mucho para confiarme un puesto así.

La noche con él fue increíblemente hermosa. Claro, el sexo fue impresionante, pero también fue increíblemente dulce, atento y complaciente. Podría haber estado sentada con él en la terraza durante días mirando las estrellas. Fue simplemente perfecto.

Por otro lado, me preocupa que no se haya puesto en contacto conmigo desde que se fue. No estoy segura de si soy sólo una aventura para él o si también espera algo más. Anoche todo seguía pareciendo tan perfecto, como si nada en el mundo pudiera separarnos. Pero ahora...

Por supuesto, él todavía no sabe que estoy embarazada. Contárselo todo. Aún no estoy preparada para eso. ¿Y si me deja y no vuelve a ponerse en contacto conmigo? ¿Realmente haría eso? Tal vez no. No tengo ni idea.

Sacudo la cabeza y ahuyento los pensamientos negativos. Probablemente no se ponga en contacto conmigo porque está muy ocupado.

Decido que ya es hora de irme, aunque en realidad no tengo que irme hasta dentro de una hora. Pero ya no aguanto más aquí. Tengo la sensación de que un aura de fracaso persigue este piso. Los estudios abandonados, la expulsión del Langham y todas las solicitudes de trabajo infructuosas: todo eso ha ocurrido aquí.

Cuando haya pagado las deudas de mis padres y gane un dinero decente, me mudaré definitivamente. Empezar de cero en todos los sentidos me vendrá bien. Con un hijo, un nuevo trabajo, ¿y tal vez con Robert? Casi no me atrevo a imaginarlo.

Cojo el bolso y las llaves, abro la puerta y salgo al pasillo. *Adiós, almohadita molesta*, pienso y cierro la puerta detrás de mí.

La fachada de cristal del edificio de oficinas donde se ha instalado el equipo de arquitectos estrella de Robert brilla bajo el sol naciente como un gigantesco lingote de oro. Nerviosa, atravieso el vestíbulo desierto y subo al ascensor. Por un momento me sorprende las pocas personas que hay aquí, a pesar de que este edificio alberga más de treinta empresas. Luego recuerdo que aún no son ni las siete.

En la décima planta, salgo del ascensor y recorro un pasillo igualmente desierto hasta que por fin llego frente a una puerta de cristal que pone "RedSolid - Arquitectura" en letras rojas. Ahora me doy cuenta de que aún no tengo llave. No obstante, aprieto el picaporte y me siento aliviada cuando la puerta se abre sin problemas.

Detrás de un mostrador de recepción veo a una señora mayor que levanta la vista de una revista y me mira por encima del borde de las gafas con asombro y enfado a partes iguales.

"Aún no hemos abierto", me dice.

"Me llamo Jessica Collins, trabajaré aquí desde hoy", le contesto, intentando sonar lo más segura posible.

"La secretaria me mira de arriba abajo. "Así que usted es la asistente que envió el Sr. Hawk, ¿verdad? ¿Por qué está aquí tan pronto?"

"Pensé que podría familiarizarme con las instalaciones", miento. "¿Presenta eso un problema?"

"Mientras no me moleste con preguntas, por mí está bien. Los aseos están por allí y el despacho en el que trabajarás está al final del pasillo. Diviértete". Vuelve a mirar su revista.

Es un buen comienzo, pienso, y me dirijo al despacho que hay al final del pasillo. Al entrar, me quedo boquiabierta. A diferencia de la recepción y el pasillo, aquí los techos son mucho más altos. Es como si hubieran abierto una brecha hasta el piso de arriba. A través de las altas ventanas, la brillante luz del sol cae sobre las mesas de dibujo, que están repartidas por la sala a una distancia adecuada unas de otras.

"Vaya", respiro y dejo vagar la mirada. El nerviosismo ha desaparecido casi por completo y surge en mí una alegría incontenible. Me siento casi eufórica. Los latidos de mi corazón se aceleran y una ligera piel de gallina se extiende por todo mi cuerpo. Casi me mareo de alegría. Incluso tengo náuseas. En realidad, ¡muchas náuseas!

Dejo caer el bolso, salgo corriendo del despacho, me apresuro por el pasillo y llego justo a tiempo al baño, donde empiezo a vomitar con retortijones.

Una hora más tarde, los demás arquitectos llegan poco a poco, mientras yo me quedo sentada en una silla de la oficina, atormentada por las náuseas matutinas. John Ferrington, un hombre alto y delgado de unos cuarenta años, apenas se fija en mí. Poco después, Didier Blanc, un viejo fornido de ojos negros y acento francés, entra en el despacho. Cuando me ve, sólo suelta un bufido arrogante. "¿Es ella?", pregunta a Ferrington, señalándome con el pulgar. Los dos se ríen burlescamente.

Podría hundirme en el suelo. Las cosas no podrían ir peor. Si al menos me dieran una oportunidad. Aparto las lágrimas que ya se me están creando en los ojos. Estoy a punto de salir de la oficina para echarme a llorar en el baño, cuando entra por la puerta la última del grupo. Una joven asiática.

"Hola", me dice sonriente. "Soy Samantha Albright, pero puedes llamarme Sam. Tú debes ser Jessica".

Su actitud abierta y amistosa me desconcierta por un momento. "Um, ¡sí!", respondo. "¡Hola!".

"¿Has conocido ya a Diddy y John?", me pregunta.

"Bueno, conocerlos quizá sea un poco exagerado", digo con cuidado.

"Ya sabe más que suficiente de nosotros", interviene Didier Blanc. "Ella fue enviada personalmente por Monsieur 'Awk. Obviamente ella hizo algo para conseguir este trabajo. No hay duda".

"¡Eso, eso no es verdad!", grito. Sí, me acosté con Robert. Pero desde luego no para conseguir este trabajo. ¿Cómo se le ocurre decirme algo así?

"¿A qué sabe su polla?", sigue burlándose mientras se acerca lentamente a mí. "¿Es realmente bueno en la cama o sólo se lo das porque es rico?".

"¡Basta, Didier!", dice Ferrington, molesto. Agradezco brevemente que intente evitar que su colega me siga menospreciando, pero luego añade: "Este proyecto ya es bastante exigente. Y una nueva ayudante nerviosa que nadie ha pedido tampoco nos va a llevar mucho más lejos. Así que empecemos de una vez y no perdamos el tiempo con ella".

Esa última frase duele de verdad. ¿Así que esto es lo que soy para mis nuevos colegas? ¿Una pérdida de tiempo? ¿Una zorra que compró su trabajo con sexo? No puedo contener las lágrimas por más tiempo. Nunca me habían humillado tanto, ni siquiera el Sr. Philips o en el Interstate Inn.

Sam me mira con lástima, pero incluso su mirada dice: *"Tiene razón, me temo. Ya iba a ser bastante duro, y tener que hacerte trabajar ahora desde luego no lo hará más fácil"*.

De pie en un rincón de la oficina, temblando de rabia y vergüenza, con lágrimas silenciosas corriendo por mis mejillas, anhelo volver a la recepción del Langham.

Capítulo 29 ~Robert~

Dos días después.

Llevo más de una hora sentado detrás de mi escritorio, contemplando las sombras que proyecta el sol de la tarde sobre la pared de mi despacho en el Langham. Siento los últimos días dolorosamente en los huesos.

Varias veces en las últimas semanas, he viajado el globo sin siquiera tomarme un descanso. Además de todo el lío con el proyecto de construcción y esa extraña rave a la que Percy quería arrastrarme. Todo está empezando a ser un poco demasiado para mí. No puedo soportar tanto viaje como antes. ¿Quizás sea hora de ir más despacio?

Pienso en Jessica y por un momento me siento como una mierda. Aunque no tenemos una relación seria y no me he acostado con nadie más que con ella, me siento como si la hubiera traicionado en aquella fiesta.

Es en ese momento cuando me doy cuenta de lo que necesito ahora mismo. No hay café en el mundo que pueda levantarme, sólo hay una cosa en todo el mundo que puede ayudarme a superar mi agotamiento.

Cojo el móvil y llamo a Jessica. Tarda un poco en contestar, pero por fin responde su dulce voz. Noto cómo me siento mejor al instante.

"No te vas a creer lo bien que me sienta oír tu voz", digo aliviado. "¿Qué tal estás? ¿Qué tal tu nuevo trabajo?".

"No muy bien, la verdad", responde sombría. "El primer día en RedSolid fue bastante malo".

"Oh, estoy seguro de que te adaptarás rápidamente. Un trabajo nuevo siempre es estresante, pero te irá bien", intento tranquilizarla.

"No, no es eso", insiste Jessica.

"¿Qué es entonces?", pregunto ansioso.

"Oh, explicarlo ahora llevaría demasiado tiempo. Sólo necesito descansar", suspira Jessica. "¿Estás en Pekín ahora mismo?", cambia de tema.

"No, estoy de vuelta en Chicago. Llegué hoy. Ahora mismo estoy sentado en mi despacho en el Langham. ¿Quieres venir?".

"No lo sé. Quizá debería irme a casa", dice abatida.

"Venga. Me gustaría mucho verte. Así podrás contarme lo que ha pasado hoy tranquilamente", la insto.

"De acuerdo", responde tras una breve pausa. "Pero, por favor, no te alarmes, realmente parezco agotada".

Una hora más tarde llaman a mi puerta y Jessica entra en mi despacho. Aunque sigue bastante deprimida, me anima verla. Y no parece tan abatida como anunciaba por teléfono.

"Hola", dice vacilante y se adentra lentamente en mi amplio despacho. Me doy cuenta de que aún no lo ha visto por dentro desde que lo remodelaron por completo. Las cosas aburridas y anticuadas del Sr. Philips han ido directamente a la basura y han sido sustituidas por nuevos muebles de diseño.

"Realmente has hecho algo diferente con el espacio", dice Jessica apreciativamente.

"Me alegro de que te guste", le digo y me levanto para recibirla. La rodeo con los brazos y le doy un beso en la frente. Inmediatamente siento que la tensión del trabajo se desprende de ella y se relaja un poco.

"Me alegro mucho de verte", me dice. Esta frase provoca en mí una sensación maravillosamente agradable y la abrazo un poco más fuerte. Su pelo huele increíblemente bien. "Yo también", susurro. Nos quedamos así un rato, absortos en el abrazo, disfrutando del silencio.

"Ahora cuéntame exactamente qué ha pasado", le digo por fin y la empujo suavemente hacia el sofá. Tomo asiento a su lado y la miro rápidamente a los ojos.

Jessica respira hondo y me cuenta toda la historia, desde la recepcionista sarcástica, las miradas de John y el modo compasivo de Sam, hasta los comentarios increíblemente descarados de Didier. A cada frase me enfado más y más. Esta panda de arrogantes ni siquiera le da a Jessica la oportunidad de demostrar su valía. Y las acusaciones de Didier, que parecen surgir prácticamente de la nada, me dejan sin palabras. Si no fuera uno de los mejores arquitectos del mundo.

"Hablaré con ellos. Todo irá bien, no te preocupes", le digo, acariciándole la espalda para tranquilizarla.

"Gracias", dice Jessica con una sonrisa cansada. "Me alegro mucho de verte", dice tras un breve silencio. "No lo decía por decir". Hay un poco de tristeza en su voz. Los comentarios de sus nuevos compañeros deben de haberle pasado factura.

"Lo sé", le digo, abrazándola por detrás.

"Didier y John son unos gilipollas", dice con voz deprimida. "Y Sam es simpática, pero sé a ciencia cierta que tampoco tiene fe en mí. No creo que este sea el puesto adecuado para mí". Sube los hombros, baja la cabeza, y empieza a sollozar en voz baja.

"No digas eso", le digo. "Ya la convencerás de quién eres. Pasado mañana como muy tarde".

Jessica se vuelve hacia mí y me mira con curiosidad. "¿Qué va a pasar pasado mañana?".

"Bueno, ¿adivina qué? Me acompañarás a Pekín. De momento, las autoridades del edificio siguen negándose a dejarnos construir, pero no pueden seguir así eternamente. En una semana a más tardar empezaremos con los preparativos, y entonces os necesitaré a ti y a los demás in situ. Podréis demostrar de lo que sois realmente capaces".

"¿Voy a volar a Pekín? ¿Tan pronto?", pregunta Jessica, con los ojos muy abiertos. "¡Dios mío, no tengo nada apropiado que ponerme!".

"No te preocupes por eso", le digo, divertido.

Capítulo 30 ~Jessica~

Al día siguiente.

"No me puedo creer que Robert te invite a ir de compras y ni siquiera te ponga un límite. Qué suerte tienes, Jessica!", dice Amy mientras paseamos por el *900 de North Michigan Shops*, uno de los mejores y más grandes centros comerciales de la ciudad.

Ya he conseguido ropa estupenda que nunca podría permitirme, pero de alguna manera me parece mal pavonearme con bolsas de ropa de diseño. Amy lo ve de otra manera.

"Olvidas que es multimillonario", me recuerda. "Ni siquiera se da cuenta. Mientras compramos aquí, probablemente esté ganando diez veces más de lo que gastamos".

"Sí, probablemente lo hace", suspiro.

"Te envidio, Jess. A mí también me encantaría comprar sin pensar en el precio", dice, haciendo un mohín. Aunque ella tampoco gana demasiado mal en su bufete, no puede ir de compras sin pensárselo dos veces como estoy haciendo yo ahora. Pero parece que hay algo más que le preocupa.

"¿Qué te pasa?", le pregunto. "Llevas todo el día con esa cara de desánimo".

"Oh, es que no sé qué hacer con Jason", dice Amy. "Apenas se pone en contacto, el sexo tampoco es como al principio. De alguna manera siento que está perdiendo interés en mí".

Mierda, pienso. Me lo temía. La relación de Amy y Jason se está desmoronando lenta pero inexorablemente, y yo podría haberle ahorrado todo el drama desde el principio si hubiera hablado claro.

"Vamos, olvida a ese idiota. Te invito a cenar", le digo alegremente y la arrastro hacia las escaleras mecánicas. Tal vez eso la anime un poco y la distraiga.

"¿Quieres decir que Robert nos invita?", pregunta Amy.

"No, os invito yo. Puede que Robert me haya invitado de compras, pero la salvación de mi mejor amiga sigue siendo mi responsabilidad", le digo.

"¿Crees que te lo puedes permitir?", pregunta Amy frunciendo el ceño. "Con las deudas de tus padres y todo eso".

"Tampoco me gano mal la vida ahora. Está permitido darse un capricho de vez en cuando", digo, aunque Amy tiene razón. Pero no me puedo dejar siempre de lado, ni a mis amistades. Tengo que hacer cosas por mí. Una comida tan pequeña realmente no importa.

La escalera mecánica nos lleva a la tercera planta, donde hay varios restaurantes de categoría. "Tú eliges", anuncio solemnemente, y una sonrisa se dibuja en el rostro de Amy.

"Te lo agradezco mucho, Jess", dice, "¿qué tal un vietnamita?".

"Claro, me encantaría", digo, y juntas nos dirigimos a *Pho House*, desde donde ya nos llegan a la nariz deliciosos olores exóticos.

Pero cuando entramos en el restaurante, esta elección resulta ser un error fatal, porque Jason está sentado en una mesa justo al lado de la entrada, cogido de la mano de una tonta rubia muy arreglada.

"Hijo de puta", susurra Amy con incredulidad. Con los ojos muy abiertos, mira fijamente a Jason, que por fin se da cuenta de su presencia y hace una mueca de asombro.

"¡Amy! Mierda, puedo explicarlo", balbucea.

"¿Quién es, Jason?", pregunta la chica, mirando boquiabierta a Amy.

"Cállate, loca hueca", le dice Amy. "¿Cómo te atreves, estúpido de mierda? ¿Por eso no has aparecido? ¿Te lo montaste con ella mientras yo tenía que hablar con tu puto contestador? Y en mi cumpleaños, supongo que también fuiste a su casa y te lo montaste como es debido, ¿eh?".

Jason abre la boca para decir algo, pero Amy no le deja decir ni una palabra.

"Cierra tu estúpida boca, chimpancé cachondo. Ni siquiera quiero oír tus cuentos chinos. Por mí puedes follarte a todo el mundo, incluido a ti mismo, pero a mí ya me has perdido".

Con estas palabras, Amy se gira y sale del sitio, mientras los clientes la miran atónitos. Cuando la pierden de vista, se giran hacia Jason y sacuden la cabeza con disgusto.

"¿Tienes novia?", grita la rubia.

"Ya no", dice Jason, a lo que ella se levanta, le abofetea y le tira la bebida a la cara. Se gana un aplauso atronador por esta acción cinematográfica, e incluso las camareras no pueden reprimir una sonrisa.

Me encantaría ver aún más la humillación de Jason, pero Amy es más importante ahora. Me apresuro a salir del restaurante en la dirección por la que acaba de desaparecer. Cerca de las escaleras mecánicas, por fin la veo desaparecer en los aseos.

Tan rápido como puedo, corro tras ella y llamo a la puerta, pero Amy no contesta. Temblorosa y con el corazón acelerado, dejo las bolsas de la compra y me hundo en uno de los bancos que hay en medio del pasillo para clientes agotados.

De repente, suena mi bolso. Saco el móvil y contesto sin mirar quién es.

"¿Sí?", digo desganada.

"Hola, soy Robert. ¿Va todo bien?", me pregunta.

"La verdad es que no", le digo, y le cuento lo que acaba de pasar.

Robert escucha atentamente y espera a que termine de hablar. Cuando por fin no tengo nada más que decir, suelta un suave suspiro. "Esto es realmente increíble. Parece que ese tal Jason es un hijo de puta".

"Puedes decirlo dos veces", le doy la razón.

"¿Sabes qué? Amy y tú deberíais pasarlo bien. A cuenta mía, por supuesto. Parece que te vendría muy bien", dice finalmente.

"Eso es muy dulce de tu parte. ¿Qué tenías pensado?", le pregunto. *Salir a comer comida vietnamita probablemente esté descartado por ahora*, pienso.

"Elige cualquier cosa. Mientras no te compres una isla privadas". Robert se ríe. "Pero en serio. No conozco Chicago tan bien. ¿No se te ocurre nada?".

Miro a mi alrededor escrutadoramente, buscando inspiración. Normalmente sé más o menos cómo complacer a Amy, pero la enorme cantidad de opciones que tenemos ahora que Robert prácticamente nos ha dado vía libre me paraliza un poco. "Hay un spa aquí", digo finalmente.

"Bueno, eso suena genial", dice Robert. "Te darán un masaje en condiciones, te sentarás en la sauna y te darás un capricho con los deliciosos batidos. Seguro que después te vuelves a sentir como nueva".

"Sí, sí, no es tan mala idea", admito. Hace siglos que no me dan un masaje en condiciones, y estoy segura de que a Amy tampoco.

"Perfecto", dice Robert. "Entonces, ¿estás deseando que llegue el vuelo de mañana?".

"Sí, totalmente. Ah, se me olvidaba preguntarte. ¿A qué hora volamos? ¿Y desde qué puerta? Aún no me has enviado el billete. ¿O debería haberme encargado yo de eso?".

Robert se ríe a carcajadas. "¿Billete? ¿Puerta? Ahora me ofendo, Jessica. Volamos en mi

avión privado. Salimos a las diez, basta con que estés en la puerta de acceso media hora antes. Está al este de la entrada principal. ¿De acuerdo?".

Me siento bastante estúpida. Por supuesto que Robert nunca nos pondría a mí y a los demás en un vuelo comercial. "Sí, de acuerdo", digo, un poco avergonzada.

"Me hace ilusión", dice Robert, y su voz suena sorprendentemente suave en este momento.

"A mí también", respondo con una sonrisa en la cara. Son solo unas palabras inocuas, pero algo es diferente. Los latidos de mi corazón se aceleran y un agradable escalofrío me recorre la espalda. "¿Robert?".

"¿Sí?".

"Es muy amable por tu parte", digo en voz baja.

"No digas nada. Quiero que estés bien, ¿no?". Por un momento nos quedamos en silencio, y algo no dicho parece flotar en el aire entre nosotros. Finalmente es Robert quien rompe el silencio. "Tengo que preparar algunas cosas para mañana. A las diez. Estoy deseando verte".

"Yo también", digo y cuelgo.

Sólo unos minutos después, Amy vuelve a salir de los aseos. Sin mediar palabra, me coge del brazo y me tira del banco, dejándome justo el tiempo para recoger las bolsas de la compra.

"¿Qué vas a hacer?", pregunto mientras Amy me arrastra por los pasillos del centro comercial.

"¡Vamos a pasar una tarde muy agradable!", dice Amy con voz seria. "¡Y no dejaremos que nada ni nadie la estropee!".

"Um, buena idea", digo yo. "Por cierto, he hablado con Robert. Dice que deberíamos pasarlo bien a su costa".

"Perfecto. Así no tendremos que fijarnos en el precio. Tengo una idea", dice y se detiene delante del spa. "¡Hace siglos que no me dan un masaje en condiciones!".

Unas dos horas después, Amy y yo salimos de nuevo del spa. Mis articulaciones se sienten aceitadas, y cada movimiento parece fluir como una suave brisa de verano.

Después de un masaje exhaustivo, nos dimos un baño de vapor, una manicura y una pedicura, y finalmente -simplemente porque el dinero no era problema- un segundo masaje.

Amy también parece mucho más relajada ahora. De hecho, casi me sorprende lo bien que se tomó el enfrentamiento con Jason. Satisfecha, me sonrío mientras nos dirigimos a la salida del centro comercial.

"Estás de un humor increíble", le digo.

"Oh, sí. No veo el luto por un estúpido como Jason en absoluto. Él no merece la pena", responde con la barbilla orgullosamente levantada. "De hecho, diría que ya lo he superado".

"¿De verdad?", pregunto asombrada. "Nunca te había visto así".

"Sí", dice, "¿y sabes qué? Acabo de darle mi número al masajista. Esta noche va a ser una auténtica fiesta, te lo juro. Ni siquiera sabrá qué le golpeó".

"Vaya. Vale". Es todo lo que se me ocurre decir. Sinceramente, estoy atónita por cómo Amy está manejando la situación.

De repente, Amy empieza a reírse a carcajadas, y la risita no tarda en convertirse en un bufido de risa.

"¿Qué te pasa de repente?", pregunto preocupada.

"¿De verdad he llamado antes chimpancé cachondo a Jason?", se ríe.

"Creo que sí", digo, uniéndome a su risa.

Capítulo 31 ~Jessica~

A la mañana siguiente.

Consigo cerrar la cremallera de mi maleta más grande con gran dificultad. Repaso mentalmente si realmente lo llevo todo y miro el reloj. Sé que volaremos en el jet privado de Robert, así que no tengo que planificar tanto tiempo como para un vuelo regular, pero aun así no quiero llegar al aeropuerto en el último momento.

La salida es a las diez y, según la pantalla del microondas, son poco más de las ocho. Así que aún hay tiempo de sobra. Pero no sé cómo voy a llevar esta maleta al aeropuerto en autobús y tren. ¿Debería permitirme un taxi? Con mi nuevo sueldo seguro que puedo permitírmelo, y probablemente Robert incluso lo pagaría.

También se me ha ocurrido que podría pedirle que pagara las deudas de mis padres, para que al menos los intereses no siguieran creciendo. Pero la verdad es que no me atrevo a hacerlo. Después de todo, no quiero que piense que me estoy aprovechando de su riqueza.

Eso es lo que le dije a Amy después de hacer nuestra salida de compras y spa la tarde anterior. A ella le pareció una tontería. Insistió en que Robert podría pagar la deuda de mis padres cien veces sin darse cuenta. Sin duda tenía razón, pero ese no era mi punto.

Justo cuando iba a intentar explicarle de nuevo mis preocupaciones de forma razonable, llamó el masajista al que Amy le dio su número. Antes de que me diera cuenta, Amy se subió al siguiente taxi y se marchó a toda velocidad, quedándose fuera toda la noche.

Que lo haga si le ayuda, supongo.

Queda el problema de mi voluminosa y pesadísima maleta. Saco el móvil y busco en Internet un número para pedir un taxi.

Justo en ese momento, me llega un mensaje de Robert diciendo que me ha enviado un coche con chófer a casa, que debería llegar en cualquier momento. Le respondo con un "gracias" y un montón de emojis de besos, que vuelvo a borrar tras pensarlo un momento y sustituyo por un simple smiley.

Un problema menos, pienso feliz, y vuelvo a guardar el teléfono. La única pregunta que me queda es cómo lidiar con Didier Blanc. Y, por supuesto, cuándo contarle a Robert lo del embarazo.

Todas estas preguntas sin respuesta amenazan con hacer que mi estado de ánimo vuelva a caer en picado, pero intento calmarme y concentrarme en las cosas buenas. El hecho de que hoy volaré a Pekín para ver de primera mano cómo se construye un hotel de lujo hace que mi estado de ánimo vuelva a mejorar un poco.

Unos minutos más tarde, suena el timbre y un joven robusto, que se presenta como Jimmy, se apresura a pasar junto a mí para ayudarme con la maleta. Sin esfuerzo aparente, baja la pesada maleta por las escaleras y la guarda en el maletero de un lujoso Mercedes. Cuando salgo por la puerta principal, ya me está esperando en la puerta del copiloto.

Durante el trayecto, Jimmy resulta ser un verdadero conocedor de la ciudad. Conduce por algunos atajos que yo ni siquiera sabía que existían, así que llegamos al aeropuerto al cabo de poco rato.

"A estas horas no se puede confiar en el informe de tráfico", dice despreocupadamente

mientras se detiene frente a la casita del asistente y saca unos papeles por la ventanilla. "Puedes tener suerte y pasar sin problemas, pero también puedes pasarte medio día en el centro de la ciudad".

La barrera que tenemos delante se levanta y Jimmy deja que el coche ruede tranquilamente por el aeródromo hasta detenerse en un enorme hangar. De nuevo salta del coche para abrirme la puerta y saca mi equipaje del maletero. Tirando de la maleta detrás de él, me acompaña hasta el avión, donde Robert ya nos está esperando.

"Gracias, Jimmy", dice, entregándole un fajo de billetes.

"Cuando quiera, señor Hawk", contesta Jimmy, antes de saludarme una vez más con la cabeza y encaminarse hacia la salida.

"¡Bienvenida, Srta. Collins!", me saluda Robert con aire decididamente comercial. Parece que no estamos solos, aunque no veo a nadie en el vestíbulo. Robert parece darse cuenta de mi mirada escrutadora y me ilumina. "Sus colegas ya han embarcado. Sígame. Puede dejar la maleta aquí, alguien se ocupará de ella en un momento".

El avión me parece enorme. De alguna manera me había imaginado un pequeño jet con espacio para quizá diez personas, pero esta máquina de aquí no tiene nada que envidiar a un gran avión de pasajeros. Robert sube despreocupadamente por la pasarela y yo subo tras él.

A diferencia de un avión de pasajeros, en el que hay varias filas estrechas de asientos, detrás de la puerta hay un pasillo largo y estrecho del que salen varias cabinas separadas. Más atrás, el pasillo se abre a una especie de sala de conferencias. Didier, John y Sam están sentados en una mesa de madera oscura. Sam me saluda con una sonrisa amable, pero los otros no me dirigen ni una mirada.

Una de las puertas se abre y el mismo caballero que me interceptó de camino a casa el otro día y me llevó al desván de Robert le dirige la palabra con vacilación.

"¿Puedo hacer algo por usted, señor?".

"Francis, aquí estás. Esta es la Srta. Collins, la nueva ayudante. Ayudará a los arquitectos. Por favor, muéstrole todas los cubículos importantes y luego tráigala a mi oficina. Tengo algunos detalles que discutir con ella".

Didier Blanc comenta la última frase con un bufido que Robert no oye o simplemente ignora. Me sonrío secamente, se da la vuelta y se aleja por el pasillo.

Francis me empuja y empieza a desgranar sus explicaciones, obviamente ensayadas: "Aquí es donde podrá preparar su trabajo durante el viaje", dice, señalando la sala de conferencias abierta que hay detrás de él. "Si quiere retirarse, su camarote está subiendo las escaleras a la derecha".

De nuevo me adelanta, camina a paso ligero por el pasillo y asciende por una estrecha escalera que conduce al nivel superior del avión. Como había anunciado, se detiene ante la primera puerta de la derecha. "Su nombre está en la puerta, como puede ver, así que no tiene pérdida alguna. Las duchas están justo enfrente, pero en su camarote privado hay un aseo".

Abro la puerta de mi camarote y casi me caigo de espaldas. Es bastante más grande que mi habitación, y además está lujosamente amueblada. En el rincón más alejado hay una cama enorme y muy mullida, y me muero de ganas de tirarme en ella.

"¿Alguna pregunta?", Francis me saca de mis pensamientos.

Niego con la cabeza, aunque tengo en la punta de la lengua la pregunta de dónde puedo encontrar la piscina y la bolera.

"Entonces, por favor, sígame al despacho del señor Hawk", dice Francis.

Volvemos a bajar las escaleras y caminamos unos pasos hasta la parte trasera del avión, donde

nos detenemos frente a otra puerta que, a diferencia de todas las demás, parece estar asegurada con un lector de tarjetas. Francis saca una tarjeta llave y la acerca al escáner, que emite un suave pitido y se ilumina en verde.

"Aquí tiene", dice Francis y se marcha sin esperar mi "gracias". Curiosa, abro la puerta y entro en el despacho del avión de Robert.

Capítulo 32 ~Robert~

La puerta de mi despacho en mi jet privado se cierra casi en silencio detrás de mí. Por un momento dejo que la sensación de cansancio me invada, pero luego vuelvo con toda mi fuerza. Ahora no puedo permitirme ninguna debilidad, de lo contrario puedo tirar todo el asunto por el retrete.

Cruzo el despacho con pasos rápidos, rodeo el escritorio y saco algunos documentos de uno de los cajones. Algunos tienen que ver con el nuevo trabajo de Jessica, otros con las autoridades chinas, que desde el principio me han dado dolores de cabeza.

Concentrado, examino los documentos, tomo notas y hago algunas llamadas telefónicas muy escuetas, hasta que por fin un golpe me devuelve al presente. Jessica entra, cierra la puerta y mira a su alrededor con cautela, como hace siempre que entra en una habitación que no conoce. Su simple aparición hace que de repente salga el sol en esta parte más bien oscura del avión. Su timidez y su mirada de asombro despiertan en mí un sentimiento difícil de expresar con palabras.

Además, Jessica está sencillamente impresionante con su nuevo atuendo. Irradia una mezcla de elegancia, seriedad y sex-appeal que me resulta absolutamente irresistible. No puedo apartar los ojos de ella.

"¿Querías verme?", me pregunta en voz baja.

"No te preocupes, los demás no pueden oírte. Las paredes de aquí están bien aisladas", digo apartando los papeles. "Y sí, claro que quería verte. Siéntate".

Jessica se hunde en el sofá junto a mi escritorio y me sonríe nerviosa.

"¿Cómo te sientes?", le pregunto.

"Emocionada. Nunca había viajado tan lejos. De hecho, hace siglos que no subo a un avión", responde.

"No te preocupes, apenas notarás el viaje", le digo levantándome de la silla para sentarme a su lado.

"Todavía no estoy del todo segura de estar a la altura", dice Jessica en voz baja con los ojos bajos mientras la rodeo con el brazo. "¿Y si Didier y John tienen razón y realmente sólo soy un lastre para ellos?".

"Tonterías", digo con tono apaciguador. "Les he dejado muy claro que tienen que darte la oportunidad de demostrar lo que vales. Y estoy seguro de que lo harás. Anímate". Le doy un beso en la frente y la miro con ánimo.

"Gracias", dice, permitiéndose una leve sonrisa. "Haré todo lo que pueda".

"Seguro que sí", le digo. Su sonrisa casi me hace perder la cabeza. Tengo que controlarme un poco para no agarrarla directamente y besarla. Ya habrá tiempo para eso más tarde. "¿Repasamos cuáles serán tus funciones una vez que lleguemos a Pekín?".

Jessica asiente y me coge de la mano. Por un momento me quedo sin habla y el corazón se me acelera hasta la garganta. Poco después recupero la compostura y empiezo a explicarle a Jessica en qué consistirá exactamente su trabajo. Mientras lo hacemos, nuestros ojos se quedan fijos el uno en el otro y sonreímos. Sé perfectamente que los dos queremos acabar con la parte comercial lo antes posible para poder tener un poco más de tiempo para nosotros.

Después de lo que parecen varias horas, cierro por fin la carpeta en la que he guardado todos los documentos y notas importantes para Jessica y la miro con alivio. "¿Alguna pregunta?".

"No, entiendo todo", responde ella.

De nuevo nos quedamos un momento en silencio y sonreímos. El aire entre nosotros ya empieza a crepitar de nuevo, y la atracción que no ha dejado de crecer desde que Jessica entró en mi despacho se está apoderando de mí. Lentamente me inclino hacia ella y le acaricio la mejilla con una mano. Ella cierra los ojos de placer y se entrega por completo al tacto.

"¿Estás seguro de que deberíamos hacer esto aquí?", respira. No es más que una última rebelión contra la lujuria que se ha apoderado de ella tanto como de mí.

"Por supuesto", le susurro y aprieto los labios contra los suyos. Ella me devuelve el beso con vacilación al principio, y luego cada vez con más pasión cuando empiezo a desabrocharle los botones de la blusa. Se echa hacia atrás con cuidado y me observa con mirada lujuriosa.

Le quito la blusa y la dejo caer al suelo. Luego le separo suavemente las rodillas con una mano, le subo la falda y deslizo la mano por sus bragas.

El calor que emana de su vientre me vuelve loca. Le acaricio los labios, le froto el clítoris y noto cómo se moja poco a poco. Un gemido reprimido, que ella emite muy suavemente a través de sus labios cerrados, me indica que disfruta con la forma en que la meto los dedos.

Cuando ya no puedo resistir más las ganas, me levanto y le doy vuelta a Jessica. Antes de que se dé cuenta, está tumbada de espaldas sobre mi escritorio con las dos piernas en alto. Le quito el tanga y lo tiro lejos antes de cubrir sus muslos de besos. Me acerco lentamente a su húmedo y brillante coño, cuyo tentador aroma ya puedo percibir.

La punta de mi lengua roza sus labios y ella suelta un grito de placer. Beso y lamo suavemente este precioso coño bien depilado, pero cada vez me resulta más difícil contenerme. ¡Sabe tan increíblemente bien! Acaricio a Jess cada vez más apasionada e insistentemente con la lengua, y todo su cuerpo empieza a estremecerse y a temblar. Su respiración se acelera cada vez más, y cada vez más a menudo se le escapa un gemido bajo.

"Quiero follarte", murmuro finalmente, y me levanto para abrimme los pantalones. Jessica abre aún más las piernas para dejarme sitio. Saco mi polla dura y me pongo justo delante de ella. Lentamente me inclino sobre ella y le doy un beso largo y apasionado, dejándola saborear su propio jugo mientras le meto la polla hasta el fondo.

Dejo que entre y salga lentamente, disfrutando del apretado abrazo de su coño, sintiendo mis huevos golpear su suave culo. "Joder", murmuro mientras acelero gradualmente. La follo cada vez con más fuerza, y sus pechos, aunque todavía en sujetador, se agitan de un lado a otro. Los levanto ligeramente y abro el cierre a su espalda. El sujetador se desliza hasta el suelo y le chupo los pezones mientras mi polla la penetra una y otra vez hasta el fondo.

Mis manos recorren todo su cuerpo, no puedo saciarme de su piel perfecta y suave y de esas curvas únicas. "Vamos a cambiar", susurro. Lentamente saco mi polla de su coño y me siento en la silla del despacho.

Jessica salta de mi escritorio y se sienta sobre mi polla. Empieza a cabalgarme como un semental salvaje y su húmedo coño se desliza arriba y abajo por mi dura polla mientras sus perfectos pechos rebotan arriba y abajo delante de mis ojos.

Los dos seguimos intentando no gemir para que los demás no nos oigan, pero el peligro de que nos pillen follando me excita sobremanera. Disfruto de cómo ella masajea mi polla. Me acerco a sus tetas y las amaso como es debido mientras ella se deja hundir cada vez más para que mi polla desaparezca todo lo que puede dentro de ella.

"Ay, cuidado", sisea.

"¿Todavía sensible?", le pregunto sorprendido.

"Sí, un poco", susurra, y cuando vuelvo a amasarle los pechos con un poco menos de fuerza, empieza a botar de nuevo su cuerpo cachondo arriba y abajo delante de mí.

De repente surge en ella un enorme calor, que parece emanar de su abdomen e irradiar por toda la habitación. Todo su cuerpo empieza a temblar y aprieta su pelvis contra mí todo lo que puede, para que mi polla desaparezca dentro de ella hasta el fondo.

"Córrete conmigo", susurro. Todo su cuerpo se pone rígido y suelta un suave "¡Oh, Dios!" antes de desplomarse y tumbarse sobre mí, respirando con dificultad.

Mientras yo vuelvo a sentarme detrás del escritorio, Jessica se arregla el pelo y se mira el conjunto delante del espejo. La miro con una sonrisa de oreja a oreja. Ella capta mi mirada en el reflejo del espejo y me saca la lengua con descaro.

"¿Qué pasa?", me pregunta burlona.

"Nada, nada", le digo, echándome hacia atrás en la silla del despacho. "Me alegro de que esta vez me acompañes".

"Eres un encanto", dice. No puede evitar sonreír. Cuando termina de arreglarse, se vuelve hacia mí y camina a paso ligero. Se inclina sobre mi mesa y me da un beso fugaz en los labios. "Debería ponerme a trabajar ya".

"Hazlo. Yo también tengo cosas que hacer", respondo con sinceridad. "¡Que tengas un buen vuelo entonces!".

Jessica se da la vuelta y se dirige a la puerta. Mientras la miro así, una sensación increíblemente poderosa se impone en mí de un segundo a otro.

"¿Jessica?", me oigo decir.

Ella se gira sorprendida y me mira.

"Oh, nada. No pasa nada", le digo. "Hasta luego".

Capítulo 33 ~Jessica~

El avión aterriza suavemente en la pista de Pekín y cruza el aeródromo en dirección a un hangar muy parecido al de Chicago. He pasado las últimas horas sola en mi cabina intentando dormir un poco, lo que no ha sido fácil debido a la excitación. De hecho, he dormido dos horas como mucho, y mi cuerpo se siente como si hubiera pasado una noche de borrachera.

Subo la persiana de la ventana para echar un vistazo al exterior y el sol me da de lleno en la cara. Me estremezco involuntariamente y vuelvo a cerrar la persiana.

Así se siente el jet lag, pienso, frotándome los ojos deslumbrados. De repente llaman a la puerta detrás de mí y entra Robert. A diferencia de mí, parece fresco y renovado.

"¿Preparada?", pregunta.

"¿Para qué?".

"Bueno, ¿quieres quedarte aquí en el avión?", se ríe. "Primero vamos al hotel, para que puedas refrescarte. Tenemos nuestra reunión con las autoridades del edificio". Robert mira su reloj de pulsera y se rasca la cabeza. "Mañana a mediodía. Uno nunca acaba de acostumbrarse a la diferencia horaria".

"No parece que te afecte el jet lag", bostezo.

"Todo es cuestión de práctica", dice, haciéndome un gesto para que me aliste. "Por cierto, tengo una sorpresita para ti".

"Ah, ¿qué es?", pregunto emocionada.

"No te lo diré todavía", responde, guiñándome un ojo. "Sólo tienes que venir al vestíbulo esta noche a las siete. Y ahora vamos. Hay un café excelente en el hotel, te repondrá".

Robert me tiende la mano y juntos salimos del avión. Por primera vez en mi vida huelo el aire chino, que no huele tan diferente del de casa. Robert me suelta la mano para que los demás empleados no se den cuenta y baja las escaleras delante de mí. Le sigo, aunque un poco insegura.

Volver a sentir tierra firme bajo mis pies me sienta de maravilla. Divertido, Robert me observa al pie de la pasarela y respira hondo. "Bienvenida a Pekín", ríe. Hay algo cálido y sincero en su mirada que me acelera el corazón.

Creo que me da igual dónde estemos. Mientras me mire con esa mirada.

El hotel Pan Pacific, donde Robert nos ha reservado una habitación, es realmente llamativo. La decoración de mármol, oro y madera oscura confiere a la recepción un encanto noble y elegante. Mientras me arrastro por el vestíbulo detrás de Robert y los demás, completamente cansada, me siento muy mal vestida. Incluso con mi nueva ropa de marca.

La facturación se realiza sin problemas y, unos minutos más tarde, estoy sola en mi habitación con la maleta. Se me escapa un "guau" mientras observo los elegantes muebles de la espaciosa suite.

Me quito los zapatos y cruzo la habitación para echar un vistazo por la ventana. La alfombra bajo mis pies es suave como el terciopelo. La vista de media ciudad, mezcla de edificios ultramodernos y pagodas tradicionales chinas, me deja sin aliento. Permanezco un buen rato frente a la ventana, empapándome del espíritu arquitectónico de esta ciudad.

Detrás de mí, oigo vibrar mi teléfono móvil. Con el corazón encogido, me separo de la vista y miro quién me ha escrito. El mensaje es de Robert. Escribe que ya me echa de menos y que

puedo visitarle cuando quiera. Debajo está el número de su habitación.

Me muerdo el labio inferior y pienso si debo aceptar su invitación de inmediato. En realidad, quería intentar dormir un poco más antes de bajar al vestíbulo, pero pensar en Robert probablemente no me dejaría conciliar el sueño de todos modos. *Sólo un momento*, pienso, y cojo la tarjeta de mi habitación. Además, siento una curiosidad increíble por ver su habitación. Si la mía ya es tan increíblemente lujosa, ¿cómo será su suite?

De buen humor, dejo que la puerta de la habitación del hotel se cierre tras de mí y recorro el largo pasillo alfombrado de rojo hasta los ascensores. Justo cuando estoy a punto de pulsar el botón, siento un dolor agudo y de repente me encuentro mal. Jadeando, me apoyo en la pared e intento calmarme.

No te asustes, Jessica. Todo esto es normal. Inspira y expira con calma y te pondrás bien, pienso. Y efectivamente, el dolor y las náuseas sólo duran unos segundos antes de volver a desaparecer. Sigo respirando con dificultad y vuelvo a levantarme.

Justo en ese momento aparece Sam detrás de mí. Preocupada, me mira. "Hola, Jessica. ¿Te encuentras bien? Estás pálida", me dice.

"Estoy bien. Es sólo el jet lag", le digo. Probablemente sea una mentira a medias. Me imagino que el viaje no sólo ha alterado mi ritmo, sino también mis síntomas de embarazo.

Sam parece tranquilizarme y me palmea la espalda. "Te pondrás bien. Solo tienes que intentar aguantar hasta esta noche. Volverás a ser la de antes por la mañana".

"Gracias", digo aliviada. "¿Y adónde vas ahora mismo?".

"Didier, John y yo vamos a salir a cenar. ¿Vienes?", pregunta Sam con cautela.

Le agradezco mucho su invitación, pero aunque no estuviera de camino a la suite de Robert, preferiría morirme de hambre antes que salir a comer con Didier y John. "No, gracias. Ahora mismo no me apetece comer", digo, lo cual también es cierto. "Creo que por ahora volveré a mi habitación".

"Quizás en otra ocasión", dice Sam y se mete en uno de los ascensores que bajan. La saludo amistosamente con una sonrisa y hago como que vuelvo a mi habitación. Sin embargo, cuando oigo detrás de mí que la puerta del ascensor se ha cerrado, doy media vuelta y llamo al ascensor que sube.

La habitación de Robert es aún más grande y bonita de lo que me hubiera imaginado. Si no supiera que estamos en un hotel, diría que acabo de entrar en un templo chino.

"Guau", respiro.

"¡Vamos!", Robert me coge de la mano y me lleva a través de la habitación hasta un amplio balcón. La vista desde aquí es aún más impresionante que desde mi habitación.

"¿Eso de ahí es la Ciudad Prohibida?", pregunto señalando un recinto amurallado con unas magníficas pagodas.

"Sí", dice Robert, cogiéndome en brazos por detrás. "Maravillosas, ¿verdad?".

"Desde luego que lo son", digo. No se me ocurre nada mejor que decir, así que nos quedamos allí un rato, mirando la ciudad y dejando que el viento nos dé en la nariz.

Al cabo de un rato, Robert me da la vuelta y me mira a los ojos. "Me encanta estar contigo, Jessica", me dice. "Pero este sitio", me suelta y mira hacia las casas que tenemos debajo con cierto cansancio en la mirada. "He estado tanto aquí últimamente que empiezo a necesitar un cambio de aires. Así que", Robert me coge de la mano y me mira con urgencia.

¿Qué es lo siguiente?, me pregunto. El corazón me late con tanta fuerza que lo noto en todo el

cuerpo.

"Me gustaría descubrir contigo otros lugares hermosos de este mundo, ¿sabes? Cuando acabemos aquí, claro. ¿Qué te parece?"

Realmente no sé qué decir a eso. ¿Unas vacaciones con Robert? ¿Los dos solos en una gran vuelta al mundo? Me he quedado sin palabras. No puedo imaginarme nada más bonito. Se me llenan los ojos de lágrimas de alegría y asiento enérgicamente con la cabeza.

Robert se ríe. "Muy bonito. Yo aún no sé dónde acabaremos, pero estoy seguro de que será genial".

"Yo también", digo, apoyándome en su hombro. Mientras me pasa suavemente una mano por el pelo, siento otro tirón en el abdomen, pero esta vez es sólo leve. Estoy casi segura de que por fin puedo contarle a Robert lo del embarazo, pero este momento es tan perfecto que no quiero interrumpirlo con una noticia tan importante. Sólo quiero disfrutar de la vista.

Aaaaaahhhhhh, bostezo

"Eh, ¿estás bien?", pregunta Robert, divertido.

"Es que estoy increíblemente cansada", murmuro con los ojos cerrados.

"Vale, entonces vamos a echar una siesta. Tenemos algo menos de dos horas antes de irnos, así que será suficiente".

Robert me acompaña a su enorme cama y me empuja suavemente contra las almohadas. Apenas le veo arroparme y ya estoy dormida.

Capítulo 34 ~Robert~

Dos horas después.

Estoy sentado en un sillón en el vestíbulo del hotel, consultando el reloj de mi muñeca cada pocos segundos. Después de despertar de nuevo a Jessica, fue a cambiarse rápidamente a su habitación mientras yo fui al vestíbulo.

No puedo evitar pensar en lo dulce e inocente que se veía Jessica cuando se quedó dormida. Debía estar bastante destrozada, por lo rápido que se quedó dormida. Viajar por medio mundo le pasó factura. Me hubiera encantado dejarla dormir hasta mañana, pero me muero por ver su cara cuando se entere de la sorpresa que le tengo.

Por el rabillo del ojo veo abrirse la puerta del ascensor, y esta vez sí es Jessica. Se apresura a cruzar la gran recepción del hotel y mira a su alrededor en busca de algo. Me levanto de la silla y le hago señas para que se acerque. Cuando me ve entre los demás huéspedes, respira aliviada y se dirige hacia mí.

"Lo siento mucho", me dice, "me quedé dormida antes de poner el despertador".

"No pasa nada, tenemos todo el tiempo del mundo", le digo. "Por cierto, estás fantástica".

De hecho, estoy positivamente aturdido por el aspecto de Jessica. Si hubiera sabido el excelente gusto que tiene para la moda, la habría invitado a ir de compras mucho antes. Lleva un colorido vestido de verano muy chic y unos elegantes zapatos de tacón del mismo color rojo que el sombrerito que completa su atuendo a la perfección.

"Muchas gracias", dice sonrojándose un poco. "Entonces, ¿cuál es la sorpresa?".

"Espero que tengas hambre", le digo tendiéndole la mano. "Ven conmigo".

Un coche con chófer nos espera en la entrada del hotel. Jessica y yo nos sentamos en el asiento trasero y el conductor deja que el coche salga del recinto del hotel.

"¿Adónde vamos?", pregunta Jessica con curiosidad, sin mirarme. Todo el tiempo pega la nariz a la ventanilla y se maravilla ante la variada arquitectura de la capital china.

"No se te dan muy bien las sorpresas, ¿verdad?", me río. "Está bien. Hoy cenamos en *King's Joy*, uno de los mejores restaurantes del mundo. Es prácticamente imposible conseguir mesa allí. Por suerte, el chef tuvo su primer trabajo en uno de mis hoteles. Hasta el día de hoy me lo agradece. Así que siempre puedo conseguir una mesa cuando la necesito".

Jessica, obviamente, se queda muda de alegría. Seguro que nunca ha comido en un restaurante con estrella en su vida, y mucho menos en uno con tres estrellas, el máximo galardón para los restaurantes.

"No deberías haberlo hecho", dice finalmente.

"Sí", respondo apaciguadoramente. "Tenemos motivos de sobra para celebrarlo. Después de todas las dificultades, por fin se está construyendo el hotel, y tienes un nuevo trabajo".

"Pero sólo gracias a ti", interrumpe.

"Te lo has ganado", le digo.

Jessica se inclina hacia mí e intercambiamos un suave beso. Siento que esta aventura puede convertirse en algo más. Todo parece tan natural, tan correcto. Cuando Jessica está conmigo, todo el estrés desaparece y los negocios pasan a un segundo plano. La cojo de la mano y miro con ella por la ventanilla, admirando la ciudad.

El chófer nos conduce con paso firme por las concurridas calles, entre modernos rascacielos con relucientes fachadas de cristal y magníficos edificios históricos. Finalmente, gira hacia un aparcamiento frente a una pagoda rodeada de plantas exóticas. Cuando el conductor se detiene, salgo y camino alrededor del coche para abrirle la puerta a Jessica.

"Muchas gracias", me dice con su dulce voz azucarada y me deja ayudarla a salir del coche como una auténtica belleza de Hollywood.

Juntos atravesamos la puerta dorada ricamente decorada de la entrada y entramos en el restaurante. Inmediatamente un joven se pone a nuestro lado y nos saluda amistosamente.

"Buenas noches, madame. Buenas noches, señor. ¿Tienen reserva?"

"Por supuesto. Para Collins", le digo con una amplia sonrisa a Jessica, a quien le cuesta contenerse ante este pequeño gesto romántico. Se pone muy colorada y esconde la cara detrás de la mano derecha.

"Muy bien. Síganme, por favor".

El joven nos conduce por el restaurante hasta una acogedora mesa junto a la ventana del fondo, a través de la cual se puede admirar el hermoso jardín que hay detrás del restaurante.

"Esto es realmente increíble", dice Jessica después de que nos hayamos sentado y el joven que nos llevó a nuestro sitio se haya marchado.

"Me alegro de que te guste", le digo yo. Mientras tanto, un camarero se acerca y se detiene a nuestro lado.

"Que tengan una velada maravillosa y bienvenidos a King's Joy. ¿Puedo ofrecerles algo de beber?", pregunta, mirándonos a Jessica y a mí sucesivamente. Con un gesto en dirección a Jessica, le indico que pida primero.

"Yo tomaré un té", dice Jessica.

"Tenemos té verde, té blanco, té de tamarindo y té de hierbas taiwanés", dice el camarero.

"¿Té blanco, por favor?", dice Jessica insegura.

"Y un whisky para mí", digo yo. "El más añejo que tengan".

El camarero vuelve a irse rápidamente y yo miro a Jessica, ligeramente divertido.

"¿Qué pasa?", pregunta.

"Eres mona", le digo.

"Estaba fuera de mí. ¿Qué es el té de tamarindo, por favor?", pregunta. No tengo ni idea. Nos miramos un momento y luego nos echamos a reír.

Pasamos las horas siguientes comiendo muy bien y manteniendo conversaciones estimulantes. Jessica me cuenta todo sobre su época universitaria y el Langham, y yo le cuento cómo construí mi negocio de la nada. Nos reímos, disfrutamos y hablamos hasta bien entrada la noche, hasta que Jessica vuelve a cansarse y apenas puede mantenerse en la silla.

"Jet lag", le digo al camarero mientras pago la cuenta. El camarero asiente amablemente, me da las gracias por la propina y se va rápidamente.

Con cuidado, la ayudo a levantarse y la acompaño al coche. Poco después se sienta en el asiento trasero y se duerme.

De vuelta al hotel, me siento en el asiento de atrás junto a Jessica para que pueda apoyarse en mi hombro. Le acaricio lentamente el pelo mientras pienso en la reunión de mañana. Podría vomitar al pensar con qué burócratas testarudos tendré que volver a tratar mañana. Preferiría pasar el día con Jessica. Ir de excursión o alguna tontería turística. Pero esto no funciona así.

Miro por la ventana. Ya ha oscurecido y las farolas y los letreros de neón bañan la ciudad de luz de colores. En otra ocasión habría ido a alguna discoteca, me habría ido de fiesta hasta el

amanecer y al final me habría ligado a alguna zorra, pero ni se me ocurriría hacer eso ahora.

En mi hombro, Jessica empieza a hablar suavemente en sueños. "Cariño", susurra. No puedo entender el resto. ¿Se refiere a mí? No es exactamente el término más apropiado para referirse a mí, pero sonrío de todos modos.

Capítulo 35 ~Robert~

A la mañana siguiente.

El sol naciente se oculta tras un denso mar gris de nubes mientras el coche que me llevará a la autoridad de la construcción abandona la explanada del hotel. Miro pensativo por la ventanilla y veo pasar los numerosos edificios que Jessica contempló la noche anterior con tanta fascinación.

Ella es realmente especial, y poco a poco nuestro sencillo romance se está convirtiendo en algo más serio. Puedo sentirlo. Pero, ¿realmente puedo tener una relación seria ahora? En los últimos años, el trabajo ha dominado mi vida hasta tal punto que sólo he tenido tiempo para aventuras de una noche. La sola idea de no estar con alguien más en mi vida amorosa me provoca una sensación opresiva en el pecho.

Por otro lado, no me canso de Jessica. Aunque nos vemos todo el tiempo, nunca tengo la sensación de que me moleste, cosa que ocurre con casi todo el mundo tarde o temprano. Y en cuanto sale de la habitación, deseo que se dé la vuelta y vuelva a reunirse conmigo. Pero, ¿es eso suficiente para dar el siguiente paso?

De cualquier modo. Primero tengo que acabar con esta reunión y ordenar mis pensamientos. Luego discutiré el asunto con Jessica cara a cara. Se lo debo.

Con esfuerzo, centro mi atención en la tarea que tengo entre manos. Las autoridades del edificio anuncian hoy su decisión final. Cada segundo que pasa me invade una sensación de inquietud. Sé que el diseño es impecable, pero aun así, no puedo evitar tener la sensación de que algo va mal.

Tonterías, pienso. Esperaban asustarte, pero no pudieron. Se tiraron un farol y perdieron. Ni en un millón de años rechazarán la construcción. No pueden.

Respiro hondo y me limpio las manos ligeramente húmedas en los pantalones. Mi mirada va y viene entre las casas que pasan, la nuca del conductor, la carretera y mis zapatos. Mi mente es un caos, pero en ese caos domina un solo pensamiento:

Ojalá Jessica estuviera aquí ahora mismo.

"¿Dónde está ese tipo?", le pregunto a Francis. Se limita a encogerse de hombros. Llevamos veinte minutos sentados en el despacho de la autoridad del edificio, esperando la decisión final.

Por fin se abre la puerta y entra un funcionario que no conozco. Es claramente mayor que nuestro anterior contacto y, al parecer, está al menos un escalón por encima de él en la cadena alimentaria.

"¿Señor Hawk?", pregunta secamente.

"Sí, por supuesto", digo a regañadientes. No me gusta nada cómo me mira.

"Su diseño ha sido rechazado. La decisión es definitiva. Que tenga un buen día". Está a punto de darse la vuelta y marcharse, pero me levanto de un salto y le agarro del hombro.

"¿Por qué?", pregunto enfadado. "Dígame la razón".

"No puedo decírselo porque no he tomado esa decisión. Sin embargo, debo pedirles que no presenten más proyectos de construcción en esta ciudad", dice, zafándose de mi agarre.

"No más... ¿qué demonios es esto?"

"Créame. No se está haciendo ningún favor. Váyase a casa, construya todo lo que quiera en

América o en Europa, pero, hágase un favor y manténgase fuera de China. Hay gente con contactos poderosos. No podrá competir con ellos. Eso es todo lo que puedo decirle. Ahora, si me disculpa". El funcionario mayor hace una reverencia y sale del despacho.

Atónito, miro a Francis, que se queda con la boca abierta, mirando la nada. "¿Pueden hacer eso? No pueden hacer eso, ¿verdad? Dime que no pueden hacer eso. ¡MIERDA!", grito y tiro una perforadora que está sobre el escritorio a mi lado contra la pared. La pequeña pieza de plástico se rompe y deja un antiestético arañazo en la pared. Una lluvia de confeti blanco cae a mi alrededor.

De repente, un extraño silencio se instala en mis pensamientos. Como un colador, mi cerebro parece filtrar todo lo que no es importante. El ruido de fondo desaparece y ante mis ojos todo encaja en una imagen lógica. "Unas gafas potentes", habría dicho. ¿Cómo pude estar tan ciego?

Gordon Simmons tiene algunos contactos en el sector hotelero, pero ni por asomo podían calificarse como poderosos. Jamás podría haber influido de semejante manera en las autoridades de la construcción, los arquitectos, los proveedores y los bancos. Sólo una persona era capaz de hacerlo.

Como en trance, corro hacia la puerta y tiro de ella. El picaporte hace un agujero en la pared y el estruendo hace que el funcionario dé un respingo. Sobresaltado, me mira.

"Percy", jadeo. "El hombre que está detrás de esto. El hombre de los contactos. ¿Es Percy Arlington?"

El agente me mira con los ojos muy abiertos. Abre la boca como si fuera a decir algo, pero cambia de opinión. Luego se da la vuelta y se aleja a toda prisa.

Este comportamiento es suficiente respuesta para mí. Saco el móvil y marco el número de Percy. Voy a enfrentarme a él ahora mismo. Nunca pensé que mi mejor amigo me traicionaría así. Y yo fui el idiota que le pidió ayuda.

A medida que suena el tono de llamada, más piezas encajan en el rompecabezas de mi mente. Que Percy estuviera tan ansioso por desprestigiar a Gordon Simmons. Que me sorprendiera en Pekín y que supiera exactamente dónde estaba. Poco después de que yo comprara la primera propiedad en Pekín, él ya lo sabía todo. Ahora todo tiene sentido. Sólo queda una pregunta: ¿Por qué?

El tono de llamada se detiene y Percy responde con calma. "Hola Robby, ¿estás bien?"

"No, puto gilipollas", siseo. "Toda la mierda que pasó en Pekín fue cosa tuya. Admítelo."

"Sí, tienes razón. Lo siento", dice Percy. Su tono relajado casi me sube por las paredes.

"¿Lo siento? Tus juegos me han costado millones, por no hablar del tiempo que he dedicado a este proyecto. ¿Y dices 'lo siento'?"

"Ya sabes cómo pueden ser los negocios. No fue nada personal, te lo juro. Apostaste, y esta vez perdiste. Ahora tienes que superarlo".

"Voy a acabar con tu puta carrera", digo. "Vas a perderlo todo. Nunca vas a..."

"Oh, no me jodas", me interrumpe Percy. "Eso sería un poco exagerado, ¿no crees? Quiero decir, entiendo tu enfado, pero no lo has perdido todo, ¿verdad?"

"Esto no se ha acabado, Percy", grito.

"Sí que lo está. Ni siquiera construirás una perrera en todo Pekín. Mucho menos un hotel de lujo. Ríndete, Robby. Esta vez no va a suceder. Esto es un buen consejo que te estoy dando. Quédate atrás. De lo contrario, podrías meterte en otra serie de problemas que serán más grandes que un poco de dinero perdido y una agencia gubernamental malhumorada. Bueno, me tengo que ir. Mantén la cabeza en alto, ¿vale?"

Click.

Capítulo 36 ~Jessica~

Me despierto de madrugada. El sueño me ha sentado muy bien y el jet lag parece haber desaparecido por completo. Salto de la cama llena de energía, voy al baño y enciendo la ducha.

El agua caliente que corre sobre mi cuerpo desnudo aumenta aún más mi expectación por el día de hoy. Tengo la sensación de que hoy va a ser un día increíblemente bueno. Anoche fue tan increíblemente bonito -aunque me avergüence un poco que el cansancio me haya vencido en algún momento- y me siento tan cómoda con Robert, que estoy segura de que hoy le contaré por fin lo de nuestro bebé juntos.

Qué gran día será para él, pienso con una sonrisa y cierro la ducha. *Por fin podrá empezar a construir su hotel, y además se enterará de que va a ser padre.*

Ya le veo riéndose y abrazándose. Después de lo de ayer, no me cabe duda de que se alegrará de la noticia y de que nos convertiremos en una pequeña familia feliz.

Eufórica, salgo de la ducha, me seco y pienso en qué ponerme para celebrarlo. La reunión ya debe de estar en pleno apogeo y, cuando Robert regrese, seguramente habrá una pequeña celebración. Me decido por un discreto pero festivo vestido azul oscuro.

De camino al vestíbulo, empiezo a ponerme nerviosa. ¿Es realmente el momento de decírselo? Claro, un día u otro tendré que decírselo, no hay más remedio, ¿pero hoy? Me tranquilizo decidiendo esperar y decidir espontáneamente.

No, nunca funcionará así, pienso. *Siempre se me ocurrirá alguna excusa en el último segundo. Hoy es el día.*

Respiro hondo y miro la pequeña pantalla que indica la planta en la que se encuentra el ascensor. 4. 3. 2. 1.

Las puertas se deslizan a un lado y cruzo el vestíbulo a grandes zancadas. Ahora que ya no estoy tan agotada como ayer, puedo percibir todo el esplendor de este hotel. Es aún más magnífico y elegante de lo que lo recuerdo. Decido sentarme en una de las zonas de asientos situadas al borde del vestíbulo y esperar allí el regreso de Robert. Aún temblando ligeramente de excitación, me acerco a un rincón vacío y me siento.

En la pequeña mesa rodeada de tres sillones desparramados hay algunas revistas. *¿Por qué no? Quizá así me distraiga.*

Cojo una revista del montón, pero está escrita en chino. Molesta, la vuelvo a dejar a un lado y recorro el montón de arriba abajo. Sólo hay una revista en inglés y es, precisamente, una revista de cotilleos de famosos.

Y en un hotel tan lujoso, bueno, es mejor que nada, pienso. Empiezo a hojear las páginas de colores deslumbrantes, en las que aparece impreso un artículo exagerado tras otro.

A mitad de camino, se me corta la respiración. ¿Es Robert?

Claro que sí. El titular en amarillo chillón me grita literalmente: "¿El multimillonario del hotel en un delirio sexual? ¡¡¡Robert Hawk fotografiado en una fiesta ILEGAL en CHINA!!!! Lea toda la INCREÍBLE historia AHORA".

Atónita, hojeo el artículo. Al parecer, Robert no se limitó a ocuparse de sus asuntos en su última visita a Pekín. El texto habla de una gran fiesta en un lugar remoto y desierto donde se consumieron drogas en masa y se celebraron orgías. No puedo imaginarme que Robert participara en algo así, pero la foto de la página siguiente lo demuestra claramente.

Rodeado de jóvenes asiáticas que manosean a Robert y se acurrucan junto a él. Se encuentra en medio de una multitud que celebra.

Consternada, bajo la revista. ¿Es éste el hombre por el que estoy tan loca? ¿Es éste el padre de mi hijo? ¿Un adicto a la fiesta y al sexo? ¿Con cuántas mujeres se ha acostado desde que nos conocimos? No me lo puedo ni imaginar. No encaja en absoluto con su comportamiento de los últimos días, y sin embargo, las fotos hablan un lenguaje bastante claro.

Las lágrimas vuelven a correr por mis mejillas, pero esta vez son lágrimas de rabia. Rabia conmigo misma y con mi propia ingenuidad. ¿Cómo pude creer que algo podría salir de esto con Robert? ¿Que él vería en mí algo más que una bonita aventura? ¿Cómo pude ser tan estúpida y caer en sus tonterías románticas?

Miro el reloj y me doy cuenta de que la cita con Robert debería haber terminado hace tiempo. Leo una y otra vez el artículo de cotilleo, como si su contenido fuera a cambiar por arte de magia.

A pesar de que me costará toda mi fuerza, me decido firmemente a enfrentarme a Robert en cuanto regrese. No sólo quiero oír de su boca de qué fue esa fiesta siniestra, sino que también quiero que sepa que estoy embarazada de él. Aunque la idea de que me abandone como a una patata caliente me asusta de sobremanera, la incertidumbre es aún peor.

Una y otra vez mi mirada va y viene entre la revista y la puerta principal. Los minutos pasan como horas y mi nerviosismo aumenta a cada instante.

Por fin, después de una eternidad, una limusina negra y reluciente se detiene en la entrada del hotel y Robert y Francis bajan de ella. Con expresión pétrea y pasos rápidos, Robert se dirige hacia el hotel. Me levanto de un salto y corro hacia él antes de que pueda pasar a toda prisa y desaparecer en uno de los ascensores.

Cuando me ve, frunce el ceño. "Jessica", es todo lo que dice. Su voz es gélida y monótona.

"Yo", empiezo a decir dubitativa. Su actitud despectiva me desconcierta bastante y tengo que esforzarme para encontrar las palabras adecuadas.

"¿De qué se trata?", insiste, mirando tenso el reloj.

"Necesito hablar contigo. ¿Podemos hablar en privado?", le pregunto, mirando a Francis y a los numerosos huéspedes del hotel que nos rodean. Espero fervientemente que diga que sí para tener un poco más de tiempo y reunir el valor necesario para esta conversación. Pero Robert se limita a negar con la cabeza.

"No, no es un buen momento. Di lo que quieras ahora. Tengo otras cosas de las que preocuparme".

¿Qué le pasa? El hecho de que de repente esté tan molesto me hace sentir cada vez más insegura. No tengo ni idea de si debería soltarlo o si prefiero echarme atrás.

No, pienso. *Ya me he decidido y ahora voy a hacerlo. Se acabaron las excusas.* Sin pensar en lo que hago, le lanzo la revista de cotilleos.

"¿Qué es eso, eh?", pregunto con lágrimas en los ojos. "¿Soy sólo una de tantas para ti? Con cuántas chicas has estado desde que...". Me callo. Casi digo "desde que estamos juntos". Pero a estas alturas ya no estoy tan segura de que alguna vez lo hayamos estado.

Sin responder a mis preguntas, Robert hojea el artículo y su mirada se ensombrece cada vez más. Cuando llega al final del texto, dobla la revista sin decir palabra y se la entrega a Francis. "Averigua quién está detrás de esto", dice secamente. "Y asegúrate de que quienquiera que sea no vuelva a publicar ni una sola palabra". Sin volver a mirarme, Robert pasa a mi lado y Francis se apresura a seguirle.

"No había terminado", le digo con voz temblorosa. Robert se detiene bruscamente y me mira con las cejas levantadas.

¡Mierda! Ahora ya no hay vuelta atrás.

"¿Sí?", pregunta Robert, visiblemente molesto.

"Estoy embarazada", le digo. "Es tuyo".

De repente me siento muy mal. En realidad esperaba sentir alivio, pero ahora que las palabras se me han escapado irremediabilmente de los labios, el terror de la reacción de Robert se apodera de mí. No puedo hacer otra cosa que esperar. Los instantes pasan como horas, todo a mi alrededor parece moverse a cámara lenta.

Robert parece paralizado. "¿Desde cuándo?".

"Desde nuestra primera noche juntos. En el Langham, después de la partida de póquer", le digo.

De repente, Robert se echa a reír. Pero no es una risa sincera y alegre. Es una risa cínica y fría que me hiela la sangre. Involuntariamente, doy un paso atrás.

"¡Pues claro! ¿Por qué no? ¿Qué más puedo ofrecer, eh? Lo próximo será que Francis me diga que es un espía, ¿o qué? ¡Y Didier fue mi padre todo el tiempo! ¿Cuándo se va a acabar toda esta mierda, me lo puede decir alguien?".

Estoy completamente perpleja y no tengo ni idea de qué está hablando Robert. "¿Qué coño ha pasado? ¿Por qué, por qué estás así?", pregunto con cautela.

De repente, Robert parece cansado, casi agotado. "Hablemos de ello más tarde", dice, dándome la espalda. "Ahora no tengo tiempo para esto".

No puedo creer lo que Robert acaba de decirme. ¿Le he dicho que estoy embarazada de él y me dice que ahora no tiene tiempo para esto? No puede estar hablando en serio.

"Yo...", empiezo, pero Robert se da la vuelta y me mira enfadado. Nunca lo había visto así y siento un escalofrío.

"Jesús, Jessica. Ahora tengo otra serie de preocupaciones. ¿Es tan difícil de entender?", grita. Hago una mueca de dolor y siento lágrimas silenciosas correr por mis mejillas. Robert se gira hacia Francis. "No puedo soportar esto. Francis, asegúrate de que todo el equipo vuele hoy de vuelta a Estados Unidos. Yo me quedaré aquí un tiempo y luego me reuniré con vosotros".

"¿Yo también?", pregunto, sintiéndome increíblemente estúpida de inmediato. Por supuesto que se refiere a mí también, pero no puedo creer que quiera mandarme a casa después de un solo día, y eso después de haberle dicho que estoy embarazada de él. "¿Y qué será de?", empiezo tímidamente, sin saber exactamente a dónde quiero llegar con esta pregunta. ¿Qué será de mí? ¿De nosotros? ¿De nuestro hijo? ¿De mi trabajo?

"¡No todo se trata de ti!", me suelta Robert. "Desaparece de mi vista, Jessica".

Me siento entumecida mientras camino por el pasillo del hotel, arrastrando tras de mí mi maleta hecha a toda prisa. No tengo ninguna noción del tiempo, no sé si voy arrastrándome o corriendo, mi mente está ocupada con cosas completamente distintas.

A la salida del hotel subo a un taxi que me lleva al aeropuerto. Francis no ha podido meternos a todos en un mismo vuelo, así que ahora tengo que viajar sola a casa.

La ciudad pasa a mi lado llena de color. La ciudad donde mi carrera debería haber despegado por fin, donde todos mis sueños estuvieron a punto de hacerse realidad. Y todo lo que queda de ella es un montón de cenizas y un billete en clase turista de vuelta a casa, con un cambio de avión en Los Ángeles para colmo.

La reacción de Robert superó con creces mis peores temores. Hubiera esperado al menos un poco de comprensión por mi situación. Ni siquiera recibí una explicación por el artículo. En lugar de eso, ahora sí que lo he perdido todo: mi trabajo, el padre de mi hijo y cualquier esperanza de un futuro feliz y sin preocupaciones. Sé que en realidad no me ha despedido, pero si soy sincera conmigo misma, la cosa pinta bastante mal. El hecho de que esté esperando un hijo suyo no parece haberle conmovido lo más mínimo, y eso lo dice todo.

Toda esta miseria me está deprimiendo tanto que ni siquiera soy capaz de llorar. Me siento vacía. Como si caminara sonámbula por una pesadilla interminable sin la más mínima posibilidad de despertar.

Las imágenes de las últimas semanas caen sobre mí como una lluvia helada. La cena en *King's Joy*, el vuelo a Pekín, la noche en su loft, nuestro reencuentro en el Langham, la partida de póquer y el momento en que Robert casi me atropella a la salida del hotel. El sentimiento de arrepentimiento que se apodera de mí es insoportable.

Creo que todo fue un gran error. Ojalá nunca hubiera conocido a Robert.

Capítulo 37 ~Robert~

Dos horas después.

Un viento frío sopla sobre el solar vacío del centro de Pekín. Un periódico viejo cruje por el suelo irregular y queda atrapado en la valla de malla metálica que rodea el solar. Unas cuantas palomas picotean la tierra en busca de comida, y detrás de mí el tráfico de la ciudad produce un rugido monótono.

Llevo media hora aquí de pie, pensando en cómo demonios se ha podido llegar a esto. En un año, deberían haberse levantado magníficas columnas, lujosas suites, enormes piscinas y excelentes restaurantes. Aquí mismo. Qué va a ser de esta propiedad ahora. Ni el diablo lo sabe. Probablemente será otro apestoso y aburrido edificio de oficinas o un feo centro comercial. No quiero ni pensar que alguien pueda construir aquí un hotel de segunda categoría.

Y que Percy pudiera apuñalarme por la espalda de esa manera. Todavía no puedo creerlo. Nos conocemos desde hace años y siempre pensé que me ahorraría sus juegos de poder, que pondría el límite en mí, su mejor amigo. Pero parece que he cometido un gran error.

Desde la llamada telefónica con él, he estado pensando febrilmente cuál podría ser la razón de esta traición. Percy tiene dinero más que suficiente, no necesita eso, ¿verdad? ¿Tiene problemas de dinero de los que no me ha hablado? No, no puedo imaginar eso. Estoy seguro de que me lo habría contado antes de venderme.

Estoy seguro de que está detrás del artículo de la revista de cotilleos. Después de todo, fue él quien me arrastró a esa maldita fiesta y me arrojó a los brazos de esas zorras cachondas. Probablemente contrató a algunos paparazzi que estaban allí para competir por una oportunidad favorable de hacerme quedar como un fiestero enloquecido por el sexo. Probablemente tuve suerte de que sólo fuera un artículo con unas cuantas fotos borrosas. Quién sabe qué habría pasado si me hubiera tragado el *caramelo*. Un vídeo sexual como ese bien podría haberme costado todo mi imperio.

Mi mente se dirige a Jessica, quién me mostró este artículo. De todos los momentos, eligió ese para lanzarme más malas noticias. Aún así, reaccioné con demasiada dureza. No se lo merecía. Estaba tan frustrado por el juego sucio de Percy que no podía soportar más malas noticias. El artículo fue simplemente la gota que colmó el vaso.

Realmente necesito resolver este conflicto, eso está claro. El recuerdo de su mirada de asombro cuando le dije a Francis que le reservara un vuelo de vuelta me escuece dolorosamente. Cómo pude descargar mi ira con ella, entre todas las personas. Es algo que no entiendo en absoluto.

Mientras miro al vacío, ensimismado en mis pensamientos, oigo de repente un carraspeo. Me sobresalto y me doy la vuelta. A mi lado hay un chino de aspecto anodino con un traje gris aburrido pero perfectamente ajustado. No tengo ni idea de cuánto tiempo lleva ahí de pie.

"¿Quién es usted y qué hace en mi propiedad?", le pregunto.

"He venido a traerle saludos cordiales de un amigo común", dice mirándome por encima de sus gafas.

"No tengo ni idea de quién me habla", le digo. "Váyase o haré que le detengan por allanamiento de mi propiedad privada".

"No me gustaría llegar a eso, pero si no puede resistirse, adelante. Sin embargo, le ruego que primero escuche lo que tengo que decirle", responde con calma, sacando un trozo de papel de su bolsillo interior.

"Entonces, ¿qué tiene que decir?", pregunto impaciente.

"Resulta que sé que ya no necesitará esta propiedad. Por eso me gustaría comprársela. ¿Qué me dice? Esta es mi oferta", me dice y me entrega el papel.

"¿Cómo lo sabe?", le pregunto escéptico. Ignoro la nota que tiene en la mano.

"Como le he dicho, tenemos un amigo en común".

Solo ahora comprendo su críptico mensaje. "Así que contrató a Percy para sabotear mi proyecto de construcción, ¿verdad?", pregunto. En lugar de responder, se limita a guiñarme un ojo conspiradoramente. Que el hombre que está detrás de todo esto se refiera a mí como un buen amigo me llena de asombro y rabia a partes iguales.

"¿Y bien?", dice, agitando el trozo de papel que aún me tiende con el brazo extendido.

Molesto, le quito el trozo de papel y lo despliego. Cuando veo el número que, obviamente, ha garabateado sin amor, se me escapa una carcajada burlona.

"Tiene que estar de broma", digo, tirando el trozo de papel al suelo.

"En absoluto, ¿qué le hace pensar eso?", pregunta con expresión inocente.

"¿Sabe cuánto vale esta maldita propiedad?"

"Hasta el último céntimo, sí. Y también sé que no recibirá una oferta más alta. ¿Entonces? ¿Tenemos un trato?". Me tiende la mano y sonríe como un hombre de negocios.

Sacudo la cabeza, disgustado, y me alejo sin siquiera reconocer su oferta con otra palabra. Esto es más humillación de la que puedo soportar.

"No tiene elección, Sr. Hawk", me dice el hombre de negocios chino. "Cuando supere su orgullo, póngase en contacto con nuestro amigo común. Él le remitirá a mí. Que tenga un buen día".

Agotado, cruzo el vestíbulo del hotel, aunque me dirijo directamente al bar en lugar de a los ascensores. Este día ha sido una mierda infinita, y nunca había necesitado tanto una copa en toda mi vida como ahora.

Me hundo en uno de los taburetes y pido un whisky grande. El camarero sirve, pero cuando vuelve a apartar la botella, le agarro del brazo.

"Déjalo aquí", le digo y dejo unos billetes sobre la barra. "Confía en mí, te ahorrará trabajo".

Mientras bebo, pienso en toda mi carrera. ¿Es este el trabajo adecuado para mí? Claro que los hoteles en Estados Unidos van muy bien, pero el hecho de que el primer proyecto de construcción en el extranjero fracasara tan estrepitosamente plantea algunas preguntas incómodas.

El whisky nubla mis pensamientos y extiende por mi cuerpo un calor agradablemente reconfortante.

¿*Realmente merece la pena?*, pienso y dejo vagar mi mirada. Podría invitar a copas a todos los huéspedes de este hotel durante un año y ni siquiera me picaría el gusanillo. Pero, ¿qué gano yo con esto? Mi mejor amigo me está vendiendo a un tiburón inmobiliario chino, he despedido a la mujer que está embarazada de mí, y la persona con la que más tiempo paso es mi aburrido y obediente asistente.

De repente, veo un destello con el rabillo del ojo. Me doy la vuelta y veo a un joven apuntándome con una cámara. *Otro estúpido paparazzi no*, pienso, y me levanto de un salto,

decidido a arrebatarse la puta cámara de la mano y romperle el cráneo con ella. Ya he dado dos pasos hacia él cuando veo que una joven se pone a su lado y él la rodea con el brazo. Juntos miran la pequeña pantalla de la cámara sin prestarme más atención.

Sólo estaba haciendo una foto a su novia, gilipollas, pienso. Me calmo.

Como un tonto, me paro en medio del bar, me giro, y vuelvo a sentarme en mi sitio en la barra. Siento literalmente las miradas de los demás clientes. Cojo la botella y lleno el vaso hasta arriba.

"Bueno, ¿qué celebran aquí?", oigo de repente la voz de una mujer a mi lado. Con las cejas levantadas, me doy la vuelta y miro a la cara a una joven rubia. Lleva un vestido negro ajustado con un escote increíble. Su figura me habría vuelto loco hace unas semanas, pero ahora.

"Nada", digo secamente. "¿Nos conocemos?".

"Todavía no", responde con voz dulce y azucarada y se sienta a mi lado. "¿Me sirves uno a mí también? Así podemos cambiar eso".

"Ya hay una mujer en mi vida", le digo y me pongo de pie. "Al menos eso creo. Sírrete si quieres. Yo ya he terminado".

Capítulo 38 ~Jessica~

Al cruzar la terminal del aeropuerto de Chicago y dirigirme a la salida, veo a Amy que viene hacia mí con los brazos abiertos. La sensación de entumecimiento se desvanece de repente ante esta visión y, mientras Amy me envuelve en sus brazos, ya no puedo contener las lágrimas.

"Shhhh, no pasa nada", me dice acariciándome la espalda. "Todo irá bien, te lo prometo".

No sé de dónde saca Amy ese optimismo incorregible. Me encantaría contradecirla e insistir en que nunca volveré a ser feliz, pero no tengo fuerzas. Así que me cuelgo en sus brazos y absorbo sus palabras reconfortantes como una esponja seca.

"Venga, vámonos a casa. Yo pago el taxi", dice Amy cogiéndome de la mano. "Y luego podrás contarme con calma todo lo que ha pasado".

Cuando he recuperado hasta cierto punto la compostura, toda la historia brota de mí como una cascada. Cuento y cuento hasta que empieza a dolerme la garganta. Hace rato que llegamos a casa cuando por fin termino la historia. Amy nos ha preparado dos grandes vasos de mojito.

"Es realmente increíble. ¿Y de verdad te ha dejado plantada así?", pregunta, atónita.

Asiento con la cabeza y me quedo mirando mi cóctel, que ha preparado especialmente para mí sin alcohol.

"Y lo de la revista de cotilleos, ¿de verdad crees que es verdad todo lo que ponía en ese artículo? Quiero decir, ya sabes que siempre exageran mucho".

"Había fotos, Amy", le digo. "Pero de verdad, ahora no importa. Esto con Robert no tiene futuro. No puedo confiar en que se arrastre y me ruegue que le perdone y entonces todo volverá a ir bien. No es esa clase de hombre, o nunca se habría hecho tan rico. Ahora tengo que ver cómo puedo arreglármelas sin él". La idea de tener que volver a empezar de cero duele.

"¿Vas a volver a trabajar en el Langham?", pregunta Amy con cautela.

"No lo sé. Como ahora Robert es el dueño, no sé si volverán a contratarme. O si me apetece", digo con desánimo. De hecho, no tengo ni idea de qué hacer ahora. Mi último intento de solicitar trabajo en otros hoteles fue hace menos de quince días, así que mis posibilidades no habrán mejorado mucho. Pensar en ello me provoca de nuevo una intensa ansiedad, por lo que cambio rápidamente de tema.

"¿Cómo te han ido las cosas por aquí?", pregunto.

"Oh, me refugié en mi trabajo para no alterarme demasiado con el asunto de Jason. Es la ventaja de ser abogada. Si necesitas una distracción, siempre puedes enterrarte en el trabajo hasta las orejas".

"¿Y qué pasó con tu masajista?", pregunto. Al fin y al cabo, Amy se había lanzado de cabeza a su siguiente aventura después de pillar a Jason con esa otra zorra.

"Ah, eso". Amy se desentiende. "Sí, era muy bueno con los masajes, pero, bueno, eso era todo".

Las dos nos reímos brevemente y luego nos quedamos pensativas en silencio. Sorbemos nuestro cóctel sin decir ni una palabra más.

Al cabo de un rato me levanto y me pongo los zapatos. "Necesito salir un rato", digo. "Estar un rato conmigo misma, respirar aire fresco y ordenar mis pensamientos".

"¿No preferirías que te acompañara? Ya está anocheciendo", señala Amy. Yo me limito a negar con la cabeza.

"No, está bien. Voy a dar un paseo", respondo, cogiendo las llaves.

"Al menos llévate el móvil", dice Amy con expresión preocupada. "Por si surge algo".

"Sí vale, está bien, mamá", le digo, guiñándole un ojo.

Móvil en mano, salgo del piso y poco después estoy en la calle, que el sol del atardecer baña de un cálido color naranja.

Mi paseo habitual es por el cercano Buttercup Park, un bonito espacio verde no muy lejos de nuestro piso. Con los ojos bajos, pensativa, paseo entre prados, arbustos y árboles. Pienso en dónde más podría presentarme, en si debería volver a intentarlo en el Langham a pesar de Robert, y en cómo me las voy a arreglar sola con el bebé.

Estoy tan preocupada que ni siquiera me doy cuenta de que está anocheciendo. El sol desaparece detrás de las casas y la noche se cierne poco a poco sobre el parque. Sólo cuando tropiezo con unas gruesas raíces que no había visto en la oscuridad me doy cuenta de lo tarde que es.

Mierda, pienso. Ahora voy a casa.

Acelero el paso y tomo el camino más corto para salir del parque. Ya veo la salida y los coches aparcados detrás, cuando de repente un brazo musculoso me rodea el cuello y una mano pesada y áspera me tapa la boca. Siento un frío insoportable en la sien. Me sobresalto y el corazón me da un vuelco antes de reanudar su doloroso trabajo. La adrenalina me recorre el cuerpo y siento el sudor del miedo en la frente.

"Cállate de una puta vez o te mato, ¿me oyes? Un sonido y te vuelvo la puta cabeza".

Aunque mi pulso late más rápido que nunca en mi vida, intento mantener la calma en la medida de lo posible. Lentamente, el desconocido retira su mano de mi boca.

"Si gritas, te mato, ¿entendido? Sólo me responderás en un susurro, ¿entendido?", dice.

Asiento con la cabeza.

"Bien, buena chica. Ahora entrégame tu dinero", ordena en un susurro.

Mierda, pienso. No llevo ni un céntimo encima. Sólo me he llevado el móvil y las llaves. Cierro los ojos y rezo por salir viva de este parque.

"Bueno, ¿me lo das?", me sisea el hombre al oído. Hago una mueca de dolor e intento responder lo más bajo posible sin echarme a llorar.

"No llevo dinero encima", susurro.

"¡Y una mierda!" El cañón de la pistola se clava dolorosamente en mi sien.

"Te lo juro. Sólo llevo mi teléfono, nada más. Sólo iba a dar un paseo, por eso no me llevé la cartera".

Por un momento el hombre detrás de mí se queda en silencio. Puedo sentir su aliento caliente y apestoso en mi nuca mientras parece contemplar qué hacer conmigo ahora.

Con los ojos muy abiertos, miro fijamente en la oscuridad cada vez más profunda, temblando y esperando mi sentencia.

"Vale, saca el teléfono y ponlo en el suelo. Luego das dos pasos y esperas ahí. ¿Entendido?".

"Sí", susurro, ejecutando sus órdenes con dedos temblorosos. Saco el móvil del bolsillo del pantalón, me inclino lentamente hacia delante y coloco el teléfono en el suelo. De repente, siento su mano en mi trasero.

"Sólo quería asegurarme de que no escondías unos dólares en alguna parte", dice con gracia.

Con lágrimas en los ojos, vuelvo a enderezarme, me trago la humillación y doy unos pasos hacia delante.

"Eso es. Ahora te quedas ahí, te tapas los oídos y cuentas despacio hasta cien, ¿entendido? Cuando termines, puedes irte. Si te mueves o bajas las manos antes, me pondré detrás de ti y te volaré la cabeza. Vamos".

Lentamente, levanto las manos y me las pongo sobre las orejas. El murmullo lejano de la calle se apaga. No tengo ni idea de si el hombre sigue detrás de mí o ya se ha marchado. Con voz temblorosa empiezo a contar.

"Uno. Dos. Tres."

Capítulo 39 ~Jessica~

"¿Jess? ¡Jessica! ¿Estás por aquí?". La voz de Amy atraviesa los árboles que me rodean y apenas llega a mis manos, que aún están cerca de mis oídos. Aunque hace tiempo que he contado hasta cien, el miedo sigue en mis huesos y continúa paralizándome. Lágrimas silenciosas corren por mis mejillas y gotean sobre mi camiseta.

Lentamente bajo las manos y el ruido de la ciudad llega a mis oídos con un volumen desacostumbrado. Abro los ojos y miro a mi alrededor en busca de Amy. La oscuridad es total.

"¡Amy!", grito. "Estoy aquí".

De repente, Amy sale de detrás de un amplio seto y corre hacia mí. "¿Qué demonios haces aquí todavía? Estaba tan preocupada", dice echándose a mi cuello.

No digo nada y me limito a abrazarla lo más fuerte que puedo. Estoy tan contenta de seguir viva y de que Amy esté aquí que se me olvida hablar.

"¿Qué estás haciendo?", me presiona Amy mientras sigo abrazándola con todas mis fuerzas. "No puedes estar paseando por este parque en mitad de la noche. Dios sabe lo que podría haber pasado".

"Dios sabe lo que ha pasado", digo con voz ronca. "Me han atracado".

"Joder, ¿qué?". Amy me agarra por los hombros y me aparta de ella para mirarme profundamente a los ojos. "Estás de broma".

"No. Tenía una pistola y quería mi dinero, pero yo no tenía, y luego cogió mi teléfono y me dijo que contara hasta cien y luego", se me escapa.

"Tranquila Jess, tómatelo con calma. Mejor vamos a la calle primero y llamamos a la policía", sugiere Amy. Asiento y juntas salimos del oscuro parque.

"Muy bien, señorita Collins. Por favor, díganos qué ha pasado exactamente", dice el policía que llegó a nuestra casa poco después de la llamada de emergencia de Amy. "¿A qué hora salió de su piso?".

"Debía de ser poco después de las ocho", respondo. "Luego vine andando hasta aquí. Sólo se tarda unos cinco minutos, vivimos cerca".

El agente toma algunas notas y luego vuelve a dirigir su mirada hacia mí. "¿Y cuánto tiempo estuvo entonces en este parque?".

"Sinceramente no lo sé exactamente. Estaba pensando en muchas cosas y perdí la noción del tiempo. Pero sí recuerdo que el sol se estaba poniendo cuando me atacaron", informo con valentía.

"¿Y puede describir al agresor?", pregunta el policía.

"Sólo sé que tenía unos antebrazos bastante fuertes. Por lo demás, no vi nada de él".

"¿Puede estimar aproximadamente la altura del hombre?", sigue preguntando el policía.

"Un poco más alto que yo. Podía sentir su aliento en mi nuca y su voz estaba muy cerca de mi oído".

"Eso definitivamente nos ayuda. Intentaremos averiguar lo que podamos. Ahora deberías irte a casa y descansar un poco. Si necesitas apoyo psicológico, ponte en contacto", me dice con voz tranquila y me entrega una tarjeta.

"¿Vais a encontrar al gilipollas?", insta Amy.

"Tengo que decir con toda sinceridad que no creo que podamos localizar al autor en una ciudad como Chicago cuando tenemos tan pocas pistas. Pero haremos lo que podamos. Cuídese". Con estas palabras, el policía se aparta de nosotros y se une a sus compañeros que han estado registrando el parque en busca de pistas, al parecer también sin éxito.

"Las cosas que te pasan. Es realmente increíble", dice Amy, tirando su chaqueta en el sofá. "Nadie se lo cree. Primero lo de tu trabajo, luego lo de Robert, y ahora también te atracan. Mierda, Jessica".

"Lo sé", resoplo, dejándome caer en el sofá junto a la chaqueta de Amy. "Yo también me estoy cansando. Necesito descansar unos días, pero supongo que puedo despedirme de eso. Mañana miraré de comprarme un teléfono nuevo y luego buscaré otro trabajo".

No me gusta nada la perspectiva de otra maratón de solicitudes de empleo. Y el hecho de que ahora tenga que gastarme dinero en un teléfono nuevo me gusta aún menos. Mientras miro hacia la nada, intentando procesar lo que acaba de pasar, suena el móvil de Amy.

"Oh, es tu madre", dice, mirando la pantalla con asombro. "¡Toma!".

Le quito el teléfono de la mano y pulso el botón de llamada.

"Hola, mamá", le digo.

"Chica, ¿qué pasa? Llevo todo el rato intentando localizarte", se queja mi madre.

"Esto te va a preocupar, pero te aseguro que estoy bien".

"Dios mío, ¿qué pasa?". Puedo percibir literalmente el pánico en la voz de mi madre.

"Me han robado", digo, entrecerrando los ojos, esperando un largo monólogo compasivo. Pero no se materializa, y mi madre se limita a respirar frenéticamente al teléfono. "¿Mamá?".

"¡Niña, esto es terrible! ¿Estás bien?".

"Sí, ya te lo he dicho. Sólo tiene mi teléfono móvil. Por eso no has podido localizarme".

"Ay, mi pobre Jessylein", dice mi madre, "¿vamos a visitarte? Necesitas a alguien que te cuide en la gran ciudad, ¿no? Es demasiado peligroso".

"Tonterías", digo yo. No necesito que mis padres se queden aquí mientras lucho por sobrevivir. "Estaré bien. Nunca me ha pasado nada más. Y tendré más cuidado a partir de ahora, lo prometo".

"De acuerdo", mi madre cede. "Entonces seguiremos aquí y esperaremos a que vuelvas a visitarnos alguna vez".

"Lo haré en cuanto pueda. ¿Cómo os va a vosotros?", cambio de tema.

"Oh, siempre es algo", se evade mi madre. "Básicamente bien, pero ya sabes".

"No, no lo sé", la apremio. "¿Qué pasa?".

Mi madre respira hondo antes de continuar. "Hoy ha venido un agente judicial a casa. Están embargando algunos de nuestros objetos de valor para pagar la deuda".

Me quedo de piedra. No tenía ni idea de que la situación fuera tan grave. "¿Qué, por qué no lo dijiste antes?", pregunto.

"¿Qué íbamos a hacer? Tú tampoco tienes suficiente dinero", dice.

Debería habérselo pedido a Robert cuando pude, pienso. "¿Cuánto tiempo queda?".

"Tres días, luego volverá y se llevará todo lo que pueda tener valor. El cuadro de tus abuelos, la preciosa mesa de comedor antigua, la tele. Estaremos aquí sentados en una casa vacía. Jessica, no sé qué más hacer", solloza mi madre.

"Oye, lo solucionaremos de algún modo, te lo prometo. Ya lo verás, todo irá bien. Pagaremos las deudas a tiempo", le digo, aunque no tengo ni idea de cómo hacerlo.

"Bueno, si tú lo dices. Entonces no te molestaré más. Te quiero, hija mía", dice mi madre.

"Yo también te quiero", le digo. De nuevo se me llenan los ojos de lágrimas. "Y a papá también".

Capítulo 40 ~Robert~

La noche siguiente.

Me despierto sudando frío. Todavía es de noche y sólo la tenue luz amarillenta de las farolas penetra en mi suite. Casi creo percibir a Jessica en la oscuridad, acercándose lentamente a mi cama. Pero cuando los faros de un coche revolotean por las paredes que me rodean, me doy cuenta de que estoy solo.

"Jessica", suspiro. En mi sueño de hace un momento, nos vi de pie junto a nuestro hijo en un cruce enorme y ruidoso. Jessica intentaba comunicarme algo, pero el tráfico que nos rodeaba era tan ruidoso que no entendía ni una palabra. En algún momento se dio por vencida y cruzó el centro de la carretera con el niño en brazos. Los coches pasaron zumbando a su lado y ella llegó ilesa, pero yo no me atrevía a dar el primer paso. Miré a mi alrededor en busca de un semáforo y no lo encontré. Y cuando volví la vista hacia Jessica y nuestro hijo, habían desaparecido. Eso es todo lo que recuerdo.

Agotado y con un gran zumbido en el cráneo, me levanto y me tambaleo hasta el minibar para abrir un agua con gas. Me bebo de un trago todo el contenido de la pequeña botella. El ácido carbónico me quema en la garganta y el ligero dolor me despierta poco a poco y me despeja lentamente la cabeza.

Me acerco a la ventana y miro a la calle, pero mi mente vaga por medio mundo, hasta Chicago. Que Jessica esté embarazada es tan culpa mía como suya. El artículo de la revista de cotilleos es menos culpa suya, y como futura madre de mi hijo, no puedo culparla por querer saber de qué iba aquella fiesta.

Madre de mi hijo, pienso y sonrío. Podría haber sido peor. Podría haber sido que una zorra se quedara embarazada de mí por accidente. Podría haber sido algún pobre idiota el que dejara embarazada a Jessica. El hecho de que los dos estemos esperando un hijo juntos, de todas las cosas, es realmente un gran golpe de suerte. Yo no me canso de ella, ella no se cansa de mí, y el niño tendrá todas las oportunidades del mundo gracias a mi fortuna.

El hecho de haber tratado así a Jessica cuando me puso la revista delante del pecho me parece cada vez más cruel. Y que ayer me bañara en autocompasión en el bar en lugar de arreglar las cosas con ella como un hombre es simplemente vergonzoso.

Decidido, cojo el móvil y marco su número. Por alguna razón, de repente siento que cada segundo cuenta. Pulso el botón de llamada y espero ansioso, pero el tono de llamada no suena. Una grabación automática me dice que el número no está disponible.

¿Cómo es posible?

Desilusionado, cuelgo y me dejo caer en el borde de la cama. ¿Qué hago ahora? Mi primer impulso es llamar al Langham, pero seguramente tendrán el mismo número que yo tengo, después de todo, ella ya no trabaja allí.

Durante un rato me quedo mirando la oscuridad, pensando en las horas que pasamos juntos con Jessica. Su dulce sonrisa, su risa, la sensación que tengo cuando está cerca de mí. Me doy cuenta de lo que tengo que hacer.

Cruzo mi habitación a grandes zancadas y enciendo la luz. Por un momento me ciega y entrecierro los ojos para acostumbrarme a la claridad, pero mientras tanto ya empiezo a recoger

mis cosas. Pekín ha muerto para mí. No tengo ninguna razón para seguir aquí.

Mientras meto descuidadamente mis camisas en una gran maleta, llamo a Francis. Como siempre, cuando intento localizarle, contesta casi de inmediato y suena muy despierto.

"¡Buenos días, señor!", dice.

"Es medianoche", le digo. "¿Nunca duermes?".

"No cuando hay trabajo que hacer, señor", responde obediente. Nunca me di cuenta del crack que tengo a mi lado. Estoy firmemente decidido a subirle el sueldo a Francis en cuanto las cosas se arreglen aquí.

"Muy bien. Porque hay algo que hacer. Nos vamos. Prepárate para partir, y cuanto antes", digo mientras sigo echando ropa en la maleta.

"Muy bien, señor", dice Francis y cuelga.

Voy a ser padre, pienso. De nuevo sonrío. Es como si me hubiera quitado un gran peso de encima y alguien me hubiera arrancado la venda de la cabeza para que por fin tenga una visión clara y pueda ver lo realmente importante: Jessica y la familia que voy a formar con ella.

Pekín era un gran lastre del que debería haberme deshecho hace mucho tiempo, pero más vale tarde que nunca. Dejemos que Percy y sus socios se lleven esta victoria, no tienen ni idea de lo que realmente importa. Son unos imbéciles solitarios que intentan llenar el vacío que llevan dentro con lujos y sexo sin sentido, igual que yo he estado haciendo durante demasiado tiempo. Pero Jessica me ha abierto los ojos. Tengo que llegar a ella lo antes posible. Aunque tenga que rodear medio planeta para hacerlo.

Una hora más tarde, Francis y yo atravesamos el aeropuerto a toda prisa. Como aún estamos en plena noche, la carretera de acceso al aeródromo sigue cerrada. Tenemos que atravesar los grandes vestíbulos donde se reúnen decenas de miles de viajeros durante el día, y luego tomar un autobús de línea desde una puerta vacía hasta mi jet privado.

El aeropuerto parece completamente desierto, con sólo un tipo sentado torcidamente en uno de los varios asientos, dormitando. Cuando nos acercamos con pasos rápidos y el ruidoso traqueteo de las maletas con ruedas, se sobresalta y se gira hacia nosotros.

"¿Percy?", pregunto desconcertado.

"Mierda, tío, ahí estás. Empezaba a pensar que no ibas a venir", responde Percy, frotándose el sueño de los ojos.

"¿Cómo? Oh, joder, no quiero ni saberlo", digo y sigo caminando. No tengo tiempo y tampoco me apetece lidiar con este traidor ahora. Percy, sin embargo, no está de acuerdo y se interpone resueltamente en mi camino.

"Tienes que escucharme, tío", dice Percy.

"No tengo que hacer nada", digo molesto y empujo a Percy a un lado, haciéndole caer con fuerza al suelo.

"¡Yo no quería nada de esto! Robby, tienes que creerme, yo nunca te traicionaría así, ¿de acuerdo? Ellos, ¡me obligaron a hacerlo!".

"Ridículo", digo. "¿Quién podría obligar al gran Percy Arlington a hacer algo?".

"Tío, eso no tiene gracia", dice Percy, poniéndose en pie. "Tienen mi pasaporte, mi carné de conducir y todos mis papeles. Incluso tienen mis putas tarjetas de crédito. No tengo adónde ir, ¿me entiendes? Estoy atrapado aquí, y además me están pinchando el teléfono. Son malos, los hijos de puta, Robby, no sabes una mierda". La mirada de Percy parece apesurada. Sigue mirando por los largos y desiertos pasillos que conducen a las otras puertas. "Pronto me

encontrarán, no puedo esconderme aquí para siempre".

"¿Quiénes son?", le insto. "Quién está detrás de toda esta mierda, ahora dímelo".

"Tío, ¿qué sé yo? ¿Crees que se me han presentado? Hola Percy, soy el Ming Lao y este es mi colega, el simpático Sr. Shin? ¿O cómo te lo imaginas? Tío, me plantaron un montón de drogas ilegales cuando estaba de vacaciones aquí. Los polis me trincaron como a un maldito delincuente de poca monta. Y cuando me dejaron salir, ¡todas mis cosas habían desaparecido! ¡Desaparecieron! Dijeron que podrían plantarme otras cosas si no hacía lo que decían, y entonces perdería mi...". De repente, Percy se queda en silencio. Su mirada se queda en blanco y toda la tensión de su cuerpo se disuelve en el aire. Como un saco de patatas, se desploma.

"¿Tu qué?", pregunto, notando que el fastidio ha desaparecido de mi voz. ¿Me está dando pena este estúpido?

"No te preocupes. Que sepas que con esta gente no se juega", dice Percy mansamente.

"Ya me he dado cuenta. Me has dado bastante dolor de cabeza con tus juegos. ¿Qué más tengo que agradecerte, eh?", pregunto.

"Ya sabes lo de la constructora y las autoridades. Y los bancos, por supuesto. Lo que quizá no sepas es que las dos chicas del club donde estabas con Francis también eran mías. La bebida tampoco estaba precisamente limpia. Las dos chicas luego robaron tu mierda por orden mía y utilizaron tu teléfono móvil para decirle a tus gestores que vendieran la propiedad de Pekín".

Me quedo sin palabras. Siempre supe que Percy era una serpiente astuta, pero este nivel de astucia me sorprende.

"¿Y el Langham? Que compré el Langham, ¿también te lo debo a ti?", pregunto.

"¿El Langham? No, no lo sé. No tuve nada que ver con eso, ¡lo juro!", dice Percy, levantando las manos a la defensiva.

"Pero por qué iba a", empiezo, pero en realidad me doy cuenta de por qué quería comprar el Langham. Jessica. Fue siempre por Jessica. "Olvídalo. Te tomo la palabra, pero si vuelves a joderme aquí, será la última vez que me veas. ¿Está claro?".

"Sí, está claro", dice Percy. "¿Qué vamos a hacer ahora?".

"¿Supongo que no puedes subirme a mi avión?", pregunto.

"No, ni hablar. Si se enteran de que he salido del país, estoy perdido. Tienen a su gente en todas partes, no sólo en Pekín".

"Vale. Pasa desapercibido por ahora. Tengo que ir a Chicago, pero ya se me ocurrirá algo, ¿vale? Te sacaremos de aquí de alguna manera", digo.

Percy asiente con la cabeza y se marcha a toda prisa. Todo esto se está volviendo cada vez más loco.

Capítulo 41 ~Jessica~

El timbre de la puerta de cristal grasiento de la tienda de tecnología, enrejada por dentro, anuncia mi visita. La tienda está desierta. Hay una gruesa capa de polvo en las estanterías y un olor a humedad en el aire. En algún lugar detrás del desordenado mostrador de ventas se oye un suave crujido y, finalmente, un viejo gordo asoma la cabeza a través de unas cortinas descoloridas.

"¿Sí?", grazna.

"Buenas tardes", le digo tímidamente. "Necesito un teléfono móvil".

El hombre refunfuña algo ininteligible y se contonea detrás del mostrador, donde primero toma aire y luego me mira con curiosidad. "¿Qué quieres pagar por uno?", pregunta.

"Um, la verdad es que me da igual. Simplemente no debería costar demasiado", admito.

"Ajá. Sí, conozco a gente como tú. Móvil en el culo, y hasta que salga el nuevo al mercado, tiene que ser algo barato, ¿eh?".

"No, eso no es del todo", digo, pero el hombre me corta.

"Entonces debes tener algún secreto, ¿eh? Un segundo móvil, seguro es eso, lo sé. Vender drogas, engañar a tu marido, llamadas amenazantes y todo eso. No es nada nuevo".

"Lo estás entendiendo todo mal, sólo necesito...".

"¿Contrato o prepago?".

"¿Cuál, por favor?".

"Contrato o prepago", repite lentamente. "Si tienes contrato, te doy uno sin tarjeta. Si no, aquí también tengo prepago. Así con crédito y tal. Cómo entonces".

"Um, prepago, por favor", digo torpemente. Ni siquiera he pensado en que necesito una tarjeta nueva. Tengo que llamar a mi proveedor más tarde y bloquear el número.

"¿Cuánto?", pregunta el hombre, rebuscando en un cajón.

"¿Veinte dólares?".

"De acuerdo. Entonces son ciento veinte dólares. Cien por el móvil, y veinte por, ya sabes. Y encima le pongo un cable de carga, porque soy majo", dice, colocando sobre la mesa un teléfono barato y rayado, de al menos seis años de antigüedad.

"¿Cien por esta cosa?", pregunto incrédula.

"¿También te pones descarada o qué?", me suelta. Me sobresalto.

"No, no. Sólo pregunto", le digo y tiro el dinero exigido sobre el mostrador.

Cuando vuelvo a casa, veo que Amy no está. Cansada, me siento en el sofá y enciendo el viejo móvil. Tardo una eternidad en encenderlo. El anticuado menú apenas se reconoce por los arañazos.

Lo primero que hago es guardar el número de Amy, que por suerte aún me sé de memoria. La he llamado tantas veces desde cabinas telefónicas, teléfonos de bares y el fijo de mis padres que podría recitar su número mientras duermo. Rápidamente le escribo un mensaje para que también tenga mi nuevo número.

Al enviar el mensaje, me invade un dolor agudo de la nada. Siento como si un centenar de cuchillas me atravesaran el abdomen.

Encorvada y con los ojos llenos de pánico, corro al cuarto de baño, donde me doy cuenta de

que mis pantalones blancos se han puesto rojos en la entrepierna. Casi se me ponen los ojos en blanco, pero consigo serenarme.

Esto no puede estar pasando, pienso. Dios, por favor, no.

Me entra el pánico y busco en Internet el número de mi ginecólogo. El tono de llamada suena en mis oídos como el pitido de un monitor cardíaco. Por fin contesta la recepcionista.

"Buenas tardes, esta es la consulta de".

"Sí, soy Jessica Collins. Se trata de una urgencia. Estoy embarazada, pero creo que me acaba de venir la regla", gimoteo.

"Cálmese, señorita Collins. Intente respirar con calma. Le paso con el Dr. Patel".

"Vale", digo, intentando respirar con calma, pero sin conseguirlo muy bien.

"Señorita Collins, ¿sigue ahí?", pregunta una voz tranquila. La reconocería en cualquier momento entre miles de voces. La forma de hablar del Dr. Patel siempre ha tenido un efecto muy tranquilizador en mí.

"Sí, sigo aquí. Tengo...".

"Hemorragia en el embarazo", el Dr. Patel se me adelanta. "Es especialmente importante ahora que esté tranquila. Venga a la consulta y echaremos un vistazo, ¿vale?".

"Sí, sí, de acuerdo", digo.

Dos minutos más tarde estoy de pie junto a la carretera, haciendo señas a un taxi para que se acerque. Me pongo rápidamente otro par de pantalones y una compresa antes de salir corriendo del piso, todavía doblado por el dolor.

Por fin se detiene un taxi y me subo al asiento trasero antes de que el conductor pueda bajarse. "Conduce", le digo. "A la consulta del Dr. Patel. Está en Lion Street. Y que sea rápido".

El conductor, que parece haber esperado toda su vida ese momento, pisa el acelerador y sale a toda velocidad. En el primer cruce casi chocamos con un coche deportivo, que consigue dar un volantazo justo a tiempo.

Capítulo 42 ~Robert~

Unas horas antes.

Después de que mi avión hiciera escala en Los Ángeles para repostar y dejar salir a algunos miembros de mi personal, está de nuevo en el aire, y de camino a Chicago.

Durante el vuelo me llegó un mensaje de Percy, que al parecer envió desde un número extranjero. En él me decía que había podido averiguar más cosas sobre sus clientes. Al parecer, el East Asia Hosting Group -la mayor cadena hotelera de China y de toda Asia- está detrás de toda esta triquiñuela.

Tras pensarlo un momento, decidí lanzar un último contraataque. Me puse en contacto con todos los servicios de catering, empresas de transporte, fabricantes de muebles y muchas otras empresas que sé que trabajan con el East Asia Hosting Group. Les conté la historia de Percy. Muchos de ellos han prometido cancelar sus contratos con East Asia Hosting Group.

Eso mantendrá muy ocupados a esos malditos gángsters. Podrán acabar con un competidor, pero ¿qué van a hacer cuando cientos de empresas se giren contra ellos?

En algunos casos, incluso he localizado las lavanderías donde limpian las sábanas sucias de sus hoteles y les he prometido grandes sumas de dinero si "se les escapa un hotel de vez en cuando". Puede que esto no hunda a la empresa, pero literalmente mancharía su imagen como es debido.

Mientras el avión se acerca a Chicago, suena mi teléfono móvil. El número de la persona que llama está oculto, pero sé exactamente de quién se trata.

"Muy buenos días", le digo.

"Supongo que no quiere aprender de sus errores, señor Hawk", dice la voz del hombre de negocios que se ha reunido conmigo en la obra de Pekín.

"No tengo ni idea de lo que quiere decir", digo, sin poder evitar sonreír.

"¿Cree que nuestros hoteles se hundirán si perdemos a nuestros proveedores de servicios? Eso es absolutamente ridículo, incluso para sus estándares, Sr. Hawk".

"Oh, no creo que sus hoteles quiebren por eso. Pero tendrán pérdidas. Usted tendrá que gastar una cantidad extrema de tiempo para reemplazar a todos sus socios. Por no hablar de que su imagen sufrirá a la larga si todo esto se hace público".

Se hace un silencio pensativo al otro lado de la línea.

"Hay, por supuesto, una manera de que pueda mantener sus colaboraciones y minimizar todos estos gastos que están rodando hacia usted como una avalancha", digo con fruición.

"¿Y cuál sería esa manera?"

"Muy sencillo: me deja construir. No quiere competencia, lo entiendo. Pero de ahí no saldrá nada. Se construirá el Beijing Grand Diamond Hotel y tendrá una competencia sana en Pekín. Así seguirá ganando más dinero que si sigue haciéndose el gángster. Y, por supuesto, seguirá manteniendo un historial limpio y una imagen intachable".

"Pensaré en su oferta", dice el hombre al otro lado de la línea. "Me pondré en contacto con usted".

"Hágalo", respondo y cuelgo.

Las calles de Chicago están abarrotadas. En mi coche deportivo, que me han proporcionado en el aeropuerto como de costumbre, avanzo más despacio que si hubiera cogido una bicicleta. Molesto, pulso el claxon, aunque sé que no me hará ir más rápido.

Sigo pensando en Jessica. Esta ciudad está ahora llena de recuerdos, aunque hace sólo unos meses me era completamente ajena y me importaba un bledo. A lo lejos puedo ver el Langham que se eleva entre las hileras de casas. Puedo ver también el edificio de apartamentos en cuyo último piso se encuentra mi loft.

A cada metro que el duro tráfico se abre paso por el centro de la ciudad, mi corazón empieza a latir más y más deprisa. Poco a poco me doy cuenta de la importancia de este día. No sólo conduzco hacia casa de Jessica: conduzco hacia una nueva vida. Cuando salga del coche, sólo serán unos pasos y unas palabras lo que me separen de formar una pequeña familia.

Casi puedo verla delante de mí: una preciosa casa en el campo, sólo para nosotros. El bebé en brazos. Paseos por el parque y domingos de sueño cuando tomamos un largo desayuno. Pero primero tengo que abrirme paso a través de este maldito tráfico.

Después de lo que parece una eternidad, casi lo he conseguido. Sólo tengo que girar una vez más y ya estaré allí. El semáforo se pone en verde y dejo que el coche arranque. De repente, un taxi se salta el semáforo en rojo y casi choca contra mi costado. Freno en el último segundo y el taxi pasa a toda velocidad por un pelo del capó de mi deportivo.

"Jodido idiota", grito y aprieto el claxon con todas mis fuerzas, pero el taxi ya ha pasado la cuesta. Tomo aire y dejo que el coche arranque de nuevo, giro con sumo cuidado hacia la calle donde vive Jessica y, con suerte, encuentro una plaza de aparcamiento libre no muy lejos de la puerta de su casa.

Decidido, cruzo la calle a pie mientras el corazón me late hasta la garganta. Mis pies parecen pesar más a cada paso, casi se pegan al asfalto. Pero la visión de Jessica me empuja hacia adelante hasta que finalmente me paro frente a su puerta, respirando agitadamente. Busco su nombre en el timbre.

¡Ahí! ¡Collins / Bright!

Pulso el botón y espero. Espero. Espero.

"Disculpe, ¿puedo pasar?", oigo de repente la voz de una joven detrás de mí. Su rostro está oculto tras unas bolsas de la compra llenas hasta los topes, que a duras penas consigue equilibrar.

Capítulo 43 ~Robert~

"Disculpe, ¿de casualidad conoce a una tal Jessica Collins? Creo que vive aquí", le digo. A la joven casi se le cae la compra del susto.

"¿Para qué quiere a Jessica?", pregunta desconfiada mientras busca torpemente las llaves con una mano.

"Necesito hablar con ella urgentemente. He llamado al timbre, pero no contesta. ¿De casualidad no sabrás dónde...? Espera un momento. ¿Eres Amy?"

"Oh Dios, y tú eres Robert, ¿verdad?", pregunta ella, con los ojos muy abiertos.

"Sí, soy yo. ¿Así que te ha hablado de mí?", pregunto esperanzado.

"Claro que sí. Imbécil", me sisea Amy. Sorprendido, doy medio paso atrás. "¿Cómo te atreves a tratar así a mi mejor amiga? Después de todo lo que ha pasado. Billonario o no, deberías avergonzarte de ti mismo. Tienes suerte de que no tenga una mano libre ahora mismo".

Amy se abre paso a empujones por la puerta principal, que casi me cierra en las narices, alcanzo a meter un pie.

"Lo sé, por eso estoy aquí. Quiero disculparme", digo rápidamente.

Amy me mira con escepticismo y se lo piensa un momento. "Está bien, espera aquí mientras subo la compra", dice.

"Podría ayudar, ¿no?", le digo cuando ya está de espaldas a mí. De nuevo se para a pensar.

"En realidad tengo un par de botellas de vino que pesan bastante. Son muy caras. De acuerdo. Pero no hagas ninguna tontería".

"No, te lo prometo", me río y le quito dos de las bolsas. "Pero volviendo a Jessica, no parece estar por aquí, ¿sabes dónde puede estar?"

"Hmmm, no, ni idea. Pero yo no soy su madre. Es una mujer adulta y puede ir a donde quiera en cualquier momento", dice Amy beligerantemente. Obviamente quiere ponerme a prueba y ver si yo le pondría alguna regla a Jessica.

"Claro que puede", replico, exasperado. "Sólo estoy preocupado. He intentado llamarla y",

"Sí, puedes despedirte de eso", me interrumpe Amy. "Porque han atracado a Jessica y ahora no tiene teléfono".

"¿La asaltaron?", pregunto sorprendido mientras subimos las escaleras. "¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo?"

"Una cosa a la vez", dice Amy, abriendo la puerta del piso. "Pon la compra en la cocina, allí a la derecha".

Entro en la estrecha cocina y descargo con cuidado las pesadas bolsas. Mientras tanto, dejo que mis ojos vaguen con curiosidad. Así que éste es el piso donde vive Jessica. El lugar donde la mujer de mi vida pasa la mayor parte del tiempo. Me siento un poco como en un sueño, y sin embargo estoy más despierto que nunca. Incluso huele un poco como ella.

Amy cierra la puerta tras de sí y se queda allí con cara de desconfianza, una mano aún en el picaporte. "La verdad es que no me fío de ti", dice Amy. "Y menos después de lo que le hiciste a mi pobre Jess".

"Ya te he dicho que he venido a disculparme", digo, pero Amy me corta de nuevo.

"Sí, sí, me parece justo. Una disculpa es probablemente lo menos que puedes hacer. Pero sigo sin tener la impresión de que tengas ni idea de la desgracia a la que has empujado a mi mejor

amiga con tu comportamiento egoísta", sisea. "Casi acaba en la calle. Es esa cosa larga por la que la gente como tú conduce sus Ferraris y Lamborghinis. Estuvo a punto de perder su trabajo, y entonces se habría acabado la esperanza. Con las deudas que tienen sus padres".

"Espera, ¿qué deudas? No sabía nada de eso", la interrumpo. En realidad, es la primera vez que oigo hablar de ello. Si hubiera sabido que la familia de Jessica estaba endeudada, por supuesto que habría ofrecido mi ayuda inmediatamente.

"¡Tampoco es asunto tuyo! No debería haberlo mencionado en absoluto", replica Amy, cruzando los brazos delante del pecho.

"Muy bien, ¿qué ha pasado con el robo? ¿Jessica está bien?", digo mientras Amy vuelve a abrir la boca para lanzarme su disgusto.

"Sí, bueno no está herida, si te refieres a eso. Claro que después se enfadó bastante, pero al menos sólo perdió el teléfono. Tampoco llevaba dinero. Estoy segura de que nunca le había pasado nada igual", dice. El hecho de que Amy intente burlarse de mí con cada frase empieza a ponerme de los nervios. Por otro lado, también soy consciente de que solo intenta defender a su mejor amiga, lo cual puedo entender perfectamente.

"¿Y cuándo ocurrió eso exactamente?", pregunto, sin responder a su comentario mordaz.

"Anoche. Eso me recuerda", Amy saca su teléfono. "Me envió su nuevo número hace un rato. Iba a comprar un teléfono nuevo esta mañana. Intentaré localizarla en un minuto".

"¿Puedo?", digo y doy un paso hacia Amy. Ella, sin embargo, sujeta el móvil con ambas manos delante del pecho y retrocede para alejarse de mí.

"Yo no te voy a dar su número, tendrás que pedírselo tú", me dice.

"De acuerdo, está bien. Entonces llámala, por favor", le insisto. Amy lo hace y marca el nuevo número de Jessica, aparentemente sin éxito. Al cabo de poco más de un minuto, Amy vuelve a colgar.

"No sé. No contesta", dice encogiéndose de hombros.

De repente suena mi móvil. Lo saco rápidamente y contesto, esperando que sea Jessica. Por supuesto, no es ella, sino Percy. Está gritando cosas incomprensibles en el auricular con voz de pánico. De fondo oigo fuertes martillazos y a varios hombres gritando algo en un idioma extranjero. Probablemente chino.

"Percy, espera, ¿qué está pasando?", pregunto. "No te oigo, habla más despacio. ¿Qué?".

"Robert, me encontraron. Te dije que me encontrarían. Mierda, ¿qué voy a hacer?", grita Percy.

"¿Dónde coño estás?", pregunto.

"En el baño. Todavía en el aeropuerto. Pude esconderme allí bastante bien durante un tiempo, pero en algún momento tuve que salir a comer algo. Y fue entonces cuando me descubrieron. Ahora estoy sentado en una de esas cabinas, y no tengo ni idea de qué hacer ahora. ¡Tío, Robby, haz algo!".

"¿Qué quieres que haga, Percy?", pregunto. De repente se oye un clic en la línea. "¿Percy?".

Se corta la conexión. Mi pulso se acelera mientras vuelvo a colgar el teléfono. Tardo un momento en darme cuenta de que Amy sigue delante de mí, mirándome con curiosidad.

"¿Qué demonios ha sido eso?", pregunta.

"Eso, nada", le digo.

"No ha sonado a nada", dice Amy con ligereza.

"Entonces déjame decirlo de otra manera: no es asunto tuyo. Un amigo mío tiene problemas, eso es todo lo que necesitas saber". Vuelve a sonar mi móvil. Lo saco rápidamente y atiendo la

llamada. "¿Percy?", pregunto frenético.

"No. Pero nuestro amigo en común estará conmigo muy pronto. Entonces quizás tenga la amabilidad de dejarle hablar con él por última vez".

"Maldito gilipollas", maldigo. "¡Suelte a Percy o tendrá que vérselas conmigo!".

"¡Con usted! Me encantaría ver eso. No creo que vaya a causarme ningún problema, si ya la autoridad de la construcción ha suspendido todo", se ríe el empresario chino. "Pero quiero hacerle una oferta. Mantenga sus manos alejadas de mis socios comerciales y renuncie a cualquier proyecto de construcción en China. A cambio recupera a su querido Percy sano y salvo".

"¿Cree que puede chantajearme?", grito al teléfono.

"En absoluto. Pero creo que puede comprar a su amigo. Igual que yo le compré a él para venderlo a usted. Así que hemos cerrado el círculo, ¿no es bonito?".

"¿Qué pasó con 'nuestro amigo común', eh?", pregunto.

"Bueno, hizo su trabajo como mi amigo. Ahora ya no le necesito. Para mí no sería una pérdida especialmente amarga. Para usted, en cambio sí. Y por supuesto para la pobre novia...".

"¿La qué?", pregunto. ¿Estamos hablando del mismo Percy? No recuerdo que Percy tenga una novia. Siempre ha preferido el sexo sin complicaciones a una relación.

"Su novia. Sarah. ¿No lo sabía? Sí, el pobre Percy está enamorado. Y si no coopera, Robert, Percy nunca volverá a verla. Y no podremos garantizar la seguridad de Sarah. No vaya a ser que la buena chica empiece a hacer preguntas".

Por un breve instante quiero replicar que no me creo ni una palabra. ¿Percy y una novia? No me hagas reír. Pero entonces recuerdo lo que dijo Percy en el aeropuerto.

"Dijeron que podrían inculparme de muchas otras cosas si no hacía lo que decían, y entonces nunca volvería a ver a mi...". Nunca volvería a ver a su novia. Quería decir eso, pero no se atrevía a decirlo.

"Está bien, joder", maldigo. "Ha ganado. Suéltelo".

"Y esa oferta de compra que le hice".

"Supongo", digo de mala gana.

"Sabía que tarde o temprano entraría en razón. Que tenga un buen día".

Capítulo 44 ~Jessica~

Las frías luces blancas de neón de la sala de espera del Dr. Patel parpadean de forma desagradable. Una copia barata de un Picasso cuelga de la pared y a las plantas de las esquinas les vendría bien un poco de agua. En los altavoces suena una versión metálica de "Stand by me". Aunque creo que el Dr. Patel es un buen médico, no comparto su gusto por el diseño de interiores, pero después de los acontecimientos de los últimos días y semanas, me siento bien aquí.

El dolor ya ha remitido después de que el Dr. Patel me diera un fuerte analgésico. Después de examinarme, me ha dejado aquí para esperar los resultados de las pruebas, y cada vez estoy más nerviosa. ¿Mi cuerpo ha rechazado al bebé? ¿Será por todo el estrés y las decepciones que he tenido que soportar últimamente? Creo que una vez leí que el cuerpo reacciona al estado psicológico. Y el mío no es realmente el mejor.

Si además perdiera al niño, no sé cómo saldría de este agujero. Aunque desde la discusión con Robert dudo de si seré capaz de criar al niño yo sola, de vez en cuando me sorprende acariciándome la barriga con una sonrisa en los labios.

Para distraerme un poco, saco mi "nuevo" móvil. Casi me caigo de la silla del susto. ¡Más de diez llamadas perdidas de Amy! No llevo tanto tiempo fuera. Espero que no le haya pasado nada. Justo cuando estoy a punto de marcar el número de Amy para devolverle la llamada, mi teléfono emite un largo pitido y la pantalla se queda en negro.

¡Joder! Precisamente ahora.

La batería de este móvil de segunda mano parece haber dejado atrás sus mejores días. Rezo fervientemente para que Amy esté bien y pueda arreglárselas sin mí hasta que vuelva a casa. Y voy a echarle una buena bronca a ese vendedor de móviles en cuanto tenga ocasión. El hecho de que me haya cobrado cien dólares por este trasto roza el robo.

Sin embargo, mi creciente enfado se interrumpe de repente cuando el Dr. Patel entra en la sala de espera.

"¿Señorita Collins?", pregunta amablemente.

Como un soldado, me levanto, rígida como una tabla por la tensión, y voy hacia la sala de tratamiento con el número 3. Con un gesto de la mano, me pide que tome asiento en el sofá. Me siento, con los pies colgando en el aire, lo que no hace sino aumentar mi sensación de impotencia. Con los ojos muy abiertos y el labio inferior entre los dientes, miro al Dr. Patel.

"Bueno, señorita Collins. Puedo tranquilizarla. El bebé está bien. Y usted también, aparte del dolor, claro".

Respiro aliviada. Siento como si una enorme roca se hubiera desprendido de mi pecho. Inmediatamente se me llenan los ojos de lágrimas y empiezo a sollozar. El Dr. Patel me da un paquete de pañuelos y continúa con voz suave.

"Durante el embarazo se puede sangrar, y en la mayoría de los casos es inofensivo. Pero siempre hay algún riesgo, por supuesto, y por eso me alegro de que llamara y viniera aquí. El hecho de que, como usted ha dicho, haya tenido mucho estrés y también jet lag recientemente, sin duda puede intensificar los síntomas. Lo importante ahora es que primero descanse, beba mucho té y agua, y vigile lo que come. Si tiene más hemorragias o dolor intenso, vuelva aquí, ¿de acuerdo?".

Asiento en silencio y me trago las lágrimas.

"Muy bien. Entonces vuelva a casa sana y salva y, como le he dicho, no haga mucho más por hoy. Si quiere, también puede volver a sentarse en nuestra sala de espera durante un rato hasta que se sienta preparada para irse a casa".

"Gracias, Dr. Patel", le digo, a lo que él responde con una sonrisa benévola. Lentamente, me dejo caer del sofá y camino con pasos cuidadosos de vuelta a la sala de espera, donde me dejo caer exhausta en una de las duras sillas de plástico. Siento las piernas como un flan y el corazón se me acelera.

Ha sido una falsa alarma.

Estoy a punto de coger una revista para hojearla un poco y calmarme, pero en el último segundo retiro la mano. El recuerdo de la revista que tenía en la mano en Pekín sigue demasiado presente y me da directamente una dolorosa punzada en el corazón. Es un dolor para el que sin duda el Dr. Patel no tiene remedio.

Tu hijo está bien, Robert. Creo. Un enorme vacío se extiende por mi pecho. No sé qué sentir ahora. Dejo vagar lentamente mis ojos por la sala de espera, como si alguien aquí tuviera la respuesta a todas mis preguntas. Pero nadie parece prestarme atención. Sólo un niño pequeño, que parece estar aquí con su madre, me mira de vez en cuando por encima de su teléfono móvil.

El Dr. Patel vuelve a entrar en la sala de espera y llama a una tal "Sra. Barnaby". La madre del niño se levanta y se dirige a su hijo.

"No tardaré, lo prometo", dice en tono de disculpa.

A su hijo, sin embargo, no parece importarle en absoluto tener que esperar aquí solo. Se limita a soltar un aburrido "Mhm", y vuelve a centrar su atención en el móvil.

Sólo ahora me doy cuenta de que tiene el mismo móvil que yo. Recuerdo que Amy ha estado intentando localizarme. Y yo aquí sentada sin hacer nada. Pero tal vez, con un poco de suerte...

"¡Eh, tú!", susurro. Todos en la sala de espera levantan la cabeza al mismo tiempo y me miran. Oh Dios, esto es incómodo. El chico también levanta la cabeza. "¿Por casualidad tienes un cable de carga? Tengo el mismo teléfono que tú y me he quedado sin batería", le digo.

El resto de la sala de espera baja aburridamente la cabeza y vuelve a ocuparse de las revistas.

"Claro que tengo", dice el chico, sacando un largo cable negro de su mochila. "Pero cuando vuelva mi madre, necesito que me lo devuelvas".

"Claro", le digo guiñándole un ojo y cojo el cable. "Gracias".

Me apresuro a enchufar el teléfono y espero con impaciencia a que se encienda. Pasan casi cinco minutos antes de que la pantalla emita por fin un tenue resplandor y suene la melodía de inicio.

Me apresuro a introducir el PIN, lo tecleo mal varias veces y tengo que volver a empezar antes de poder llamar por fin al número de Amy.

Capítulo 45 ~Robert~

Amy y yo estamos sentados en el sofá del salón, ella mantiene la mayor distancia posible de mí, y no deja de lanzarme miradas desdeñosas. Fuera de las ventanas mal cerradas, el tráfico retumba y ruge, ahogando el incómodo silencio entre nosotros.

Al cabo de un rato, por fin hablo. Aunque no tengo el menor deseo de volver a ser acosado por Amy, tal vez aprenda un poco más sobre su vida con Jessica.

"Bueno, ¿cuánto tiempo lleváis viviendo juntas en este piso?", pregunto lo más amistosamente posible.

Amy me mira como si quisiera que me callara y no la acosara con preguntas molestas. Aguanto su mirada venenosa durante un buen rato hasta que por fin contesta. "Pronto hará dos años. ¿Por qué?".

"Y os conocéis desde la universidad, ¿no?", ignoro su contrapregunta.

"Exacto. Aunque no veo por qué es asunto tuyo".

"Escucha", la interrumpo, "he venido directamente desde Pekín. No he dormido, casi me choca un taxi de camino, y ya te he dicho una docena de veces que vengo a pedirle disculpas. Sé que herí a Jessica, y por eso lo siento infinitamente. Y...". La siguiente palabra se me queda pastosa en la lengua. Amy me mira con las cejas levantadas, esperando a que continúe. Veo en su rostro que su agresividad disminuye un poco. Me inclino hacia delante y la miro directamente a los ojos. "La quiero", le digo.

Amy no parece saber qué responder y se queda mirándome con la boca abierta. Su mirada va y viene entre mis dos ojos, como si intentara pillar en uno de ellos en una mentira.

"Lo digo en serio. Me he dado cuenta de lo importante que es Jessica para mí. Y de que le he hecho daño con las cosas que he dicho. Si hubiera sabido que nuestra noche en el Langham la metería en este tipo de problemas, habría actuado de forma muy diferente. Nunca quise que Jessica se metiera en problemas o sufriera. Y como he dicho antes, también es la primera vez que oigo hablar de la deuda".

Amy deja que mis palabras paseen por su cabeza durante un momento. Finalmente, asiente lentamente. "De acuerdo", dice, "quiero creerte. Pero te lo advierto: Jessica estaba destrozada cuando la recogí en el aeropuerto. Nunca la había visto así. No puedo prometerte que te dé otra oportunidad".

"Puedo entender eso. Aún así, realmente necesito decirle lo que siento por ella. Sólo tengo que intentarlo, ¿sabes? Si ella me deja...". El pensamiento me apuñala. Mentalmente, rezo para que eso no ocurra. "Está en su derecho. Entonces tampoco la molestaré más".

De nuevo, Amy asiente lentamente. Me siento como si le estuviera pidiendo su bendición a la estricta madre de Jessica, que me la concede de muy mala gana. Esto es una tontería, por supuesto, porque Jessica es muy capaz de decidir por sí misma si me da o no otra oportunidad, pero tener la buena voluntad de su mejor amiga de mi parte desde luego no puede hacerme daño.

"Entonces, ¿qué es eso de las deudas?", vuelvo a preguntar.

"Bueno, en realidad Jessica tiene que contártelo con detalle, pero para que te hagas una idea, los padres de Jessica han acumulado bastantes deudas. Facturas del hospital y esas cosas. Ya no podían mantener los estudios de Jessica, así que dejó la universidad y aceptó el trabajo en el hotel. La deuda crece más rápido de lo que Jessica puede pagarla. Y ahora, bueno. Eso es todo lo

que vas a obtener de mí".

Dejé que esta información calara por un momento. ¿Por qué Jessica no me lo dijo? Sin duda podría haber saldado la deuda de su familia de un plumazo sin ni siquiera rascarme la cabeza. Sus padres habrían tenido una jubilación despreocupada y Jessica habría podido reanudar sus estudios. Entonces, ¿por qué?

"No lo estás entendiendo, ¿verdad?", Amy interrumpe mi hilo de pensamientos.

"¿Eh?", continúo.

"Por qué Jessica no te contó lo de la deuda. Por qué prefirió tratar con esos arrogantes arquitectos gilipollas antes que pedirte dinero. Piénsalo. Cómo habrías actuado tú en la situación de Jessica?".

Amy tiene razón. Pedir dinero así, ni se me hubiera ocurrido. Yo también habría preferido romperme el culo para ganar el dinero que necesitaba. Para Jessica la situación era desesperada.

"Ella no quería que vosotros, idiotas, pensarais que sólo quería vuestro dinero. Realmente le gustabas, ¿sabes? Cuando me habló de ti, nunca fue sobre tu riqueza o todos los lujos. Si hubiera preguntado por el dinero, podríais haber pensado que Jessica era otra de esas zorras codiciosas en busca de aventuras en el Caribe, fiestas exclusivas y joyas caras. Ella quería evitar eso a toda costa".

Sinceramente, me siento abrumado por este descubrimiento. No había pensado en todo el asunto de Jessica de esa manera en absoluto. He sido consciente de que esto es algo especial entre nosotros, pero no podía poner el dedo en una razón específica para ello. Todo este tiempo era sólo una sensación. Pero ahora que Amy lo había dicho en voz alta: Jessica nunca me pidió dinero. Nunca me forzó a que le diera regalos caros ni se invitó a sí misma a nada. Por eso me daba tanto placer invitarla a cenar o de compras. Siempre se mostraba realmente sorprendida y contenta. Y el hecho de que no me coqueteara ni siquiera para pagar las deudas de sus padres me demuestra que realmente no quería estar conmigo por el dinero.

Mi corazón da un pequeño brinco. Algo en mí está seguro de que al final todo saldrá bien. Puede que no sea fácil, pero Jessica y yo volveremos a estar juntos. Lo sé.

Amy me mira con una expresión que dice algo así como "*eres un imbécil, ¿lo sabías?*".

Le respondo con una sonrisa agotada. La tensión entre Amy y yo salta por los aires. De repente suena su móvil. Se lo lleva rápidamente a la oreja. "¿Sí? Jess, ¿eres tú?", pregunta. Ella escucha un momento, me mira y asiente. Es Jessica. Se me acelera el corazón.

"¿Y dónde estás?", pregunta Amy con voz preocupada.

La respuesta de Jessica es bastante detallada y, por la expresión de Amy, me doy cuenta de que, obviamente, ha habido más problemas. Sus ojos se abren de par en par y miran alrededor con ansiedad.

"Vale, quédate donde estás. Iré a recogerte", dice finalmente. "Por cierto, nunca adivinarás quién está aquí conmigo".

Agitadamente, niego con la cabeza. No quiero que Amy le cuente a Jessica mi visita por teléfono. Al final, Jessica se asustará o malinterpretará la situación y se cerrará en banda para siempre. Si ahora dice que no quiere verme, entonces todo habrá sido en vano.

Por suerte Amy entiende mi movimiento de cabeza. "Um, el masajista. Pero eso te lo cuento luego, no es tan importante. Estaré allí pronto, ¿vale? Nos vemos en un rato".

Amy aprieta el botón para colgar la llamada y deja el teléfono a un lado. Se levanta a toda prisa, va hacia la puerta y descuelga la chaqueta. "Jessica está en el médico. Tengo que, mierda, no puedo creer que esté a punto de decir esto. Ven conmigo, cogeremos tu coche. Y date prisa, es

tu hijo, maldita sea".

Capítulo 46 ~Jessica~

Miro fijamente mi teléfono móvil chatarra durante unos segundos más y veo parpadear el pequeño símbolo de la batería. Amy es realmente la mejor amiga que cualquiera podría desear. El hecho de que venga hasta aquí para recogerme me conmueve profundamente, aunque una parte de mí preferiría estar vagando sola por la ciudad ahora mismo.

Saco el cable de carga del enchufe y se lo devuelvo al chico. Seguramente mi teléfono no tardará una hora entera en despedirse de nuevo, pero ¿y qué? Ahora mismo tengo otras cosas de las que preocuparme que de un teléfono con poca batería.

Mientras me hundo de nuevo en mi asiento, mis pensamientos vuelven al niño que crece en mi vientre. La alegría y el alivio que sentí antes cuando el Dr. Patel me dijo que no me preocupara se han desvanecido. En cambio, vuelvo a sentir una creciente preocupación por el futuro del niño, por el de mis padres y por el mío. Si no se produce pronto un milagro, mis padres acabarán en la calle, y probablemente yo también. Dar a luz a un niño con semejante perspectiva sería irresponsable.

Ese pensamiento me provoca un pánico repentino que crece a cada segundo, apretándome el pecho. ¿Qué significa esto para mí ahora? ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Soy siquiera capaz de deshacerme del niño?

Me sacudo el pensamiento. No es una decisión que pueda tomar ahora. Ni quiero tomarla.

Vuelvo a pensar en el día en que el señor Philips me puso en el turno extra por la partida de póquer. En lo enfadada que estaba con él y con el trabajo. Mirando hacia atrás, sin embargo, el tiempo en el Langham no parece haber sido tan malo. Claro, era agotador y a veces humillante. El sueldo no era el mejor, pero al menos era un trabajo estable y no estaba embarazada de un hombre al que obviamente no le importaba. En resumidas cuentas, de alguna manera todo era más fácil.

Sin pensar en el tiempo, me quedo mirando la imitación barata del Picasso que hay en la pared de enfrente. Vuelve esa sensación de vacío que se ha apoderado de mí y me ha paralizado tantas veces en las últimas semanas. Una lágrima silenciosa rueda por mi mejilla. A estas alturas ya no sé en absoluto si lo que ha dicho antes el Dr. Patel ha sido una buena o una mala noticia.

Como a cámara rápida, los demás pacientes que me rodean entran y salen de la sala de espera. La Sra. Barnaby coge a su hijo, el Dr. Patel dice más nombres y yo me quedo sentada mirando la nada hasta que por fin me quedo sola. De repente, siento una mano en el hombro. Sobresaltada, levanto la vista y veo a Amy.

"Hola, ¿estás bien, Jess?", me pregunta con cautela.

"Amy, ¿qué haces aquí?", pregunto sorprendida.

"Hablamos antes por teléfono, ¿no te acuerdas? Dije que venía a recogerte". Amy parece preocupada. Ahora recuerdo que hablamos por teléfono. Es como si me despertara de un sueño crepuscular en el que no sabes si estás soñando o no.

"Sí. Sí, claro. Es broma", digo sonriendo irónicamente.

"Hm", dice Amy, dándome una mirada apreciativa. "Bueno. Primero cuéntame qué ha pasado exactamente". Me coge de la mano y volvemos a sentarnos en la sala de espera, ahora vacía. Le cuento todo: el primer dolor, la llamada al Dr. Patel, el taxista que casi choca contra el coche y el diagnóstico. Cuando termino, Amy me mira con los ojos llorosos.

"Dios mío, Jess. Siento tanto por lo que estás pasando. Si también hubieras perdido al bebé....". Amy empieza a sollozar en silencio. Desde que empezó todo este asunto con Robert, es la primera vez que la veo así. La última vez que la vi llorar fue por mi comentario sobre Jason. Esta vez, sin embargo, está llorando por mí, lo que a su vez me hace llorar a mí.

"Eres mi mejor amiga, y no puedo soportar más que te pasen tantas mierdas", dice Amy. "¿Cómo puede ser este mundo tan injusto?".

"No pasa nada", consuelo a Amy mientras las lágrimas corren por mi propio rostro. "El bebé está bien, yo estoy bien".

"Tienes razón", dice Amy, secándose las lágrimas de las comisuras de los ojos con la manga.

"Sin embargo, realmente no sé si podré criar a este niño yo sola. Amy, no sé qué hacer ahora. Si no encuentro otro trabajo, entonces". No me atrevo a terminar la frase, pero por la expresión de la cara de Amy sé que sabe exactamente de qué estoy hablando.

"Oh, Jessica. ¡No! Ni se te ocurra", dice Amy.

"Yo", empiezo, pero Amy me corta.

"Hay otra cosa que no sabes. Antes de tomar una decisión tan seria, deberías venir conmigo, ¿vale?". Amy se levanta y me tiende la mano. Vacilante, la cojo y me levanto también. "Vas a flipar", dice, tirando de mí hacia la salida.

"¿Qué es lo que quieres enseñarme?", pregunto, pero no hay respuesta por parte de Amy. En realidad, prefiero quedarme un rato en la sala de espera antes de irnos a casa. Todavía hay tantos pensamientos que quiero compartir con Amy y escuchar su opinión. Pero ella parece tener otro plan. Siempre ha sido así.

Salimos de la oficina, cruzamos la calle y entramos en el enorme aparcamiento que hay junto al Walmart de enfrente. ¿Ahora Amy quiere ir de compras conmigo? Parece que no, porque en medio del aparcamiento nos detenemos de repente entre un todoterreno plateado y un deportivo negro.

"Aquí hay alguien más que quizás quiera opinar sobre el bebé", dice Amy, golpeando el techo del deportivo con la palma de la mano. No tengo ni idea de lo que Amy quiere decir con esto. Pero cuando se abre la puerta del conductor, caigo en cuenta. Los hombros anchos, el traje perfectamente ajustado y la mirada que me da. Me quedo clavada en el sitio y siento que me tiemblan las rodillas.

"Hola, Jessica", dice Robert.

Una oleada de emoción me invade y me obliga a sentarme en el bordillo. ¿Qué hace Robert aquí? ¿Ha cambiado de opinión? Mi mente está en una montaña rusa. Todas las preguntas que me he estado haciendo desde que volví de China son sustituidas por otras nuevas. Me mareo. Levanto la cabeza con las manos y respiro hondo.

"¿Está todo bien?", oigo que pregunta la voz de Robert.

"Qué pregunta más estúpida", responde la voz de Amy. "Ahí tienes a un auténtico genio, Jess".

"¿Quieres dejar de hablarme así todo el tiempo? Me estás empezando a poner de los nervios", dice Robert.

"Tendrás que superarlo. Después de todo, tienes".

"¡Silencio, los dos!", me oigo gritar. No sé cómo ha ocurrido, pero de repente vuelvo a estar de pie, mirando enfadada a Amy y a Robert a la vez. "¿Podéis callaros un momento?".

Los dos se callan y me miran con los ojos muy abiertos.

"Lo siento", digo con desgana. "Sólo necesitaba un momento. Este día está siendo demasiado

para mí".

"¿Quieres que te dejemos sola un momento?", pregunta Amy con cautela.

"No, no. No pasa nada. Quiero saber qué está pasando", digo, haciendo acopio de todas mis fuerzas para mirar a Robert a los ojos. La calidez y la preocupación de su mirada despiertan en mí una esperanza que, después de todo lo que ha pasado, me cuesta permitir.

Robert baja la mirada y respira hondo. Luego vuelve a mirarme y abre la boca para decir algo, pero las palabras parecen habérsele atascado en la garganta. "Amy, ¿te importaría?", dice finalmente.

"¿Eh?", dice ella. Amy tarda un momento en darse cuenta de lo que Robert quiere de ella. "Ah, ya veo. Sí, claro. No es asunto mío. Iba a ver si podía encontrar, um, una buena oferta especial de todos modos". Me da una palmadita en el hombro y se marcha.

"Así que", Robert finalmente comienza cuando Amy está fuera del alcance del oído. "Vine a disculparme. Por las cosas que dije. Eso no estuvo bien. Estaba sobrecargado y reaccioné completamente mal. Tantas cosas salieron mal, y fui traicionado muchas veces". Robert se aclara la garganta y se frota los párpados con el pulgar y el índice. "Pero eso no importa ahora. No quiero lloriquear. Quiero disculparme, como ya he dicho. Y decirte que".

De nuevo Robert hace una pausa, y me pregunto qué está intentando decirme. El corazón me late como un martillo neumático. Siento que todo lo que ha pasado en las últimas semanas ha desembocado en este momento.

"Te quiero, Jessica. Y quiero formar una familia contigo. Me he dado cuenta de que todo este estrés al que me he estado sometiendo con el hotel de Pekín sólo me ha distraído de las cosas realmente importantes de la vida", dice Robert, mirándome a los ojos con esa mirada que me ha hecho flaquear desde el principio.

Mi corazón da un vuelco y siento que el miedo se aleja de mí lenta pero inexorablemente. Y sin embargo, aún quedan algunas cosas por resolver. Sobre todo el asunto del artículo en la revista de cotilleos. Pero ya habrá tiempo para eso. Sonríe a Robert, animándole a continuar.

"Quiero que seamos felices juntos. Y sobre todo, quiero que TÚ seas feliz".

"¿Puedo darte un abrazo, Jessica?", pregunta. Dudo un momento y finalmente asiento.

Mientras los brazos de Robert se cierran a mi espalda y apoyo la cabeza en su pecho, me doy cuenta de lo mucho que le he echado de menos. No puedo evitar rodearle con mis brazos y abrazarle lo más fuerte que puedo.

Durante una pequeña eternidad nos quedamos ahí de pie, disfrutando en silencio de este momento, mientras a nuestro alrededor el ruido de la ciudad parece hincharse como la música al final de una ópera. Por fin me suelto del abrazo y miro a Robert.

"Tengo una condición", le digo. Robert me mira con una mezcla de preocupación y diversión. Ahora me doy cuenta de lo serio que ha sonado y sonrío. "Quiero decir, tenemos que arreglar algunas cosas antes". *¿Convertirnos en una familia?* Se me acelera el corazón. "Antes de ver qué pasa después", digo. "Deberíamos tomarnos un tiempo para hablar las cosas". Pienso en sus constantes viajes al extranjero, en el artículo, y en mi trabajo. Robert asiente.

"Sugiero que lo hagamos en mi loft. Así no molestaremos a Amy. Hablando de ella", dice levantando la cabeza.

Amy viene hacia nosotros paseando entre los coches aparcados, como si supiera perfectamente que ya es hora de irse.

"Bueno, ¿estáis listos?", pregunta.

"Ahí vamos. El resto lo arreglaremos en mi casa", dice Robert.

"Ajá, así que es así, ¿no?", Amy me guiña un ojo.

"¡Tía, Amy! Eres estúpida", me río, todavía con lágrimas en los ojos.

Robert pasa por alto la insinuación de Amy. "Podemos dejarte en tu casa de camino".

"No, no. No pasa nada. Prefiero ir andando. No está tan lejos y ahora hace buen tiempo", dice Amy y vuelve a sonreírme antes de darse la vuelta y desaparecer de nuevo entre los coches.

Robert y yo nos miramos y nos encogemos de hombros al mismo tiempo, lo que nos hace reír brevemente. Entonces Robert abre la puerta del copiloto de su coche y me deja subir.

De alguna manera me siento nerviosa, como si esto fuera una especie de nuevo comienzo. Como si lo mío con Robert acabara de empezar. Él también sube y se sienta a mi lado en el asiento del conductor. Sin decir una palabra, me coge la mano y me la aprieta un instante. Luego arranca el motor y saca el coche del aparcamiento.

Capítulo 47 ~Robert~

Los últimos rayos del sol bañan la ciudad de un cálido rojo anaranjado y el viento nos despeina a Jessica y a mí. Estamos en la azotea, cada uno con una taza de té en la mano, y miramos a lo lejos.

"Bueno", digo rompiendo el silencio. "¿Por dónde empezamos?".

Jessica se lo piensa un momento, sorbiendo su taza. "Quiero saber de qué va ese artículo de la revista de famosos. ¿Quiénes eran esas mujeres, qué fue esa fiesta y qué tuviste que ver tú?".

"Es una historia bastante larga y enmarañada", interrumpo.

"Tengo tiempo", dice Jessica, mirándome desafiante.

"De acuerdo. Tienes razón. Quiero que conozcas toda la historia. Esto es lo que pasó", empiezo. Le cuento a Jessica toda la historia con Percy y los trucos sucios que hizo a mis espaldas para que me retirara de Pekín. Le cuento lo de la fiesta planeada después de la partida de póquer en Chicago. Cuando menciono que dejé plantado a Percy por Jessica, se le dibuja una pequeña sonrisa en la cara. Luego le explico lo del juramento de nuestros días de universidad. En ese momento, Jessica suelta una risita.

"¿Qué pasa?", le pregunto.

"Oh, nada. Es sólo que lo de decir palabrotas es tan deliciosamente infantil, no es propio de ti", dice Jessica.

"Yo tampoco lo haría si Percy no siguiera obligándome a hacerlo. Todavía considera sagrado ese voto".

"Y no querías hacerle daño. Creo que eso es muy dulce". Jessica me sonrío.

Le devuelvo la sonrisa y continúo con mi historia. Le cuento a Jessica lo del viaje en helicóptero y la rave, y también le explico que Percy sólo hizo todo eso porque esos cabrones de Pekín lo tenían amarrado. "Así que, en resumen, no supe nada de la fiesta hasta que llegamos allí, y también me fui casi inmediatamente. Esta foto muestra todo lo que ocurrió allí. Un par de chicas juerguistas que intentaron propasarse con Percy y conmigo. Eso fue todo lo que pasó. Lo juro por mi vida", concluyo.

Jessica deja que la historia cale primero y finalmente asiente despacio. "Vaya", dice, "ese Percy sí que parece un gilipollas bastante astuto".

Me río. Tiene toda la razón, por supuesto, pero no esperaba que fuera tan radical. "Sí, lo es. Y siempre ha sido así. Pero por alguna razón pensé que estaba a salvo de él y de sus trampas. No pensé que me pondría límites a mí, su mejor amigo. Y seguramente lo habría hecho, si esta gente le hubiera dado a elegir".

"¿Qué le va a pasar ahora?", pregunta Jessica con sincera preocupación.

"No lo sé", digo con desgana, echando un vistazo a mi teléfono. "Dijeron que se pondrían en contacto conmigo. No tengo más remedio que esperar".

"¿No puedes, no sé, llamar a la policía? Tiene que haber algo que puedas hacer", dijo Jessica.

"No puedes amenazar a esta gente con la policía. Son demasiado poderosos y despiadados. Si pueden hacer que incluso alguien como Percy baile como una marioneta, la policía no podrá tocarles ni un pelo", digo abatido.

"¿Robert?". Hay algo urgente en la voz de Jessica. "Si de verdad formamos una familia, prométeme por favor que no volverás a involucrarte con tipos así. Si te pasara algo". Se queda

pensativa en silencio, mirando a lo lejos.

"No te preocupes", le digo. "Ya he tenido más que suficiente de gángsters chinos y autoridades corruptas".

"Y también todos estos viajes de negocios. Por favor, no me malinterpretes, no quiero interferir en tu trabajo. Sólo me preocupa que el niño y yo sólo te veamos de vez en cuando porque estarás viajando por algún lugar del mundo".

Sonrío. La idea de tener una verdadera familia con la que volver a casa todos los días me atrae. "Eso también te lo puedo asegurar. He decidido volver a centrarme exclusivamente en Estados Unidos en el futuro. Aquí sé lo que mueve a la gente, cómo funcionan las oficinas, y no tengo que descuidar a mi familia".

Jessica me sonrío aliviada. Parece que por fin se han eliminado todos los obstáculos, se han erradicado todas las dudas. Sólo el asunto de Percy sigue en mi mente. ¿Qué le habrán hecho esos cabrones?

Justo en ese momento suena mi teléfono móvil. En la pantalla aparece un número desconocido. Un número de China. Miro a Jessica y ella asiente. "Adelante, contesta", me dice.

Pulso rápidamente el botón de contestar y me giro un poco para que el viento no sople en el móvil.

"¿Diga? Aquí Hawk".

"¡Robby! Joder, tío".

"¿Percy?", pregunto, asombrado y aliviado a partes iguales. De alguna manera esperaba que el empresario chino se estuviera riendo ahora en mi oído, y que hubiera puesto a Percy bajo tierra.

"¿Quién si no? Tío, eso ha sido una mierda retorcida, ¿no?", balbucea. Si balbucea tan libremente, no puede estar pasándola tan mal.

"¿Dónde estás? ¿Qué ha pasado?", indago más.

"Tranquilo. Estoy bien. Voy de camino al aeropuerto. Me han dejado marchar. Sin embargo, tuve que firmarles con mi propia sangre que no volveré a pisar suelo chino".

"Con tu propia sangre".

"¡Sí! Enfermo, ¿verdad? El corte en mi dedo meñique todavía me arde. Qué ritual más estúpido. Hubiera bastado con tinta, dije, pero no quisieron ni oír hablar de ello. De todos modos, volveré a casa mañana. ¿Tienes tiempo para recogerme en el aeropuerto de Chicago? Creo que tenemos algunas cosas que resolver. Y me gustaría que conocieras a alguien".

"¿Te refieres a Sarah, quizá?", pregunto con una sonrisa.

"¿Eh? ¿Cómo sabes de ella?". Esta vez es Percy quien se maravilla de lo mucho que sé. Por una vez, disfruto dándole la vuelta a la tortilla.

"Tengo mis fuentes", es todo lo que digo.

"Muy gracioso, gilipollas", dice Percy, soltando una breve carcajada, seguida de un leve gemido. "Tío, esos hijos de puta me han jodido de verdad. Espero que sólo tenga las costillas magulladas y no rotas. Pero en fin. Entonces, ¿vienes?".

"Claro que voy. Así también podrás volver a conocer a Jessica".

"¿Qué, la camarera del Langham? Realmente parece que lo conseguiste esa noche, ¿no?".

"En efecto", digo, mirando a Jessica, que en esos momentos mantiene la cara hacia la puesta de sol con los ojos cerrados. El viento sigue jugando con su pelo. Es un espectáculo maravilloso que podría contemplar durante horas.

"Bueno, yo también. Mientras tú te divertías con Jessica, yo conocí a Sarah en el vestíbulo. Nunca adivinarás cómo ocurrió. ¿Recuerdas cómo mojaste a Gordon Simmons en el póquer? ¿Y

luego cómo huyó borracho?".

"Claro", le digo. Nunca había sentido tanta satisfacción como en aquel momento. Gordon había abusado de Jessica, y como castigo le saqué cincuenta millones de dólares a aquel saco de borrachos en la siguiente ronda.

"Gordon resbaló en el suelo recién fregado del vestíbulo y se rompió la muñeca. Sarah fue la paramédica que le atendió. Cuando bajé al vestíbulo, lo estaban subiendo a la ambulancia. Los vi y congeniamos enseguida. Así que supongo que esa noche fue especial para los dos".

"Se podría decir que sí. Estoy deseando conocerla. Pero ahora tengo que irme. Llega bien a casa, viejo imbécil", le digo.

"Eso haré. Hasta mañana", contesta Percy y cuelga.

Jessica aparta la cara de la puesta de sol y me mira. "¿Está todo bien?".

"Todo está bien", le digo. "Lo han soltado".

"Entonces ahora todo está bien. ¿Verdad?", pregunta Jessica. En su mirada veo claramente la preocupación de que aún hay algo que no le he contado. Algún nuevo desastre que ya acecha para convertir la vida de Jessica en un infierno. El destino le ha jugado una mala pasada. Estoy seguro de que pasará un tiempo antes de que pueda recuperar la confianza en la vida.

"No pasa nada", le digo y la tomo en mis brazos. "Te quiero, Jessica Collins".

"Y yo a ti, Robert Hawk", susurra ella.

Mientras el sol se oculta tras los rascacielos, nos besamos largo y tendido. Siento que por fin he llegado a casa después de toda una vida viajando. Una calidez sin precedentes fluye a través de mí y un sentimiento de pura felicidad se apodera de mí.

Cogidos de la mano, Jessica y yo abandonamos la terraza y nos dirigimos al dormitorio. Es como si nuestras cabezas se hubieran alineado sin tener que pronunciar ni una sola palabra. Mientras le quito lentamente la camiseta a Jessica, no puedo evitar pensar en la vez que la ayudé a quitarse el vestido en el hotel. Entonces me pareció que estaba increíblemente buena, pero ahora, en este momento, con el pelo despeinado por el viento, ropa sencilla y sin maquillaje, me parece mil veces más guapa. Probablemente sea la mirada de sus ojos, por fin plenamente instalados en el momento. Sin miedos, sin estrés, sin mil problemas rondando su mente.

Tardo un momento en darme cuenta de que estoy mirando a Jessica.

"¿Qué pasa?", pregunta divertida.

"Oh, nada", digo, colocando con cuidado la mano sobre su estómago. "Sólo estoy deseando que llegue todo lo que está por venir".

Epílogo ~Jessica & Robert~

Un año después.

Robert

La hierba bajo mis pies hace pequeñas ondas con el viento de principios de verano. Las gaviotas revolotean sobre mí y el aire desprende ese aroma especial que siempre despierta en mí poderes insospechados en esta época del año.

La espaciosa propiedad que da directamente al lago Michigan está enmarcada por setos bien cuidados y pequeños árboles frutales. Se encuentra a sólo media hora de Chicago. Miro el agua, dejo que el viento fresco me dé en la nariz y sonrío satisfecho. La propiedad es sencillamente ideal. Construir aquí fue una gran idea.

Los últimos meses han vuelto a ser agotadores, ya que he trabajado en estrecha colaboración con el arquitecto, el electricista y la empresa constructora. Esta vez el resultado debía ser absolutamente perfecto. Y eso es lo que resultó ser.

"¿Cariño? ¿Te encuentras bien? ¿Qué haces aquí fuera?", oigo de repente una dulce voz preguntar detrás de mí.

Me doy la vuelta y veo a Jessica paseando por el césped con nuestro hijo Milo en brazos. Los recibo con los brazos abiertos y les doy un beso en la frente a los dos. El sentimiento de felicidad que surge en mí sigue siendo tan indescriptible como el día en que nació el pequeño.

"Solo estaba disfrutando de las vistas. No me puedo creer que por fin hayamos terminado", digo. Jessica se pone a mi lado y mira el lago conmigo.

"Es muy bonito", dice con nuestro hijo en brazos. Milo ríe satisfecho. "Volvamos dentro, ¿vale? Los demás necesitan tu ayuda, hombre fuerte". Me pellizca el brazo con descaro y se marcha de nuevo.

Me despego de la vista con el corazón encogido y atravieso el gran jardín para entrar en nuestra nueva casa por la puerta del patio. Hay cajas, maletas, bolsas y muebles por todas partes. Con cuidado, me abro paso entre el caos de la mudanza hasta la puerta principal. Justo cuando la abro, viene hacia mí otra gran caja de cartón con dos patas flacas que asoman por debajo.

"Haz sitio, esto pesa mucho", jadea Amy. "¿Qué tienes ahí? ¿Otra casa?"

Riendo, le quito la caja a Amy y la pongo con las demás. "Creo que estos son los juguetes de Milo", digo.

"Estoy tan emocionada por ver lo que vas a hacer con su habitación", dice Amy, secándose el sudor de la frente. "Definitivamente va a tener una gran infancia aquí".

"Yo también lo creo. El barrio es realmente maravilloso", coincido con ella. "Gracias por ayudarnos. Sé que ahora no tienes mucho tiempo, ya que diriges tu propio bufete de abogados, así que te lo agradezco".

"Ni lo digas", dice Amy. "Me encanta hacer esto por mi mejor amiga, ¿verdad? Además, he oído que va a haber comida después. Realmente necesito un cambio de rutina. Todos los días las mismas cafeterías cerca de la oficina. No puedo más".

"Claro, no dejaremos que te mueras de hambre", me río. "Pero primero, oh, no". Miro más allá de Amy a través de la puerta y veo a Percy y Francis saludando desde la parte trasera del

camión. "¡La lavadora no!".

"Eh, Robby, viejo", dice Percy mirando a Jessica, que acaba de pasar junto a él con Milo en brazos. Intentar no decir palabrotas delante del bebé parece costarle mucho. "¿Me echas una mano? No puedo llevar esta cosa tan, tan pesada con Francis".

"Lo siento, señor Hawk", resopla Francis, que por alguna razón ha pensado que es buena idea presentarse a una mudanza en traje. O quizás es que no tiene ropa informal. "No estoy hecho para este tipo de tareas".

"Sí, ya voy", digo, uniéndome a ellos. Mientras Francis busca en la parte trasera del camión algo más ligero que cargar, Percy y yo levantamos la lavadora y la llevamos, resoplando, a la casa.

"¿Hacia dónde?", pregunta Percy.

"Por aquí", respondo tenso, señalando con la cabeza hacia el final del pasillo.

Un momento después, dejamos la máquina con cuidado en el suelo y sonreímos. "Bueno, ha sido fácil", digo.

"Lo fue para mí, pero te estás descuidando, querido", dice Percy.

"Bueno, así es cuando eres padre. No queda mucho tiempo para el deporte", admito. "Pero aun así acabaría contigo".

"Eso es lo que tú crees", se ríe Percy, apoyándose en la lavadora. "Lucha de brazos, tú y yo, vamos".

Justo cuando estoy a punto de inclinarme también y empezar la pelea, Sarah asoma la cabeza por la puerta. "¿Percy? ¿Qué estáis haciendo?" pregunta. "Jessica preguntaba por ti, Rob".

"Tienes suerte", le digo a Percy. "Ahí tienes, tu mujer te salvó de una mala vergüenza justo a tiempo".

"Y una mierda. Lo compensaremos", me dice Percy mientras sigo a Sarah por el pasillo hasta el comedor, donde Jessica y Amy están de pie entre las cajas, hablando con entusiasmo. Cuando Jessica me ve entrar por la puerta, me sonrío aliviada.

"Ya estás aquí. ¿Puedes llevarte a Milo un momento? Quiero ayudar a Amy a ordenar un poco para que podamos preparar la mesa para más tarde".

"Claro. Ven aquí, colega", le digo y cojo a Milo en brazos, que agita los bracitos con entusiasmo hacia todos lados y balbucea feliz para sí mismo.

De nuevo, un sentimiento de felicidad me recorre el cuerpo. Siempre es así cuando cojo a nuestro hijo en brazos o cuando simplemente lo veo. Desde que nació soy otra persona. Él y Jessica son ahora lo más importante de mi vida.

Poco después de que Jessica y yo nos reconciliáramos el año pasado, di los primeros pasos para trabajar un poco menos y estar más a su lado. Abandoné la gestión de los hoteles del sur y de la costa oeste y sólo estuve en contadas ocasiones en Nueva York y Miami. Cuando nació Milo, también cedí la gestión de estos dos hoteles a personas cualificadas y ahora sólo me ocupo de un hotel, el de Chicago. Y eso sigue siendo trabajo más que suficiente con un niño pequeño en casa.

Juntos recorremos la casa y echamos un vistazo a todas las habitaciones. A Milo parece gustarle más el salón. Probablemente sea por todas las cajas de cartón esparcidas por la habitación. Para él, es la habitación perfecta para explorar y esconderse.

Una vez que hemos dado una vuelta completa por la casa y llegamos de nuevo a la puerta principal, oigo a lo lejos unos débiles ruidos de motor. "Bueno, ¿quién puede ser?", le pregunto a Milo. Él tampoco lo sabe y responde con un curioso chillido. "¿Vamos a ver?".

Juntos salimos por la puerta y miramos expectantes hacia la carretera que serpentea por un pequeño bosquecillo frente a nuestra propiedad. Poco después, entre los árboles destella un Nissan gris que reconozco de inmediato.

"Cariño", llamo. "Tus padres están aquí".

Jessica

"Ya está, quedó muy bien", dice Amy y da un paso atrás. La gran mesa de comedor está por fin limpia de cajas y ofrece espacio suficiente para toda la familia.

"Sólo faltan las sillas", respondo.

"Deja que lo hagan los chicos. Te mereces un descanso", dice Amy y tira de mi brazo a través del comedor hasta un sofá que apenas se ve entre todas las cajas. "Venga, siéntate".

"Sí, señora", digo y me hundo en los cojines. Me siento muy bien recuperar el aliento por un momento. Los últimos días he estado tan ocupada pintando, empaquetando cajas y eligiendo muebles para nuestro nuevo hogar que apenas he descansado. Por no hablar de que también tenemos un hijo pequeño que reclama constantemente nuestra atención.

"Por cierto, ¿qué pasará con tus estudios?", pregunta Amy, sentándose a mi lado.

"Quizás empiece de nuevo el próximo semestre con algunos cursos. Primero tenemos que instalarnos de verdad aquí. Tampoco puedo separarme de Milo tan a menudo todavía", digo. Amy asiente en señal de comprensión. "¿Y tú?", pregunto. "¿Cómo va tu nueva oficina?".

Desde hace unos meses, Amy dirige su propio bufete de abogados en el corazón de Chicago. Su carrera está despegando de verdad, lo que me hace muy feliz.

"Todo va genial", responde, "y el nuevo piso también es absolutamente genial. Ahora sólo necesito un novio. O algo así".

"Bueno, algo aparecerá", la animo. "¡Quizás sólo necesites ir otra vez a que te den un masaje!".

"Muy gracioso", dice Amy, dándome un codazo en el costado.

De repente, la voz de Robert nos llega desde fuera. "¡Cariño! Tus padres están aquí!", llama.

"Por fin. Empezaba a pensar que se habían perdido", digo y me pongo en pie. Amy me sigue a través del laberinto de cajas hasta la puerta.

Llevo varias semanas sin ver a mis padres y tengo mucha curiosidad por saber cómo están. El año pasado me atreví a contarle a Robert lo de las deudas de mis padres. Me costó mucho aceptar su dinero, pero al final me quitó un gran peso de encima.

Gracias a Robert, mi padre pudo someterse a otra operación -después de resistirse durante días como un niño petulante- y por fin está en vías de recuperación. Su humor también ha ido mejorando día a día. Cada vez que le llamaba, estaba un poco más hablador que la anterior.

El coche de mis padres sale rugiendo del bosque cercano y se detiene emitiendo mucho ruido en la puerta de casa. De hecho, hace un tiempo, Robert se ofreció a conseguirle a mi madre un coche nuevo y más fiable, lo que le valió unos cuantos golpes fuertes con su bolso. Mis padres están muy apegados a esta vieja chatarra.

Mi madre sale del asiento del conductor y camina hacia nosotros con la cara radiante y los brazos extendidos alrededor del coche. "¡Niña! ¡Qué casa más bonita! Me alegro mucho por ti", exclama y me abraza.

La puerta del copiloto también se abre y mi padre sale del coche con dificultad. Robert se acerca corriendo con Milo en brazos para ofrecerle su brazo libre como apoyo, pero mi padre se limita a agitar el brazo a la defensiva. "Déjame, puedo hacerlo muy bien yo solo", grita.

"De acuerdo", Robert se ríe y levanta la mano disculpándose. "Entonces puedes ayudarnos con la cómoda ya que estás".

"Muy gracioso. Jessica, no sabía que habías dejado a Robert por un cómico. Ahora pásame a mi nieto", dice mi padre, cogiendo al pequeño Milo, que ya está tendiendo las manitas a su

abuelo.

"¿Por qué no contratasteis a una empresa de mudanzas?", pregunta mi madre. "Dios mío, ¿la última operación costó tanto dinero que ahora Robert está sin pasta?", pregunta, realmente preocupada, con las manos entrelazadas delante de la boca.

"No, no", le digo con tono apaciguador. "Robert quería hacerlo él mismo. Desde que dejó de viajar todo el tiempo tiene demasiada energía, y se sacrifica por nuestra pequeña familia".

"Además, las empresas de mudanzas siempre rompen algo. Lo digo por experiencia. Puedes gastarte todo el dinero que quieras, al final siempre rompen algo", dice Robert, que ya está pasando junto a nosotros hacia el interior de la casa con la siguiente caja. Unos segundos después, se oye un fuerte estruendo en el interior y el sonido de porcelana astillándose. "No ha pasado nada", dice Robert.

El sol desaparece poco a poco tras las copas de los árboles, tiñendo de rojo las pocas nubes del cielo. Aunque ya es tarde, todavía hace un calor agradable, por eso Robert, Percy y Francis han sacado sin contemplaciones la gran mesa de comedor al jardín.

No fue hasta que mi madre puso sobre la mesa su famoso asado, una enorme olla de patatas, verduras maravillosamente aromáticas y varios pasteles, cuando todos nos dimos cuenta del hambre que teníamos después de tanto cargar. Durante unos minutos, nadie habló, sólo se oía el ruido de los cubiertos.

Y entonces llegó la gran sorpresa: Francis preparó una tarta casi tan deliciosa como la de mi madre. Al parecer, la repostería es su pasión secreta. Poco después estalló entre él y mi madre una acalorada discusión sobre la levadura y la levadura en polvo, que toda la mesa siguió con secreta diversión.

Agotados pero felices por el éxito de la mudanza, nos sentamos juntos a comer. Una y otra vez los ojos de Robert y los míos se cruzan y siento esa incomprensible felicidad que parece crecer cada día que pasa. Él parece sentir lo mismo, porque también sonrío de oreja a oreja. Este es ahora nuestro hogar. El lugar donde crecerá nuestro hijo y donde envejeceremos juntos. Y tenemos en la mesa a los amigos que nos acompañarán.

A la mañana siguiente.

Robert

"¡Vamos, queremos aprovechar el tiempo!", llama Jessica.

"¡Ya voy!", bostezo. Noto aún la actividad de ayer y la buena comida posterior, mientras paseo por el jardín delantero. Jessica, en cambio, parece estar en plena forma. Ya ha colocado a Milo en su sillita del coche. Nuestro hijo balbucea aventurero y mira con curiosidad el interior de nuestro coche.

"¿No vas a decirme adónde vamos?", le pregunto.

"¡No! Va a ser una sorpresa. Te gustará, te lo prometo", dice Jessica, y arranca el motor.

"De acuerdo", digo mientras me hundo en el asiento del copiloto. Una perspectiva desconocida. Si no conozco el destino, supongo que no tengo elección. Sin embargo, Jessica es una de las pocas personas en las que confío lo suficiente como para dejarle coger el volante.

El coche avanza lentamente hacia la puerta cuando, de repente, se me ocurre algo.

"¡Para! Se me ha olvidado algo!", grito lo bastante alto para que Jessica reduzca la velocidad pero para que Milo no empiece a llorar del susto.

"¿Qué pasa?", pregunta Jessica mirando molesta su reloj.

"Vuelvo enseguida. Sólo una cosita", digo y salto del coche. Vuelvo corriendo a la casa, abro la puerta principal y subo las escaleras hasta el dormitorio. Una vez allí, abro el armario y tanteo en el estante superior.

¡Ya está!

Bajo las escaleras corriendo, dejo que la puerta se cierre, y unos segundos después estoy de nuevo en el coche junto a Jessica.

"¿Qué ha sido eso?", me pregunta, mirándome con las cejas levantadas.

"Yo sólo quería asegurarme de que el fogón de la cocina estuviera apagado", miento. "No estaba seguro de si lo había vuelto a apagar después del desayuno".

Jessica me mira penetrantemente, como si realmente no me creyera. Pero decide dejarlo así por ahora. "¿Estamos listos? ¿O quieres comprobar si la plancha también está apagada?", pregunta cínicamente, sonriéndome.

"Muy graciosa", le digo. "Podemos irnos".

"¿Llevas el móvil encima?", pregunta Jessica mientras vuelve a arrancar el coche. Probablemente le preocupa que alguna llamada de negocios nos arruine el viaje, pero la tranquilizo.

"No. Estoy de vacaciones. Nadie puede esperar que esté disponible", le digo.

Jessica parece realmente asombrada. "Vaya. ¿Seguro que podrás seguir así?".

"Estarán bien sin mí durante un día. ¿Qué va a pasar?", le digo. "Hoy estoy con las dos personas más importantes de mi vida. Si alguien quiere algo, que se ponga a la cola".

Jessica me sonríe cariñosamente. "¿Os quedasteis sentados fuera mucho tiempo ayer?", pregunta finalmente. "Todo lo que recuerdo es que Milo y yo nos quedamos dormidos en algún momento, completamente agotados, y tú seguías sentado en el jardín".

"Ni siquiera recuerdo cuánto tiempo estuvimos charlando", admito. "Una hora o dos. Cuando me metí en la cama contigo, dormías tan dulce y plácidamente que no quise despertarte. Realmente tuve que controlarme para no besarte".

Jessica se ríe, pero de repente se pone seria. "¿Sabías que solía ser sonámbula muy a

menudo?", pregunta.

"No, nunca me lo habías contado", le digo.

"Era muy malo. A la mañana siguiente, siempre tenía la sensación de no haber pegado ojo", me dice.

"Qué mal. ¿Cómo lo superaste?", pregunto.

Jessica se encoge de hombros. "En algún momento dejó de pasar. Más concretamente, paró después de que habláramos. Supongo que fue realmente por mi ansiedad y todo el estrés". Me sonrío. "Ahora todo va bien".

Sonrío. Me alegro de que Jessica no sienta la presión de antes y, por lo tanto, pueda dormir mejor ahora.

Atravesamos el pequeño bosque, salimos de la ciudad y seguimos bordeando el lago. El sol hace que el coche se caliente bastante, así que Jessica no tarda en pulsar el botón que hace desaparecer el techo de la parte trasera y convierte el coche en un descapotable.

Enciendo la radio para ponernos de buen humor para nuestra excursión de fin de semana, pero sólo salen las noticias por los altavoces.

"...dijo un portavoz de la Casa Blanca.

Y ahora otra noticia de China. Una de las mayores cadenas hoteleras del mundo, East Asia Hosting Group, ha perdido el que probablemente sea el mayor caso judicial de la historia reciente. Después de que se demostrara que varios miembros de la dirección, así como varios accionistas, tenían conexiones con organizaciones ilegales, así como prácticas comerciales desleales, la empresa ha sido finalmente expropiada. En los próximos meses se cerrarán y venderán varios hoteles en todo el mundo, lo que probablemente ejercerá una presión adicional sobre el ya inestable mercado inmobiliario".

"A nadie le importa", digo. Apago la radio y saco un CD de canciones infantiles de la guantería para que Milo se divierta un poco en nuestro pequeño paseo.

"¿De verdad no te interesa?", pregunta Jessica sorprendida.

"¿Por qué debería? Deja que los demás se hagan pedazos en el mercado inmobiliario. Tengo todo lo que podría desear", respondo. Jessica ríe satisfecha.

La cálida brisa sopla alrededor de nuestros oídos y pongo el CD infantil a todo volumen. Cantamos a pleno pulmón y nos miramos a los ojos como recién enamorados. En la sillita del coche, Milo mueve sus piececitos al ritmo de la música.

Anteriormente, los dos queríamos hacer un gran viaje juntos. Pero ahora tenemos a Milo y no podría imaginar un viaje más grande que nuestro viaje como familia.

Es realmente un momento perfecto que me encantaría capturar para siempre. Me doy cuenta de que no puedo, pero al menos hay una forma de acercarse bastante a la eternidad.

Me meto la mano derecha en el bolsillo del pantalón y mis dedos rodean la cajita con el anillo de oro.

Este es el final de la historia de amor de Jessica y Robert.

¿Quieres leer otra novela mía? Entonces haz clic aquí:

<https://www.amazon.es/dp/B0BY997XZ1>

¿O quieres suscribirte a mi boletín gratuito y recibir por adelantado capítulos exclusivos e información sobre mí y mis libros?

Entonces haz clic aquí:

<https://www.subscribepage.com/rebecca-espanol>

Ultílogo

En este libro no encontrarás ningún anticonceptivo. ¿Por qué? La historia transcurre en tu imaginación y debería proporcionarte un momento de despreocupación y placer de lectura sin preocupaciones.

En este mundo, todos los multimillonarios tienen six-pack (tabletas de chocolate) y son realmente buenos en la cama. Las ETS no existen en este mundo.